
SOLO ME
IMPORTA
en nosotros
MARTA FLORES

SOLO ME IMPORTA un nosotros

MARTA FLORES

Primera edición.

Solo me importa un nosotros

©Marta Flores

©diciembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Prólogo



—Corre, no te quedes atrás, Ava. No pueden cogernos, tenemos que escondernos.

—Pero es que aún no sé por qué estoy corriendo —me dijo sin aliento—. Cuando te dé la gana, me cuentas por qué estamos corriendo.

Me paré en seco para cogerla de la mano y que no se quedara atrás. No podían encontrarnos; se habían dado cuenta de que los estaba viendo, aunque no fue mi intención.

Tiré de ella y nos metimos dentro de un garaje que estaba abierto, escondiéndonos entre dos coches.

—No pueden estar muy lejos, hay que encontrarlas —dijo una voz cabreada—. Cuando las encuentre, me van a pagar todo lo que me han hecho correr. —Escuchamos la carcajada del otro.

—La pelirroja para mí, tú haz lo que quieras con la otra.

Ava, al escuchar eso, soltó un gemido. Tuve que taparle la boca con la mano.

—¿Has escuchado eso? Tienen que estar aquí.

—Eso ha sido un gato. ¿Sabes lo que te digo? Que me voy de aquí. No creo que haya visto nada.

—Tenemos que averiguar quién es. El jefe se va a cabrear.

No dijeron nada más. Dieron otra vuelta y se fueron.

—Charlotte, ¿qué ha sido eso? ¿Por qué nos estaban siguiendo?

—Mi pregunta es, ¿por qué has salido corriendo? Es a mí a quien querían.

—Yo qué sé. Te he visto correr y he ido detrás de ti.

—Desde luego no tienes remedio. Anda, vámonos de aquí, no sea que les dé por volver otra vez. ¿Vienes a mi casa?

—¿No era esa la idea? —asentí con la cabeza—. Pues venga, que tengo los pies molidos.

Salimos de allí mirando a ambos lados. Nos montamos en un taxi, le di la dirección al taxista y nos relajamos.

Iba con los ojos cerrados cuando Ava me avisó de que ya habíamos llegado. Pagué al taxista y nos despedimos de él.

—Estoy muerta —me dijo apoyándose en la verja—. Mato por una ducha.

—Anda, entra y ve por esa ducha —le dije, tirándome en el sofá.

Creo que no me he presentado. Me llamo Charlotte.

A mis veinticinco años era una de las fotógrafas más reconocidas de Santa Mónica, y una de las más buscadas en el mundo de la moda. Había ganado varios premios, tenía una agenda llena y, aun así, lo que más me gustaba era lo de siempre: colgarme la cámara al cuello y perderme por las calles, fotografiando lo que me llamara la atención.

A veces pienso que esa necesidad de observarlo todo viene de mi infancia.

Me crie en un orfanato. Mi madre murió en el parto y, según contaron las monjas, mi padre no quiso saber nada de mí. Tampoco mis abuelos. Nunca los conocí. De pequeña imaginaba que algún día aparecería alguien buscándome,

que se había arrepentido, que todo había sido un error. Pero ese día nunca llegó.

El orfanato olía a sopa y a cera de los suelos recién fregados. El invierno se colaba por las ventanas y las noches eran largas, pero me acostumbré. Las monjas hacían lo que podían; no había abrazos, pero sí rutinas, y eso era algo.

Con diez años me llevaron a una casa de acogida. Recuerdo que tenía miedo y curiosidad a la vez. La mujer que me recibió era amable, su casa olía a pan recién hecho y durante unos días creí que esa sería mi familia.

No pasaron ni dos semanas cuando todo cambió. Su marido perdió el trabajo y comenzó a comportarse de una manera que me hizo sentir en peligro. Aquella noche, borracho, cruzó límites que ningún adulto debería cruzar con una niña.

La mañana siguiente me devolvieron al orfanato. No hubo explicaciones. Solo el sonido de la puerta al cerrarse y el silencio después.

Aquello me rompió algo por dentro. Dejé de hablar, de comer, de reírme. Pasaba los días mirando por la ventana del dormitorio, contando los pasos de las monjas en el pasillo. Hasta que mi cuerpo dijo basta y me ingresaron con una anemia tan grande que apenas podía mantenerme en pie.

En el hospital me visitó un psicólogo. Intentó ser amable, pero el simple hecho de que fuera hombre me hacía temblar. Tuvieron que cambiarlo por una mujer. Fue ella quien, poco a poco, me ayudó a volver a hablar.

Pasaron los años. A los quince, la madre superiora me llamó a su despacho. Me dijo que me iría a vivir con la mujer de su primo, una viuda que había pedido acogerme. No sabía qué pensar.

Rosa. Así se llamaba.

Recuerdo el primer día que la vi: llevaba un vestido azul claro y olía a lavanda. Tenía una sonrisa tranquila, de esas que te hacen sentir que todo va a salir bien. Era española y, desde el principio, me trató como si fuera su hija.

Nunca tuvo hijos. Su marido, Henry, decía que los niños eran un quebradero de cabeza, pero Rosa siempre había querido una familia. Cuando él murió, heredó una pequeña cadena de hoteles. No tardó en venderlos. Decía que los negocios no eran lo suyo, que lo único que quería era paz.

Desde que entré en su casa, mi mundo cambió. Tenía mi propia habitación, mis libros, un sitio en la mesa. Me matriculó en un buen colegio y me animó a estudiar fotografía cuando vio que era lo único que me hacía sonreír.

Rosa me enseñó a mirar el mundo con calma. A no correr. A disfrutar de la luz antes de disparar una foto.

Gracias a ella conocí la estabilidad, el cariño… algo parecido al amor de una madre.

Hasta que una noche nos despedimos como siempre, con un «hasta mañana». Pero ella no despertó.

Su muerte fue un golpe seco, de esos que no te dejan reaccionar. De repente, la casa volvió a estar en silencio, como el orfanato.

Volvía a estar sola. Bueno… no del todo. Ya estaban en mi vida Ava y Evelyn, la amiga responsable. Ellas se convirtieron en mi familia cuando todo lo demás se desmoronó.

—Me encanta tu casa, ya lo sé, no lo digas. Sé que siempre digo lo mismo, pero es la verdad. —Solté una carcajada.

Vivía en un sitio privilegiado, a pie de playa. Una casa de dos plantas, con cinco habitaciones, cada una con su propio baño y vestidor. Una de las cosas que más me gustaba era la luz que inundaba toda la casa; vista desde fuera, parecía una casa de cristal, excepto por el techo. Su piscina infinita parecía conectarse con el mar, pero era demasiado grande para mí.

—Me estoy planteando venderla, es demasiado grande para mí.

—¿No lo dirás en serio? Después, cuando tengas niños, gatos y perros, te acordarás de ella.

—Mira, estoy temblando. —Reímos.

—¿Qué te apetece cenar? ¿Pedimos unas *pizzas*?

—Charlotte, ¿qué es lo que ha pasado? Busquemos algo en el frigorífico y hablemos de ello.

—Ni yo misma lo sé. Solo sé que estaba echando unas fotos en el puerto y, de pronto, vi a dos tíos corriendo detrás de mí.

—Te recuerdo que yo iba contigo.

—Deberías haberte quedado quieta. Donde estabas, no te habrían visto.

Fui al frigorífico y saqué una bolsa de ensalada con tomates, pepinos y zanahorias, y unas tiras de pollo.

—Ensalada de pollo. De postre, tarrina de helado de chocolate con naranja.

—Me da igual, pero quiero saber qué ha pasado.

—Ya te lo he dicho, no sé por qué ha sido.

—No te creo. Me estás mintiendo.

—Te estoy protegiendo. Cuanto menos sepas, mejor.

No estaba segura de lo que había visto. Cuando me quedara sola, miraría las fotos de mi cámara.

No volvió a decirme nada. En los años que llevábamos juntas habíamos aprendido a respetar los silencios de cada una cuando sobraban las palabras. Tenía miedo. Si lo que creí ver era cierto, tenía un grave problema.

—¿Sabes algo de Evelyn? —me preguntó, señalando con el tenedor.

—Pues creo que lo mismo que tú. Desde que se fue a Europa, está desconectada de todo el mundo.

Evelyn era la que completaba el trío. Tenía dos años más que nosotras. Era una famosa diseñadora; trabajaba en Los Ángeles, tenía su propio taller y unas cincuenta personas a su cargo. Hacía un mes que había ido a Europa, concretamente a París, a presentar su nueva colección.

—Podemos preguntarle a James.

—¿Podemos? Llámale tú, que se te nota a leguas que te gusta.

—Eso no es verdad. Es guapo, qué coño, está que cruje el condenado, pero eso no quiere decir nada.

—Si tú lo dices… Solo te digo que tengas cuidado, que hay mucha lagarta suelta. —Su cara era un poema.

—¿De verdad no tengo de qué preocuparme? —Negué con la cabeza.

Cenamos en silencio. Ni yo sabía si debía preocuparme o no. Quería pensar que se quedaría en un caso aislado. Seguro que sí. De todas maneras, no iría por el puerto en unas semanas.

—¿Te quedas a dormir? —le pregunté.

—Sí, no tengo ganas de dar explicaciones en casa. No todo el mundo tiene casa propia.

—Porque quieres. Te he ofrecido venirte a vivir conmigo; Evelyn también te lo ha ofrecido.

—Estoy muy a gusto con los papis. —Me sacó la lengua.

Nos sentamos en el sofá a ver una de esas pelis que te hacen llorar, bote de helado en mano y pañuelos preparados para las lágrimas.

—Charlotte, ¿te acuerdas de cómo lloramos cuando nos dejaron plantadas en el baile?

—Claro que me acuerdo. Asquerosos, cómo se rieron de nosotras.

—Yo estaba enamorada de él. Qué mal lo pasé.

—A mí me tocó el amigo feo. Fui por ti, y me sentó fatal porque le dije a Jacob que no.

Nos estuvimos riendo de aquel día un buen rato. Recuerdo cómo me suplicaba para que fuera con el amigo feo del chico del que estaba enamorada.

—¿Recuerdas cómo se llamaba? Tanto lo odié que se me olvidó su nombre.

—Ja, ja, ja. ¿Y quieres que me acuerde yo? Ya te vale.

—¿Tú cómo estás? No lo mencionas para nada.

—Y tú tampoco deberías hacerlo. Estoy bien. Cada día duele menos.

Ava se refería a mi relación con Ethan, un modelo que se encargó de romper lo bonito que teníamos. Tanto que no le importó que lo grabaran en una discoteca comiéndole los morros a una compañera.

—Lo siento, no quería…

—Tranquila, no pasa nada. Deberías ir a dormir. Yo tengo que revisar unas fotos.

—¿Las de hace un rato?

—No, son para un trabajo.

—Entonces te dejo. No te acuestes muy tarde. —Me dio un beso y se fue.

Otra vez le había tenido que mentir, pero no quería preocuparla. Ella no debería haber salido corriendo; no la habrían asociado conmigo. Suspiré. Era lo mejor para ella.

Cuando me quedé sola, encendí el ordenador y conecté la cámara. Pasé las fotos una por una, deteniéndome en cada detalle. El corazón me latía con

fuerza.

En una de las imágenes, detrás de las figuras que había fotografiado, se veía algo borroso, como una sombra. Amplié la foto. Allí estaba: un rostro medio oculto, observándome. No era casualidad.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Me levanté del sofá y eché el pestillo de la puerta principal. Cerré también las cortinas. Tenía el presentimiento de que aquello solo era el principio.

Fui a la cocina, me serví un vaso de agua e intenté tranquilizarme. Tal vez solo fuera alguien que pasaba por allí. Quizás mi imaginación estaba jugando conmigo. Pero había algo en esa mirada, algo que me hizo dudar.

Subí a la habitación y me quedé un momento apoyada en el marco de la puerta. Ava dormía profundamente, con el brazo colgando fuera de la cama. Sonreí. Me tranquilizaba verla así.

Cogí mi portátil y me senté frente a la ventana. La brisa del mar entraba suave, trayendo consigo el sonido de las olas. Intenté concentrarme en las fotos, pero no podía dejar de pensar en lo ocurrido.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Por qué me estaban siguiendo? ¿Qué habían visto ellos que yo no?

Me pasé la mano por el pelo y suspiré. Quizás mañana todo tendría más sentido. Guardé la cámara, cerré el portátil y apagué la luz.

Mientras me metía en la cama, miré una vez más hacia la ventana. La noche estaba clara, demasiado tranquila.

Y justo antes de quedarme dormida, tuve la sensación de que alguien me observaba desde fuera.

Capítulo 1



Charlotte

—Tengo la sensación de que me están siguiendo —le dije a Ava mientras iba al estudio.

—¿Crees que son los de aquel día? —me preguntó con la voz angustiada.

—No tengo ni idea. ¿Tú te sientes vigilada?

—Sinceramente, no. Tampoco ando mucho sola. No me acojones, que tú estás obsesionada.

—Seguro que es eso. Bueno, te dejo que ya he llegado.

Habían pasado dos meses desde aquel día en que tuve que echar a correr: dos meses en los que vivía mirando hacia atrás. Es cierto, estaba obsesionada, pero lo que vi en aquellas fotos me obligaba a estarlo.

Aparqué el coche en la misma puerta del estudio, me bajé mirando a ambos lados y subí las escaleras sin demorarlo.

Cuando abrí la puerta, me quedé parada. El interior estaba destrozado: todas las estanterías en el suelo, cámaras rotas… lo habían revuelto todo. No pude evitar echarme a llorar; sabía lo que estaban buscando, pero lo peor no era eso: lo peor era que habían dado conmigo.

Me puse a recoger como pude; aún quedaba una hora para que llegara José, mi compañero. Era cubano, tenía treinta y cinco años y una sonrisa que lo hacía guapo sin necesidad de ser modelo. Nos conocimos en una sesión: él trabajaba para uno de los mejores y, cuando hacía dos años se mudó a otro estado, no quiso marcharse.

—Virgen de la Caridad del Cobre —exclamó José, entrando con las manos en la cabeza—. ¿Qué ha pasado? ¿Un tsunami y no me he enterado?

—Buenos días, José. —Intenté alzar la voz—. Así me lo he encontrado.

—¿Tú estás bien? ¿Has llamado a la policía? ¿Se han llevado algo?

—Sí. No. No lo sé —respondí—, no he mirado todo a fondo. ¿Algo más que quieras saber?

—Perdona, me he puesto nervioso. ¿Tiene que ver con lo que me contaste?

—Creo que sí. Llevo días sintiéndome observada.

—Tenemos que llamar a la policía. Esto ya no me está gustando nada.

—No se te ocurra decirle nada a Ava. No quiero ponerla nerviosa.

Nos pusimos a recoger lo del suelo; cada vez que levantaba una cámara rota, me hervía la sangre. Nunca imaginé verme envuelta en algo así. No debería haber ido ese día al puerto; no era mi idea, en principio.

—Charlotte, aquí hay algo —dijo José, dándome un papel.

—Léelo tú, creo que será lo mejor.

El papel estaba doblado; cuando lo desdobló, vi que el color moreno de su cara había desaparecido.

—No me asustes. ¿Qué es lo que pone? —Tragó saliva—. Dímelo ya.

—Dice que te cuides las espaldas… y que tu amiga también lo haga. —Cuando escuché eso, le quité el papel de las manos y lo leí yo misma.

—Esto no puede ser. Ella no tiene nada que ver con esto. —Me mordí el labio—. Maldito sea el día que fui al puerto.

—Cuéntame qué pasó ese día, tienes que soltar lo que te está oprimiendo.

—Cuanto menos sepas, mejor para ti.

—No te preocupes por mí. Quiero ayudarte. —Se acercó y me abrazó.

—Ya lo estás haciendo. Créeme. Vamos a terminar de recoger esto.

—¿Tienes alguna sesión hoy?

—Tengo una reunión con Evelyn en su casa por la colección de verano.

—Pues venga, vete a tu reunión con Evelyn —me dijo José, intentando sonar más tranquilo—. Lávate esa cara antes de irte.

—¿Y cómo quieres que me vaya, con todo esto hecho un desastre? —le respondí, mirando a mi alrededor.

—No te preocupes, yo me encargo. Sé a quién tengo que llamar para recoger todo.

—Nada de policía por el momento —le advertí, señalándole con el dedo.

—Eres una cabezota —resopló—, pero está bien: nada de policía.

Me marché del estudio todavía temblando. No dejaba de pensar en Ava. Era la más sensible de las tres; si le pasaba algo, no me lo perdonaría en la vida.

Evelyn vivía en el centro, en un adosado de cuatro habitaciones. Siempre decía que lo que más le gustaba de esa casa era el porche cubierto y el jardín con piscina. «Es mi pequeño refugio», solía repetir.

Conduje hasta allí con el corazón encogido, mirando los retrovisores más veces de las necesarias. Cuando llegué, vi la cancela abierta. En la entrada

había otro coche. Al principio no lo relacioné con nadie, pero en cuanto bajé y reconocí al dueño, entendí todo.

—Y aquí tenemos a la fotógrafa más guapa del mundo —dijo James, con su sonrisa de siempre.

—Exagerado —contesté—. Eres un adulador incorregible.

James era para mí como ese hermano mayor que nunca tuve; siempre estaba cuando lo necesitaba.

—¿Y de qué sirve eso si es un picaflor? —dijo su hermana desde el porche.

—Sabes que el compromiso me da urticaria —respondió James.

—Qué tonto eres —le dije, adelantándole—. Ya caerás, acuérdate de mis palabras.

—Eso le digo yo, pero que caiga con la que tiene que caer. —Nos reímos.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Evelyn, como irónica.

La ignoramos y fuimos a su despacho.

—¿Estás bien? Te noto rara.

—¿Tienes algún viaje pendiente? Necesito que te lleves a Ava.

—¿Qué pasa? Últimamente estáis muy raras las dos. Sé que no me vas a contar nada, pero estoy preocupada: lleváis dos meses con un comportamiento cambiado. Cada vez que vamos a algún sitio empiezas a mirar hacia atrás y Ava hace lo mismo.

—No puedo contártelo, te pondría en peligro también.

—Pues ahora empieza a cantar.

Ante su insistencia, empecé a relatarle todo: desde aquel día hasta lo que me encontré en el estudio hacía una hora. Su cara era de asombro total; a veces asentía, otras me apretaba las manos. Le conté el miedo que sentía por Ava.

—¿Dónde tienes el *pendrive*? —me preguntó de repente. Me dejó con la boca abierta.

—¿Cómo sabes que…? —No me dejó terminar.

—Te conozco mejor de lo que crees. Tú no te deshaces ni de las bragas de hace años.

—Digamos que es mi seguro de vida.

—O algo peor. Esto no es una película, Charlotte. Ahora mismo hablamos con mi hermano y que llame a su amigo.

—No, entonces será peor. Nada de policía. Venga, dejemos el tema y hablemos de lo nuestro.

—Necesito saber cuándo te viene bien hacer las fotos de la nueva colección. Me gustaría que fueran en el puerto. —Cuando dijo eso me puse tensa—. ¿Pasa algo?

—No, no. Sigue. Me parece perfecto.

—También me gustaría que fueran en Pacific Park y en el centro. Me queda un mes más o menos; sobre esa fecha tú me dices.

—Vale, revisaré mi agenda. Sabes que en esta época del año estoy hasta arriba.

—Lo sé, pero necesito a la mejor en todo —sonreí.

—Y la más guapa también. —Oí a alguien detrás de mí.

—James, ¿tú no te habías ido? —preguntó Evelyn, con las manos en las caderas.

—Lo iba a hacer, pero vuestra conversación estaba más interesante.

En ese momento me tensé. Por nada del mundo quería que él lo supiera; no quería que llegara a oídos de su amigo Liam, agente especial del FBI.

—¿Cuál de ellas? Porque estábamos hablando de José.

—No, no, estabais hablando de Ava; se tenía que ir con Evelyn a no sé dónde.

—Ah, bueno —dijo Evelyn—. Es que está un poquito de bajón con eso de la baja y no poder modelar.

—También me la puedo llevar yo. Quería ir un fin de semana a Nueva York, pero no quiero ir solo.

—Hecho —contestamos las dos a la vez y soltamos una carcajada.

—Sí que tenéis ganas de quitarla del medio. Bueno, ahora sí me voy.

—Yo también miro la fecha y ya te aviso.

Me despedí, subí al coche y lo primero que hice fue llamar a José.

—Estudio Charlotte —contestó él—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy yo. ¿Cómo va todo?

—Como si no hubiera pasado nada. No te preocupes. ¿Dónde estás?

—Camino a casa. Necesito que me cuadres las fechas para dentro de dos meses: una en el puerto, otra en Pacific Park y otra en el centro. El cliente es Evelyn.

—De acuerdo. Ahora enciérrate en casa, métete en la bañera con una copa de vino y olvídate de todo. Mañana será otro día. Un beso, bella.

Qué manía tenía de colgarme antes de despedirme. Lo malo no era eso: lo malo era que él lo sabía. Sinceramente, no me gustaba la idea de meterme en

casa; no me gustaba estar sola, menos aún en una casa tan grande y con lo que había pasado.

Abrí la verja; mientras entraba, miré por el retrovisor cómo se cerraba detrás de mí. Tenía una sensación que no me gustaba; aún tenía el susto en el cuerpo.

Eso pensé hasta que abrí la puerta. Lo que me encontré me encogió el corazón: me habían destrozado la casa. Me apoyé en la pared y vi cómo mi cuerpo iba cayendo hasta quedar sentada en el suelo.

Mi teléfono sonó, pero no contesté. No quería hablar con nadie; en qué me había metido sin querer. Sonó otra vez, lo rechacé y llamé.

—Ven a mi casa. Es urgente.

—Cinco minutos y estoy allí.

Recibí un mensaje. Al abrirlo, solté un grito: era Ava, atada de pies y manos; junto a la foto, unas palabras bien claras:

«De ti depende que siga viva.
Nada de policía.
Si dices una sola palabra, será demasiado tarde.»

Capítulo 2



Charlotte

Me senté en el suelo. No sentía las piernas. El corazón me golpeaba tan fuerte que apenas podía pensar. ¿En qué momento dieron con ella? Quizás me había relajado demasiado… o nos habíamos relajado las dos. Ella no tenía por qué estar metida en esto. No debería haber salido corriendo. Venían a por mí, no por ella.

El silencio pesaba. Solo se escuchaba mi respiración entrecortada y el sonido del teléfono vibrando, una y otra vez, sobre el suelo. No lo cogí. No podía.

—Charlotte. —La voz de James me sacó del trance—. ¿Pero qué coño ha pasado aquí? —Se agachó a mi lado, sus ojos recorrieron el desastre—. ¿Estás bien? —No esperó respuesta—. Ya veo que no…

—James… Ava. —Las palabras apenas salieron de mi boca—. Se han llevado a Ava. Por mi culpa. Todo esto es por mi culpa.

—¿De qué cojones estás hablando? —gritó, intentando mantener la calma —. ¿Quién ha hecho esto? —Me miraba desesperado—. Pero lo que más me importa es saber dónde está y por qué se la han llevado.

Intenté responderle, pero la garganta se me cerró. El llanto me subía como un nudo que no podía romper. Era un llanto feo, desbordado, de esos que te dejan sin aire. James lo notó enseguida.

—Eh, mírame. —Me sujetó la cara entre las manos—. Respira conmigo. Charlotte. Así. —Inspiró despacio para que yo le imitara—. Perdona por gritarte, estoy muy nervioso. Tranquila, venga… levántate.

Me ayudó a ponerme en pie. El sofá era lo único que seguía entero, rajado, pero en pie. Me senté despacio. Las manos me temblaban. Vi cómo James iba hacia la cocina, abriendo cajones, moviendo cosas. Buscaba algo, aunque ni él sabía qué.

Ojalá estuviera Rosa. Ella sabría qué hacer. Si hubiera tirado la cámara… nada de esto habría pasado. Pero no podía. Era el último regalo que me hizo antes de morir.

—Tómate esto. —James apareció de nuevo, con una taza que echaba humo —. Creo que es tila… no estoy puesto en esas cosas. —Intentó bromear.

Esa torpeza me arrancó una sonrisa, aunque se notaba falsa.

—He llamado a mi hermana —añadió—. No quiero que te quedes sola.

—No deberías haberlo hecho —dije en voz baja—. No quiero a más personas en peligro.

—También he llamado a Liam —añadió con firmeza—. Es lo que deberías haber hecho tú desde el principio. ¿Qué quieren de ti?

—No lo sé.

—No me jodas, Charlotte. Sí lo sabes, igual que sabes por qué se han llevado a Ava. —Se pasó las manos por el pelo, desesperado—. Perdón… no quiero gritarte. Pero estoy muy nervioso.

—¿Alguien ha dado una fiesta y no me ha avisado? —Escuché decir a José al entrar—. Charlotte, esto no tiene buena pinta —añadió, mirando alrededor —. Deberías ir a la policía.

—¿De qué hablas, José? ¿Qué sabes tú de todo esto?

—La verdad, no mucho. Solo sé que el estudio esta mañana estaba igual.

James soltó una maldición que ni entendí. Caminaba de un lado a otro, como un león enjaulado. José se sentó conmigo, me pasó un brazo por los hombros. Yo seguía en *shock*, escuchando sin oír.

Entonces la voz de Evelyn sonó desde la puerta, temblorosa.

—Madre mía, es peor de lo que imaginaba.

—Todo es por mi culpa —dije, sin atreverme a mirarla—. No debería haber cambiado los planes ese día.

Me abrazó, y yo me dejé hacer.

—Ya está —susurró—. Lo importante ahora es encontrarla. Lo demás puede esperar.

—No os mováis del sofá —ordenó James—. Liam está al caer.

Liam… el nombre me atravesó el pecho. El hombre que me hacía temblar con solo mirarme. Daba igual cómo fuera vestido, pero ese traje chaqueta le sentaba demasiado bien. Y esa sonrisa… esa sonrisa que, como decía Evelyn, hacía que se te cayeran las bragas. Y esos ojos negros, tan serios, tan atentos. El hombre por el que llevaba años suspirando en secreto.

—No deberías haberlo llamado —murmuré.

—Y dale —me cortó James—. Esto no es un juego, Charlotte. La vida de nuestra amiga está en peligro por algo que tú sabes y no quieres contar.

—Necesito ir al baño —dije al fin. Evelyn quiso acompañarme, pero negué con la cabeza—. Prefiero ir sola.

Subí las escaleras sintiendo que cada paso me pesaba el doble. Cerré la puerta de mi habitación y apoyé la espalda contra ella. El cuadro de la puesta de sol seguía en su sitio. Menos mal.

Lo retiré y abrí la caja fuerte. Los pendrives seguían allí. Un alivio breve, casi doloroso.

Salí sin hacer ruido y fui al despacho, donde tenía la habitación de revelado. Al abrir la puerta, un golpe de rabia me subió al pecho. Todo estaba tirado por el suelo; parecía un vertedero. No había rastro del ordenador. Seguramente se lo habían llevado.

—Charlotte. —Escuché la voz de Evelyn desde abajo—. Liam ha llegado.

Me quedé un segundo quieta, con las manos temblando. No quería verlo. No quería que me hiciera mil preguntas. Pero no tenía escapatoria. Bajé en silencio, y noté cómo Evelyn me miraba de reojo, evaluándome. No sabía si era preocupación o reproche.

Cuando entré en el salón, Liam estaba hablando con James. Había otro hombre con él: alto, de hombros anchos, rostro serio y gesto tranquilo.

—Joder con los del FBI —susurró Evelyn a mi lado, intentando romper la tensión. Su comentario me hizo soltar una carcajada nerviosa.

—Perdón —dije enseguida—. Son los nervios, me da por reírme.

Liam me vio entrar.

—Hola, Charlotte —dijo, acercándose despacio—. Este es mi compañero, el agente especial Campbell.

Nos dimos la mano. La suya estaba fría, firme, profesional.

—Será mejor que nos sentemos —dijo Campbell, mirando a su alrededor —. Cuénteme exactamente qué ha pasado.

—Como si no lo supieras —respondí sin poder contenerme—. Ava ha desaparecido. Es fuera donde deberíais estar buscándola, no aquí.

—Niña, no seas desagradable —me reprendió José, dándome un suave codazo—. Cuéntales todo lo que sepas, hazlo por Ava. No eres tú la que lo está pasando mal.

Campbell lo miró con interés.

—¿Y tú eres…?

—José Urriaga —respondió sin dudar—, treinta y cinco años, natural de Cuba. Llevo quince años viviendo aquí. Me dedico a la fotografía y, por si te lo preguntas, soy gay.

El agente apenas esbozó una sonrisa.

—Bueno, ya que todos nos conocemos —dijo Liam, recuperando el control—, vayamos a lo importante. Charlotte, quiero que nos cuentes todo lo que sepas.

—Estoy cansada de responder a la misma pregunta —dije—. No sé nada. Cuando hablé con ella esta mañana, estaba bien.

—Me estás mintiendo.

—No lo estoy haciendo. Es verdad que no sé por qué se la han llevado. Lo único que vi aquel día fueron a dos hombres moviendo unos sacos hacia un barco. La forma en que se comportaban, las prisas, las miradas… algo no encajaba. Fue una intuición, no una certeza. Pero desde entonces sentí que algo iba mal.

—¿Qué clase de sacos? —preguntó Campbell.

—No lo sé. No soy adivina.

—Dile lo de la nota —soltó José.

Liam me miró con dureza, con esa expresión que siempre me desarmaba.

—Charlotte, ¿podemos hablar a solas?

—Está bien —cedí al fin—. Sígueme.

Lo conduje hasta la cocina. Sentí su mirada clavada en mi espalda, estudiando cada paso. Fui directa al fregadero y me serví un vaso de agua para calmarme.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí, por cortesía.

—No, gracias. Así estoy bien. —Apoyó las manos en la encimera—. Charlotte, necesito que confíes en mí y me cuentes lo que está pasando.

Lo miré. Tenía esa manera de observar que te hacía sentir desnuda, como si pudiera leerte por dentro.

—La verdad es que no lo sé. —Empecé—. Hace un par de meses estaba en el puerto haciendo fotos. Me gustan los atardeceres allí. Fui a disparar una foto a un yate que me llamó la atención y, de pronto, se desató el caos. Me vi corriendo… y Ava detrás de mí.

—¿Qué hacía Ava mientras tú hacías las fotos?

—Estaba sentada en una cafetería. No tendría que haber salido corriendo. Nadie sabía que estábamos juntas. Cuando yo llegué, ella ya estaba allí. Aún no me había acercado a ella.

—¿Puedo ver esa nota? —pidió—. Y también me gustaría ver las fotos.

—Si hago eso, la pongo en peligro.

—Ya está en peligro, Charlotte. Y si no me das lo que tienes, no tengo por dónde empezar.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón. Saqué la nota y el *pendrive*. No le dije que tenía copia de ambos.

—¿Tienes algo más? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Espero que no me estés engañando. —Su voz se volvió más grave—. A partir de ahora, cuando se pongan en contacto contigo, llámame.

Salió de la cocina. Yo me quedé mirando por la ventana unos segundos. El cielo estaba gris, a punto de romperse. Tenía que hacer algo. No pensaba quedarme quieta.

Cuando regresé al salón, estaba lleno de policías.

—Y digo yo… ¿falta alguien más por venir? —pregunté. Todos se giraron a mirarme.

—Señorita, necesitamos revisar la casa por si encontramos alguna huella —dijo un hombre con tono serio.

—¿Y usted es? —pregunté altivamente.

—Charlotte —intervino James, cansado—, él es el inspector Carter. Lo he llamado yo.

—Perfecto. Cuando terminéis de registrar, avisadme. Tengo muchas cosas que recoger.

—No puedes quedarte aquí esta noche —dijo Liam, acercándose a mí con gesto firme—. Esto hay que hacerlo despacio.

Iba a protestar, pero Evelyn se adelantó.

—Tranquilo —dijo—. Esta se viene a mi casa a rastras si hace falta.

—Tengo que hablar con los padres de Ava —susurré—. Estarán destrozados.

—Tranquila —me interrumpió James—. Vete con Evelyn. Yo me encargo de esto.

Subí a mi habitación. Recogí algo de ropa, coloqué el cuadro en su sitio —nadie debía saber lo que había detrás— y bajé con la bolsa en la mano.

—Evelyn, ya podemos irnos —le dije—. Liam, avísame cuando pueda volver a casa.

Nada más subir al coche, me derrumbé. Había aguantado demasiado, fingiendo ser fuerte delante de todos.

—No te preocupes —dijo Evelyn, tocándome la mano—. Ya verás cómo pronto la tenemos con nosotros.

—Esto ha sido culpa mía, y yo lo voy a arreglar.

—No hagas tonterías, Charlotte. No me obligues a enfadarme contigo.

—Si pudiera, me cambiaría por ella.

—Olvídate de eso. No cabrees a mi hermano.

—Tu hermano siente algo por Ava. Cuando ha ido a mi casa y se lo he contado, se ha quedado blanco. Pero lo peor es que me culpa a mí.

—Eso es normal —respondió Evelyn con calma—. Os quiere mucho. No creo que te culpe, de verdad.

—Tú no viste cómo me miraba.

No dijo nada más. Puso el coche en marcha, y yo cerré los ojos. Pensé en Ava. En su risa. En cómo traerla de vuelta.

Capítulo 3



Liam

Cuando James me llamó para que acudiera a casa de Charlotte, no llegué a imaginar lo que me iba a encontrar allí. Al llegar, ella estaba hecha un manojo de nervios, pero aun así estaba guapísima. Se notaba que estaba al límite. Caminaba de un lado a otro sin saber dónde detenerse, y cada dos por tres se tocaba el pelo, como si ese gesto pudiera ayudarla a pensar. Me dio la sensación de que, si alguien le decía una palabra más alta de lo normal, se derrumbaría. Aun así, seguía esforzándose por aparentar fortaleza. Eso era lo que más me jodía.

Me dieron ganas de salir corriendo y abrazarla, pero no estaba allí como amigo, sino como agente del FBI.

Estaba hablando con James cuando escuché una carcajada. Al volverme, la vi agarrada del brazo de Evelyn. Sentí cómo se me tensaba el estómago al verla así.

—Perdón, son los nervios —dijo, disculpándose.

Le presenté al agente Campbell.

—Será mejor que nos sentemos y me cuente qué es lo que ha pasado.

—Como si no lo supieras. Ava ha desaparecido. Es fuera donde tienes que estar buscando, no aquí.

Iba en mi coche recordando la conversación que había mantenido con ella. Aunque no me lo dijera, sabía más de lo que contaba. Se le daba fatal mentir, como aquel día que le dije que yo le gustaba y me lo negó, pero aun así se sonrojaba cada vez que le hablaba, igual que cuando nos habíamos visto hoy.

Aún recordaba cuando la conocí en casa de James: la manera en la que me miró, cómo sus mejillas se sonrojaron cuando le di dos besos al presentarnos. Pero había una frase que se repetía constantemente en mi cabeza.

—Como si no lo supieras. Ava ha desaparecido. Es fuera donde tienes que estar buscando, no aquí.

No era solo la frase, era la forma en que la soltó, como si estuviera cabreada conmigo y a la vez asustada. Charlotte siempre se ponía así cuando intentaba esconder algo. No se daba cuenta, pero yo la conocía demasiado bien. Y esa mirada que me echó antes de irme… ahí había algo.

—¿Qué opinas de todo esto? ¿Crees que sabe más de lo que dice? —me preguntó Campbell.

—Sí sabe más de lo que cuenta. La conozco, sé cuándo miente. Pero vamos a darle un poco de espacio. Si con lo que nos ha dado no tenemos nada claro, volveremos a hablar con ella.

—Lo mejor será que lo hagas tú solo. Yo sobro.

—¿De qué hablas? No digas tonterías.

—Cuando estáis juntos en la misma habitación saltan chispas, colega.

—Te estás equivocando. Charlotte es amiga de mi mejor amigo, solo eso.

—Otro que miente —soltó una carcajada.

No volvimos a hablar. Me vino a la cabeza una de las fotos que había visto. Si era quien creía, la cosa era más seria de lo que imaginaban. Al llegar a la Central, fui directo a mi despacho.

Saqué una carpeta del archivador y la abrí en mi mesa. Allí tenía fotos antiguas, las de mis casos anteriores. Luego metí el pendrive que me había dado Charlotte en el ordenador y abrí las imágenes nuevas. Coloqué una de las fotos viejas sobre la mesa y la comparé con la que tenía delante en la pantalla. No había duda: era la misma persona.

—Ven a mi despacho —le dije a Levi.

No había terminado de colgar el teléfono cuando ya estaba abriendo la puerta, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—¿Estabas detrás de la puerta? —pregunté. Levi soltó una carcajada.

—Venía para acá. ¿Para qué me has llamado?

—Cierra la puerta y mira estas fotos.

Abrí la carpeta con las imágenes en el ordenador y giré la pantalla hacia él. En cuanto lo vio, se le borró la sonrisa. Levi no era de los que se impresionaban fácilmente; había visto cosas mucho peores que la mayoría de los agentes de la unidad. Pero esa foto… esa foto le cambió la cara por completo, como si acabara de reconocer un fantasma del pasado. Se acercó un poco más, como si no terminara de creérselo, y entonces me miró de esa forma que los dos sabíamos lo que significaba: teníamos un problema de los gordos.

—¿Es quien creo que es? Porque es igualito.

—Lo es, y es lo que me preocupa. Tenemos que encontrar a Ava. Tengo que volver a hablar con Charlotte; tiene que contarme la verdad.

—¿La vas a vigilar?

—Yo no puedo hacerlo. Se cabreará, como aquella vez que fueron a un concierto y las vigilamos James y yo. Solo le faltó pegarnos.

—Me lo tienes que contar un día de estos más despacio, con unas cervezas.

—Coge el pendrive y averigua si está en la ciudad. Si no, busca a su mano derecha. Voy a hablar con Turner.

Cuando salió del despacho, llamé a James antes de ir a hablar con el director.

—Dime, Liam. ¿Pasa algo?

—¿Cómo están las chicas?

—Mi hermana, dentro de lo que cabe, bien. Charlotte se ha quedado dormida. Estaba muy nerviosa; mi hermana le ha dado una pastilla y se ha quedado frita.

—Necesito que estés pendiente de ellas. Lo que he visto en las fotos no es nada bueno. Ese tipo no se anda con tonterías.

—No te preocupes. Así lo haré.

—Mañana iré a hablar otra vez con Charlotte. Necesito la verdad. Esto es muy serio, más de lo que ella puede imaginar.

—Se lo diré para que esté preparada.

—No, no quiero que se entere. Le daría tiempo a pensar qué decirme.

—Liam, sé paciente con ella. Ya sabes cómo es.

—Una cabra loca, lo sé. No te preocupes. Por cierto, antes de que se me olvide, necesito el número de teléfono de los padres de Ava y la dirección. Quiero ir yo personalmente.

—Ahora te lo paso. Pensaba ir yo a contárselo. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, es mejor que vaya solo. Háblame un poco de ellos.

—Son buenas personas. Oliver es uno de los mejores abogados de la ciudad. Mia se dedica a la moda… no recuerdo exactamente en qué. Ahora no trabaja; hace dos meses la operaron del corazón.

—Entonces será mejor que vengas conmigo. Pasaré a recogerte en media hora.

—Te estaré esperando. —Colgó, dejándome pensativo.

No me gustaba dar malas noticias, y menos cuando algún familiar directo sufría alguna enfermedad. Iba a ser un golpe muy duro para ellos.

Estaba siendo un día agotador. No hacía más que darle vueltas a la cabeza. Tenía que encontrar a esa niña; los que se la habían llevado no se andaban con tonterías.

Cogí las llaves del coche para ir en busca de James. Ya en camino, mientras escuchaba la radio, pensé si sería bueno filtrar la noticia a la prensa o esperar unos días más.

Llegué a casa de Evelyn, donde estaba James. No me bajé del coche; directamente lo llamé para que saliera. Lo vi venir desde lejos. No traía buena cara. Nadie la tenía. Cuando no conoces a alguien, a veces te implicas demasiado; cuando sí la conoces… ya os podéis imaginar.

—No veas el trabajo que me ha costado salir de la casa. Por poco la tengo que amarrar a la pata de la mesa. —Reí—. Eso, tú ríete. Vaya tía más cabezota. Pobre del hombre que dé con ella; que Dios lo coja confesado.

—Tampoco habrá sido para tanto, son solo los nervios.

—Como se nota que no estabas con ella. Pero tranquilo, que para ti también ha habido piropos. —Ahí no pude evitarlo y se me escapó una carcajada.

Llegamos a la casa de Ava. Nos bajamos del coche y llamamos a la puerta. Nos recibió una mujer con una cara muy dulce. Una de esas mujeres que con solo mirarte ya te cae bien. Y justo por eso me dio rabia estar allí por lo que estaba. Me vino a la cabeza la idea de que esa casa llevaba años sin un sobresalto, y ahora iba yo con lo peor que podían escuchar. Se me hizo un nudo en la garganta anticipando lo que podía pasar.

—James, ¡qué sorpresa! Pasa, hijo, no te quedes en la puerta. —Al entrar, se dio cuenta de que yo iba detrás.

—Hola, soy Liam, del FBI. Me gustaría hablar con usted y su marido.

—¿Qué está pasando? James, ¿dónde está mi hija?

Nos miramos. Las madres y su sexto sentido… sabían cuando algo no iba bien con sus hijos.

—Mia, ¿está Oliver en casa? Necesitamos hablar con los dos.

—No tardará. Ha salido a comprar pan. Pero dime, ¿qué haces aquí con un agente del FBI? ¿Le ha pasado algo a Ava? —Se llevó la mano al corazón.

—Tranquilízate, no te pongas nerviosa, no me vayas a dar un susto, ¿vale? —dijo James, preocupado.

Estábamos sentados cuando escuchamos la puerta. No había terminado de ponerme de pie cuando la madre de Ava ya había salido a buscar al marido.

—Oliver, algo le ha pasado a la niña. No me quieren decir nada.

—Mi amor, tranquilízate. Ven, vamos a sentarnos.

—Hola, soy Oliver Jones, padre de Ava. —Me extendió la mano.

—Agente especial Miller.

—Sentémonos y hablemos tranquilamente. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Ava, James? —preguntó, ignorándome.

—Ha desaparecido. Lo último que sabemos es que iba a casa de Charlotte, pero nunca llegó.

El grito que dio esa madre fue desgarrador, un sonido que me atravesó el pecho y dejó la casa en un silencio tremendo, de esos que se sienten incluso en la piel. James se quedó rígido, sin saber qué hacer, y yo me quedé quieto porque, de verdad, no hay manual para esos momentos. El silencio después

fue horrible. Se me metió en el cuerpo como si de repente hiciera frío. Era ese tipo de dolor que se te agarra por dentro y no te suelta. Uno nunca llegaba a acostumbrarse a dar este tipo de noticias.

Inmediatamente, Oliver se levantó de un salto, fue hasta el mueble y abrió un cajón de donde sacó una caja de pastillas. Mientras tanto, James se fue a la cocina a por un vaso de agua.

—Siento que tengan que pasar por esto, pero les prometo que la encontraremos muy pronto. Sé que lo que les voy a pedir es muy difícil, pero deben mantener la calma. La prensa aún no sabe nada, pero cuando se enteren, escucharán de todo.

—¿Cómo quiere que nos calmemos? ¿Usted tiene hijos? —negué con la cabeza—. Entonces no me pida que me calme.

—Mia, él no tiene la culpa de nada. Nos ayudará a encontrarla. —Le dio un beso en la cabeza—. Perdónela, agente. Son los nervios.

—Nosotros nos vamos ya. Cualquier cosa que llegue a saber, se lo haré saber de inmediato.

James se despidió de ellos con un abrazo. Era uno de esos momentos en los que había que mantenerse firme, por mucho que se te rompiera el alma al ver sufrir a la gente.

—Temía este momento —me dijo James—. Ava es tan dulce, tan ingenua… solo espero que no le hayan hecho daño. —Vi cómo apretaba la mandíbula.

—¿Hay algo entre ella y tú? —negó con la cabeza—. Yo no estoy tan seguro.

—Es la amiga de mi hermana, y la veo como eso, como una hermana.

—Estás mintiendo, y lo sabes. Sé cuándo las personas mienten; recuérdalo.

—Joder, macho, no hay quien pueda contigo. Sí me gusta, ¿contento?

—¿Ves como no es difícil decir la verdad? Pues ya sabes lo que tienes que hacer cuando la encontremos: decirle lo que sientes por ella.

—Me frena mucho la edad, pero no por mí, sino por ella… o por lo que puedan pensar sus padres.

Después de eso no volvimos a hablar. Vi cómo cerraba los ojos, suspirando, como si necesitara un segundo para contener todo lo que estaba sintiendo. La noche caía despacio sobre la ciudad, y yo tenía la sensación de que el tiempo se nos escapaba entre los dedos.

Capítulo 4



Charlotte

No dejaba de dar vueltas en la cama, no había manera de quedarme dormida. James, por mucho que dijera que no estaba enfadado, lo estaba; solo había que ver la manera en la que me miraba.

Me puse bocarriba, bocabajo, de lado y del otro. Nada. La cabeza no paraba. Era como si mi cerebro hubiera decidido montar un after sin avisar, con todas las luces encendidas y la música a todo volumen. Y yo ahí, sin poder echar a nadie.

Cada vez que cerraba los ojos, me venía la cara de Ava, sonriendo, y después la de James mirándome como si yo tuviera la culpa de todo. Y cuanto más intentaba no pensar, más me apretaba el pecho. Había dormido otras veces estando hecha polvo, pero aquella noche era imposible. Era como tener un motor encendido en mitad del cuerpo.

Ava, mi dulce amiga… *¿por qué tuvo que salir corriendo detrás de mí?* Esa pregunta era la que tenía en mi cabeza una y otra vez. Ella era tan buena, tan prudente… No tendría que haberle dicho que me acompañara, ni yo haber ido al puerto ese día. Me levanté, estaba claro que no iba a poder dormirme. Bajé a la cocina a por algo de beber. Eran las tres de la mañana. Fui hacia la vinoteca, cogí una botella de vino, el paquete de tabaco y salí al porche.

Me senté en el escalón, encendí el cigarro y me quedé mirando la oscuridad como si fuera a darme alguna respuesta. El aire estaba frío, pero ni

eso me despejaba. Cada calada me sabía amarga. No sé si por el tabaco o por todo lo que tenía encima. Y el silencio no ayudaba; al contrario, parecía que me gritaba todo lo que había hecho mal ese día. Tragué un sorbo de vino y cerré los ojos, intentando que al menos eso me calmara un poco.

—¿La conciencia no te deja dormir? —Escuché decir a James—. Espero que no le pase nada, Charlotte.

—Vete a la mierda. No tienes ni puta idea de cómo estoy. ¿Acaso crees que eres el único que la quiere? Pues no. Y otra cosa te voy a decir: no eres nadie para culparme de lo que ha pasado, pero si te sirve de consuelo, ya me culpo yo sola.

—Yo no dije nada de eso —me contestó con muy malos modos.

—No hace falta. El cómo me miras y cómo me hablas lo dice todo.

—Yo no…

—Tú nada. —No lo dejé terminar—. Hoy me voy a mi casa, puesto que tú no te vas a la tuya, y como no puedo echarte, me iré yo.

—Eso no te lo crees ni tú —dijo, poniéndome una mano en el brazo para frenarme.

—Suéltame. Eso lo digo yo y punto.

Caminé hasta la piscina. No quería llorar delante de él; no era justo cómo me estaba tratando. Me senté en una tumbona a fumarme el cigarro y beber el vino. Necesitaba aire, silencio y dejar de sentirme una mierda, aunque fuera solo un minuto.

Solo le pedía una cosa al universo: que no le hicieran daño. Porque si eso llegaba a pasar… yo no respondía. Y de verdad que prefería no descubrir hasta dónde podía llegar por ella.

Perdí la noción del tiempo allí sentada. Me dolía la cabeza, el pecho, todo. Y aun así seguía bebiendo como si eso fuera a arreglar algo. La botella se vació sin que me diera cuenta. Me pasé las manos por la cara, empapada en

lágrimas, sin saber si lloraba de miedo, de culpa o de rabia. Probablemente de todo. Intenté incorporarme, pero las piernas no me respondieron. El mundo se movía aunque yo estuviera quieta.

Noté cómo James me cogía en brazos. Quise decirle que me soltara, pero me costaba hablar y apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando me dejó en la cama, era como si estuviera flotando.

—Charlotte, Charlotte, despierta. —Escuché a Evelyn llamarme—. Liam está aquí, quiere hablar contigo.

—Mmm… déjame dormir. Dile que no quiero hablar con él.

—Charlotte, levanta ya, son las cinco de la tarde.

—Como si son las siete. Quiero dormir. Déjame dormir. —La vi salir del dormitorio y suspiré, cerrando los ojos otra vez.

—Haz el favor de levantarte y darte una ducha. —Escuché una voz grave mientras tiraba de las sábanas—. Te quiero abajo en veinte minutos.

En ese momento no sé qué pasó, pero me vino una arcada y fui a vomitar… en los zapatos de esa voz exigente. Cuando miré a quién pertenecía, me quería morir. Ahí estaba Liam, con los brazos cruzados y una cara que ya decía bastante del cabreo que traía encima. Si hubiera existido un agujero negro en esa habitación, me habría tirado de cabeza. Total, ya estaba haciendo el ridículo nivel experto.

—Perdón… ya me levanto. ¿Puedes dejarme sola?

Cuando me levanté, me tambaleé, pero él fue más rápido y me sujetó por la cintura. Por un segundo me quedé quieta, sin saber ni dónde mirar. Era ridículo: había estado mil veces cerca de él, incluso demasiado cerca, y nunca me había puesto así. Pero ahí, oliendo a vino, con la cara hecha un desastre y las piernas flojas, me entró un calor incómodo en el pecho. No quería que me viera así, tan hecha polvo, tan… vulnerable. Pero él no dijo nada, solo me sostuvo con firmeza, como si estuviera acostumbrado a salvar a la gente cuando se desmoronaba.

En ese momento quería que la tierra me tragara. Había muchas veces en las que me habría encantado que me agarrara así… pero no ahora, con el pestazo que llevaba encima.

—Yo… lo siento. No quería que pasara nada de esto.

—No te preocupes. Ahora ve a la ducha, que tenemos que hablar. Pero esta vez, con la verdad por delante, Charlotte.

—No te he mentido.

—A la ducha.

Me dejó en la puerta del cuarto de baño. Me moría de la vergüenza. ¿Qué pensaría de mí? Abrí el grifo y me metí debajo. Virgen santa, estaba helada, pero lo necesitaba para despejarme. Tenía que estar despierta para el interrogatorio que me esperaba.

Apoyé las manos en la pared mientras el agua me caía encima. Cerré los ojos e intenté ordenar la cabeza, pero era como intentar desenredar un cable con las manos temblando. Me quedé ahí quieta, respirando hondo, diciéndome que tenía que tirar para adelante, que no podía derrumbarme ahora. Que Ava me necesitaba, aunque no tuviera ni idea de cómo la iba a ayudar. El agua fría me espabiló un poco, pero el nudo en el estómago seguía ahí.

Sí, me había pasado con el vino. Le tenía que decir a Evelyn que ese lo descartara, porque entraba demasiado bien.

Estaba secándome cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —Escuché a Evelyn.

—Estás en tu casa, puedes pasar.

—Pero es tu intimidad…

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Desde cuándo te importa eso? —dije soltando una carcajada.

—También es verdad. —Rio—. ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué te dio por beberte una botella entera a las tres de la mañana?

—¿Me la bebí entera? —asintió—. La verdad, no lo recuerdo. Pero sí recuerdo al idiota de tu hermano echándome la culpa de lo que está pasando.

—No creo que te dijera eso.

—Oh, sí, ya lo creo. Hasta me amenazó. Y una cosa te digo: estos dos están liados, y no me vengas con lo de «son amigos desde hace años» porque no te lo crees ni tú. —Evelyn me escuchaba con ojos abiertos como platos—. Por cierto, hoy me voy a mi casa.

—No puedes irte. Tienes que estar aquí. Es lo que dijo Liam: que estás en peligro.

—¿Crees que me importa? Para nada. Ava está vete tú a saber dónde por mi culpa. Aparte de que paso de estar en la misma casa que tu hermano.

—No se lo tengas en cuenta, son los nervios. Todos estamos muy nerviosos.

Terminé de vestirme en silencio. Evelyn me miraba como si me fuera a romper en cualquier momento, como si estuviera a punto de caerme al vacío.

—Qué guapa estás —me dijo.

La miré como diciendo «qué pelota eres».

—Anda, deja de hacer trabajar esa cabecita y vamos a que comas algo, que tendrás hambre.

—Evelyn…

—Dime, ¿qué pasa ahora?

—Qué vergüenza… He vomitado en los zapatos de Liam y le he salpicado los pantalones.

—Ja, ja, ja. Qué momentazo, niña. Tendrías que haber visto tu cara… y la de él. —Nos echamos a reír.

—No sé cómo nos podemos estar riendo con lo que está pasando. Si me ve tu hermano, me mata.

—Porque somos humanas, Charlotte. Y por mucho dolor que tengamos, la vida no se para. Vivimos de los momentos, de todo lo que hacemos y nos pasa cada día.

—Qué profundo lo que has dicho… Anda, vamos, que tengo un león en la barriga.

Llegamos al salón. Vi que Liam no estaba, pero su compañero sí. A su lado estaba James, hablando con él. Cuando me vieron, se hizo el silencio.

—Hombre, la Bella Durmiente despertó —dijo Campbell con tono irónico —. Señorita Smith.

—Agente Campbell.

Seguí hacia la cocina. Evelyn abrió el frigorífico y sacó dos táper. Me preparó un sándwich de jamón cocido y queso con un zumo de naranja.

—Si no tienes bastante con uno, te hago otro.

—Gracias, está bien así. Evelyn… ¿dónde está Liam?

—Ya estás preguntando como cuando éramos adolescentes.

—No digas tonterías. Yo no preguntaba por él.

—Sí, claro… Pues ha ido a su casa a cambiarse. No era plan quedarse con el olor que tenía encima.

—Ja, ja, ja. No me lo recuerdes. No sé con qué cara lo voy a mirar cuando venga.

—Pues con carita de cordero degollado.

—De verdad que no sé cómo te puedes estar riendo con lo que está pasando —entró James, enfadado—. Tendrían que haberse llevado a ti y no a ella.

—Mira, eres mi hermano y te quiero. Me duele lo que está pasando con Ava, pero deja ya de culparla. Ella no tiene la culpa. Y por si no lo has notado, no era ella sola la que se estaba riendo.

Dejé el resto del sándwich en el plato y me levanté. Las palabras de James me dieron un golpe seco en el pecho. Era como si me hubiera dado una bofetada sin tocarme. Me quedé mirando el plato sin verlo, intentando tragar, pero no podía. Las manos me temblaban otra vez, igual que por la noche. Y lo peor era que, por dentro, una parte de mí pensaba lo mismo que él. No hacía falta que me culpara nadie; ya lo llevaba yo haciendo desde que abrí los ojos.

Al salir de la cocina, me topé con algo duro. Cuando levanté la mirada, vi de quién se trataba: Liam, mirándome con la ceja arqueada.

—¿Podemos hablar ahora, Charlotte?

—Sí, cuanto antes lo hagamos, mejor para todos. Siento mucho lo que ha pasado antes, de verdad. No era mi intención… No me gusta ir vomitando delante de la gente.

—Tranquila, no pasa nada. Son las secuelas de beberse una botella de vino entera a las tres de la mañana.

—Uff… Ya se podía haber metido ese la lengua en el culo. —Soltó una carcajada.

—Ven, vayamos al despacho de Evelyn. —Me sorprendió que me cogiera de la mano, tirando de mí.

Entramos en el despacho de mi amiga. Sentado con una libreta estaba el compañero de Liam. Me dirigí a la silla de Evelyn y me senté. Liam se sentó junto a su compañero.

Me quedé observando lo que tenía delante de mí: dos hombres con cuerpos espectaculares. Me quedé embobada. ¿Todos los del FBI serían iguales? Vi cómo Levi —creo que se llama así— sonreía. Liam, no; él estaba serio, observando.

Los dos imponían, pero de formas distintas. Levi parecía más relajado, como si pudiera llevar una bomba en las manos y seguir bromeando igual. Liam, en cambio, tenía esa manera de mirar que te dejaba clavada al sitio. No hacía falta que hablara para ponerte nerviosa; con él bastaba el silencio. Me crucé de brazos para no demostrar que me sudaban las manos. No sabía qué iban a preguntarme, pero sí sabía que no podía permitirme titubear.

—¿Has terminado ya? ¿Nos falta algo?

—Sí, un poquito de simpatía —dijo Levi. La carcajada se le murió cuando Liam lo miró.

—Para eso ya te tenemos a ti.

—Venga, dime lo que tengas que decirme, que tengo que irme a mi casa.

Me quedé callada, mirando la puerta como si pudiera escapar por ella. La idea de volver a mi casa me tranquilizaba y me asustaba al mismo tiempo. No quería estar sola, pero tampoco quería seguir sintiendo que todo el mundo esperaba una respuesta que no tenía. Respiré hondo, intentando que no se me notara el temblor en la voz. No era el mejor momento de mi vida, pero sabía que, quisiera o no, tenía que enfrentarlo

—No te puedes ir. Aún no hemos terminado.

Capítulo 5



Liam

Estaba observando cada movimiento de sus ojos; iban de Levi a mí y así sucesivamente. Me había cabreado mucho que me vomitara en los zapatos; bueno, a decir verdad, hasta en los pantalones.

Por la mañana, cuando fui a casa de Evelyn, James me contó lo sucedido. Entendía a mi amigo por la situación que tenía con Ava; llevaban tres meses juntos y todavía no se lo habían dicho a nadie. Pero lo que estaba pasando no era culpa de Charlotte ni de nadie. La culpa era de ese malnacido que andaba a sus anchas por la ciudad.

Charlotte no dejaba de mover las piernas, como si necesitara tener algo en marcha para no venirse abajo. Me miraba un segundo, luego apartaba la vista como si le costara aguantarme la mirada. Entendía el miedo, entendía la culpa… pero no podía dejar que eso nos fastidiara el tiempo. Cada minuto que pasaba se nos escapaba una oportunidad más de encontrar a Ava. Y aunque no lo dijera, a ella también se le notaba que lo sabía.

—Cuando estés preparada, empezamos. Y no quiero mentiras.

—Ya te lo he contado todo tal como pasó. No tengo nada más que contarte.

—Eso no es lo que dice tu amigo, el señor Urriaga.

—Mira, guapito de cara… —A Levi se le escapó una risilla y lo miré de reojo—. Es imposible que mi amigo «el señor Urriaga» —lo dijo con ironía— te haya dicho nada, porque él no sabe nada.

—O sea que hay algo. Mira, Charlotte, esto va así: o me lo cuentas a mí sin dejarte nada por el camino, o paso el caso a otro compañero y entonces sí tendrás que contarlo.

—¿Me estás amenazando? Porque te puedo decir por dónde me paso yo tus amenazas.

—Bueno, ya está bien. —Escuchamos una voz—. Cuéntaselo de una puta vez. ¿No te das cuenta de que cada minuto que pasa es peor?

El ambiente se volvió tan tenso que cualquiera lo habría cortado con un cuchillo. James respiraba fuerte, casi bufando, y Charlotte tenía los ojos a punto de salírsele. Parecía una cuerda tensada a punto de romperse. Y yo ahí, en medio, intentando que ninguno dijera la barbaridad que le estaba quemando en la boca. Era como tener dos bombas a cada lado y rezar para que ninguna explotara primero.

—James, déjame hacer mi trabajo.

—¿Qué trabajo, Liam? Si llevas aquí metido diez minutos y no ha soltado prenda.

—¿Qué quieres tú? ¿Que me ate y me dé una paliza para que hable? No has visto tú películas, muchacho.

—Basta ya —dije cabreado—. Dejaros de estupideces los dos. James, por favor, sal de aquí. Y tú —miré a Charlotte— no provoques.

James salió maldiciendo. Su hermana intentaba calmarlo. A Charlotte le estaba cambiando el semblante; sabía que, como siguiera así, se vendría abajo… y quizá entonces hablaría.

—Charlotte —la llamó mi compañero—, ¿puedo preguntarte algo?

Ella asintió con la cabeza, mirándome a mí primero, y se puso recta.

—¿Sabrías reconocer a los hombres que estaban allí?

—Creo que sí. Todo fue muy rápido. Al principio ellos no me vieron.

—¿Recuerdas lo que hacían en ese momento? —Levi me miró; asentí para que siguiera.

—No lo sé muy bien…

La voz se le volvió pequeña, aunque intentó disimularlo incorporándose un poco en la silla. Le temblaron las manos, apenas un segundo, pero lo suficiente para darme cuenta de que revivir aquello le estaba costando más de lo que quería admitir. Miraba al suelo, como si las palabras fueran un peso que tuviera que levantar a pulso antes de soltarlas.

—Eran como alfombras enrolladas. Las estaban cargando en un barco. Pero hubo algo que me llamó la atención… y ahí fue donde se desató todo.

—¿Puedes ser más clara, por favor? —pidió Levi.

—Pues que una de las alfombras se movió. A uno de los que la llevaban se le escapó y cayó al suelo… y la alfombra gritó.

—No hace falta que te diga que no era una alfombra, ¿verdad? —Me atreví a preguntar. Volvió la cara para mirarme.

—Lo sé. No soy tonta. —Me apuntó con el dedo—. Al escuchar el grito, yo también grité. Uno de los que estaban en el barco me vio y ahí empezó el caos.

Le costaba decirlo, pero la historia se le escapaba a trompicones, sin que pudiera frenarla. La noté tragando saliva, intentando mantener el control. Se pasaba los dedos por el pantalón como si buscara algo donde agarrarse. Ese detalle, esa simple reacción, decía más de su miedo que cualquier otra cosa.

Dejé que Levi siguiera con las preguntas. A él sí le contestaba; conmigo estaba en guerra abierta.

—¿Dónde se encontraba Ava? ¿Lo recuerdas?

—Estaba en la cafetería que hay al lado del puesto del agua. Está de baja por una lesión en el hombro y acababa de terminar la rehabilitación. Yo ya estaba allí cuando me llamó. Cuando llegó, nos tomamos un refresco, pero al ver que se estaba poniendo el sol, me levanté y le dije que me esperara allí.

—¿Quieres agua? —Noté que miraba hacia la mesa junto a la ventana.

—Sí, se me está quedando la boca seca.

Me levanté. Al abrir la puerta me encontré a mi amigo y su hermana escuchando.

No sabía qué me daba más rabia, si verlos pegados a la puerta como dos críos espiando, o pensar que, si los echaba, Charlotte podía cerrarse otra vez como una ostra. James estaba tan alterado que parecía un resorte a punto de saltar, y Evelyn lo miraba con esa cara de hermana mayor que intenta aguantarlo sin que se note. Todo el mundo estaba al límite, y el puto silencio del pasillo tampoco ayudaba.

—No me lo puedo creer… Solo os falta una silla para sentaros.

—Ahora mismo las pone mi hermano —dijo Evelyn, apretando los dientes —. Voy por el agua.

Cogí la jarra y volví al despacho. No quería que Charlotte dejara de hablar. Cuando entré, me quedé parado: estaba riendo por algo que le había dicho Levi. En cuanto me vieron, cada uno se puso serio.

Puse la jarra en la mesa y llené los vasos.

—Gracias, ya tenía la boca como un estropajo.

—¿Seguimos? —preguntó Levi—. Cuéntame qué hizo Ava.

—Yo salí corriendo. Le dije que se quedara ahí, pero no me hizo caso. Salió detrás de mí… —La voz se le quebró.

Se frotó los ojos rápido, como si quisiera borrar la imagen de ese momento. Yo podía imaginarla corriendo, tirando de Ava, intentando no mirar

atrás porque sabía que, si lo hacía, se paralizaba. Y aun así, en su voz había algo más que miedo: había rabia por no haber podido protegerla, por haber tenido que mirar cómo se metían en un problema que ellas no habían buscado.

—Cuando pudimos perderlos de vista, le pregunté por qué había echado a correr. Le había pedido a gritos que se quedara.

—¿Qué contestó?

—Que no me quería dejar sola. Que se asustó… Estuvimos unas semanas tranquilas hasta hace dos días.

Levi la observó con calma.

—Te voy a enseñar unas fotos para ver si reconoces a alguno de los que viste. Tómate tu tiempo. Esto nos daría una pista muy importante. —Se estaba poniendo nerviosa; lo noté en cómo se movía en la silla—. Pero antes dime una última cosa.

—¿Qué cosa? Ya te lo he dicho todo.

—¿Qué es lo que tienes que ellos quieren?

—Ya te he dicho que lo que vi lo tengo en fotos.

—Vale. Ahora mira estas. —Le puse las fotos en la mesa—. Tómate tu tiempo; necesito que estés segura.

—Y yo necesito que me dejes en paz.

—Charlotte —la llamó Levi—, sé que puedes. Vamos a resolver esto primero y yo me encargaré de que el agente Miller te deje tranquila.

Lo miré arqueando una ceja. Él sonrió.

Charlotte empezó a mirar una por una. Cuando pasaba una, volvía a la de atrás. Hasta que llegó a una concreta y se removió.

Le tembló el pulso cuando llegó a esa foto. No intentó disimularlo. La respiración se le volvió rápida y clavó la mirada como si necesitara asegurarse de que no estaba confundiendo nada. Ese segundo de duda fue suficiente para saber que había encontrado lo que buscaba y que ojalá no lo hubiera encontrado nunca.

—Estos dos de aquí son los que cargaban las alfombras. Y este de aquí es el que estaba en el barco.

Mi compañero y yo nos miramos. Sabíamos quiénes eran; llevábamos tiempo detrás de ellos. Sobre todo de él.

—¿Estás segura? No puedes equivocarte en esto.

—Tan segura como que los tengo en las fotos. ¿Quiénes son?

—Se hace llamar «el Colombiano». Es muy peligroso. Más de lo que te puedas imaginar. Necesito que me des todo lo que tengas.

—Y yo necesito saber a qué se dedica. Y si Ava corre peligro.

—No me voy a andar con rodeos: se dedica a traficar con mujeres.

No había manera suave de soltar ese nombre. En cuanto lo dije, sentí cómo la habitación se encogía. Hasta Levi dejó de moverse. Charlotte no entendía del todo quién era ese tipo, pero sí entendió mi cara, y con eso tuvo más que suficiente para saber que estábamos hablando de alguien serio.

Se puso pálida. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo contener. Subió las piernas a la silla y se abrazó a ellas.

Se quedó hecha un ovillo, sin mirarnos, como si quisiera desaparecer un momento del mundo. No lloraba a lo loco, ni gritaba, ni nada de eso… solo estaba rota por dentro. Se le notaba. Cada vez que respiraba era como si le costara el doble, y me dio la sensación de que estaba intentando no venirse abajo del todo delante de nosotros. Le temblaban los dedos, pero los tenía agarrados a las piernas con fuerza, como si ese gesto fuera lo único que la mantenía en pie.

—Charlotte, la vamos a encontrar. Te lo prometo.

—¿Puedo irme ya?

—Puedes irte, pero no quiero que salgas de esta casa. ¿Puedes darnos todo lo que tienes?

—Voy al cuarto a por ello —dijo con una cara que me partió el alma.

Me dieron ganas de correr hacia ella, pero me quedé quieto. Sabía que si me acercaba en ese momento, la rompía del todo. Era extraño: la había visto cabreada, eufórica, insoportable… pero nunca así. Nunca tan pequeña, tan derrotada. Y eso me atravesó más de lo que debería.

El Colombiano era uno de los más buscados, no solo en Estados Unidos, sino en varios países latinoamericanos. Charlotte no tenía ni idea de con quién se había topado, y eso me tenía muy preocupado.

—Levi, no sé cómo lo has hecho, pero gracias.

—No hay nada que agradecer. Además, ella no está enamorada de mí. —Me guiñó un ojo.

—¿De qué hablas?

—Ya estoy aquí. —Entró Charlotte—. Esto es todo lo que tengo.

—Gracias, Charlotte. Pronto tendrás a tu amiga contigo.

—Gracias a ti, Levi. Eso espero. Si le llegara a pasar algo… no me lo perdonaría.

—Yo tampoco lo haría. Ya te lo dije.

—James —lo llamé, sacándolo del despacho—, te lo repito: contrólate. Todos lo estáis pasando mal, pero ella ya tiene suficiente como para que encima la machaques. Sabes perfectamente que esto no es culpa suya.

Lo dejé solo y volví a entrar. Evelyn la tenía abrazada. Charlotte lloraba; se le sacudía el cuerpo entero.

—Levi, nos marchamos. Tenemos mucho que hacer. Evelyn, gracias por ofrecernos tu casa. Charlotte, estaremos en contacto. No salgas sola. No vayas a tu casa.

—Puedes irte tranquilo, Liam. Yo estaré pendiente de ella —me dijo Evelyn, dándome un abrazo.

Salimos de la casa. Eran ya más de las nueve de la noche, pero no podía parar ahora que tenía pruebas en mis manos.

—¿Qué has querido decir antes, cuando te di las gracias?

—Pues que salta a la vista. Esa mujer está enamorada de ti. Y ya me queda duda de si tú también.

—Para nada. Ya te lo dije: la conozco por ser la amiga de Evelyn.

—Ya, ya… Eso ya lo has dicho. No hace falta repetirlo tantas veces.

—Por listo, hoy pagas la *pizza*. No creas que te vas a ir a casa; tenemos cosas que hacer.

Mientras salía por la puerta, sentí ese peso en el estómago que solo me daba cuando un caso me tocaba más de la cuenta. Miré la casa por última vez antes de subir al coche. No podía quitarme la cara de Charlotte de la cabeza. No sabía en qué momento había empezado a importarme tanto, pero ya era tarde para hacerme el duro. Ahora tocaba mover cielo y tierra.

—Siempre me toca a mí pagar. No es justo. —Soltamos una carcajada.

—Se siente. Eso por hablar lo que no es.

Capítulo 6



Charlotte

—Joder, pensé que no se iban a ir en toda la noche, con el hambre que tengo.

—No sé cómo puedes hablar de comer con lo que tenemos encima.

La casa parecía cargada de electricidad. Cada palabra sonaba más fuerte de lo normal, como si todos estuviéramos con los nervios por fuera. Tenía la sensación de que cualquiera iba a saltar por cualquier tontería.

—James, ya está bien —le dijo Evelyn, cabreada.

—No, déjalo que se desahogue. Si ya me da igual lo que diga de mí. —Me giré hacia él—. Lo siento por ti, amiga, pero para mí desde ayer él no existe. Y me duele cómo me estás tratando. —Me dirigí a James.

»Me culpas de algo de lo que soy víctima, aunque me joda decirlo. Y mira, la vida sigue: si tengo hambre, voy a comer, y si tengo que salir, también lo voy a hacer. Que estés con ella —porque lo estás— no te da derecho a tratarme así.

—Bueno, dejadlo ya los dos —dijo Evelyn—. Vamos a pedir algo de cenar.

—Se me han quitado las ganas. Y no quiero molestar, ni quiero que pelees con tu hermano por mi culpa.

—Charlotte, lo siento. Son los nervios.

—No seas mentiroso. No lo sientes. Lo estás diciendo para no disgustar a tu hermana.

James me miraba como si yo fuera el problema de su vida, y eso me quemaba por dentro. Podía aguantar muchas cosas, pero no que me cargaran culpas que no eran mías. Bastante tenía ya para aguantar encima su mal humor.

Me fui directa a mi dormitorio. Tenía que salir, que me diera el aire. Sentía el pecho tan apretado que necesitaba poner distancia o acabaría explotando. Cuando me siento acorralada, me pasa eso, necesito moverme, respirar, salir aunque sea dos minutos para no mandar a todos a tomar por culo.

Además, no iba a tolerar ni un desprecio más por su parte, por lo que cogí el teléfono y llamé a José. Era el único que podía sacarme de esa casa. Él era mi vía de escape desde hacía años. Nos insultábamos, discutíamos por chorradas, pero cuando venían los marrones de verdad, era el único que aparecía sin preguntar demasiado. Y hoy no podía necesitarlo más.

—¿José Urriaga López? —pregunté con voz de pito.

—Sí, soy yo. Qué manía de llamar con número oculto… —dijo por lo bajini.

—Me gustaría que me dieras una cita. Llevo días viéndote y me gustas.

—¿Pero quién eres? ¿Cómo sabes mi número?

Ya no pude más y me eché a reír.

—Soy yo, necesito que vengas a recogerme. No quiero estar aquí más tiempo.

—Perra, más que perra… Qué susto me has dado. Ya pensaba que era un loco. No puedes salir de la casa.

—Déjate de tonterías. Ven por mí. Me quedo contigo en tu casa y, si no, me voy a un hotel.

—No sé si debería… Mira que el agente ese me puede meter preso.

—Si vienes te cuento un chisme de los tuyos. Y encima te favorece.

—Eres una víbora. Sabes cómo convencerme. Dame media hora. —Me eché a reír.

Era increíble cómo podía sacarme una carcajada incluso estando hecha un desastre por dentro. José tenía ese humor retorcido que te alivia aunque el mundo se esté cayendo encima.

—De acuerdo, voy preparando la bolsa.

No necesitaba la maleta, porque únicamente iba a coger cuatro cosas y mi neceser. Sabía que a Evelyn no le gustaría nada, pero no iba a aguantar más al mequetrefe de su hermano.

Mientras preparaba la bolsa, me entró ese nudo raro entre miedo y alivio. Miedo por lo que estaba haciendo, alivio porque al menos estaba tomando una decisión por mí misma.

Dejé la bolsa al lado del mueble de la entrada y fui a buscar a mi amiga.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó James.

—A donde no tengas que verme.

—¿Otra vez estáis liados? Vais a acabar conmigo.

—No te preocupes, que yo ya me voy. Lo siento, amiga, pero no soporto más la actitud de tu hermano.

—Pero Liam te ha dicho…

—Liam no es nada mío. —No la dejé terminar—. Y tranquila, que estaré bien.

—Promételo. Si te cansas de hacerte la fuerte, te vienes.

—Vale, lo haré. Me voy con José. Estate tranquila.

A James ni lo miré. Yo no sé qué le vio Ava para estar con él… Aunque vaya tontería, claro que lo sé: está bueno el condenado.

Cuando abrí la puerta, José ya estaba apoyado en el coche. Me acerqué y me recibió con los brazos abiertos.

Verlo ahí, tan tranquilo, me bajó un poco la ansiedad. Tenía ese aire de «todo va a salir como salga, pero saldrá», que a veces me daba la vida más que cualquier abrazo.

—¿Estás segura, niña?

—Tan segura como que voy a encontrar a Ava.

—¿Qué quieres decir? No hagas que me arrepienta de haberte sacado de la casa.

—De eso estoy menos segura, pero tranquilo, que lo tengo todo planeado.

—Charlotte… ¿en qué lío nos vamos a meter ahora?

—En ninguno. Venga, móntate en el coche y vámonos ya.

—Te esperas, que soy muy educado y voy a saludar.

Me dejó en el coche y fue hacia Evelyn y el idiota de su hermano. Lo vi abrazarla, pero no alcancé a escuchar lo que decía.

—Pasa primero por mi casa. Tengo que recoger unas cosas.

—De eso nada. A tu casa, ni de coña. Aparte de que es peligroso, está vigilada.

—Tengo que ir a mi casa, José —le dije gritando.

—Me da igual que me grites. ¿Sabes lo que me ha dicho Evelyn? Y veo que no se ha equivocado.

—Sorpréndeme. Pero mientras, da la vuelta y ve para mi casa.

—Pues me ha dicho exactamente lo que estás haciendo: mandarme que te lleve a tu casa. Y que, si eso pasaba, llamara a Liam.

—Ni que fuera mi padre. Te prometo que son diez minutos, pero es importante.

—¿Por qué coño te hago caso? Eres una mimada caprichosa.

—Porque me adoras. Y yo a ti. Formamos un buen equipo.

Resopló todo lo que quiso, pero al final me llevaría. Lo conocía demasiado.

Le dije que hiciera primero una pasada «como el que no quiere la cosa». Quería averiguar si era cierto que mi casa estaba vigilada. Y sí, allí había un coche que no era de mi calle, justo al lado de mi puerta.

Se me heló el cuerpo entero. Una cosa era sospecharlo y otra verlo así, tan claro. Esa calle la conocía al dedillo; cualquier coche raro saltaba a la vista. Ahí entendí que esto ya no era un susto: era algo gordo.

—Serán tontos… Esta gente no sabe que aquí nunca hay coches que no sean vecinos.

—Puede haber invitados. Venga, vamos a mi casa.

—No. Ve por detrás —casi le supliqué—. Y para el coche delante de la puerta de mi vecina antes de que nos coja la noche.

—Me vas a meter en un lío… Y yo, idiota de mí, dejándome.

José se quejaba mucho, pero siempre terminaba haciéndome el favor.

Aparcó donde le dije. Fui a gatas hasta la parte trasera de mi casa. No fue fácil, y encima vimos un coche dando vueltas a la manzana.

Todo seguía tirado. Eso no era una casa, era un estercolero. Me entraron ganas de llorar. Ver mi casa así, como si no valiera nada, me dolió más de lo que esperaba. Pero me tragué las lágrimas. No tenía tiempo para dramas y, además, no iba a darle a nadie ese gusto. Subí a mi cuarto. Por suerte, aún no habían encontrado la habitación escondida.

Mi dormitorio era más grande de lo que parecía. Detrás del espejo de cuerpo entero había una puerta secreta. Dentro, una habitación pequeña donde guardaba todo el material de fotografía y revelaba las fotos. Nadie sabía que existía. Al menos, de momento.

Cogí lo que necesitaba y salí dejando todo como estaba.

Metí algo de ropa y el poco dinero que tenía en efectivo dentro de una bolsa de deporte. Eché un vistazo alrededor. Me dolió ver mi casa así, pero estaba segura de que volvería a la normalidad.

Estaba a punto de salir cuando escuché voces. Me agaché detrás de la isla.

—Date prisa. No conviene que nos pillen, y menos a mí. Me estoy jugando mi puesto de trabajo por tu jefe.

Tuve que taparme la boca para no gritar.

—No seas cabrón. Bien que te estás beneficiando. Tú vigila que no venga tu compañero.

Estaban en el salón. Oí cómo tiraban cosas al suelo, abrían cajones, cerraban puertas de golpe.

—Joder, aquí no hay nada. Maldita puta, ¿dónde lo habrá escondido?

—Te dije que aquí no habían encontrado nada.

Escuché pasos acercándose a la cocina. Contuve la respiración. Los sentí justo al otro lado de la isla.

Me temblaba hasta el alma. No sabía si moverme o quedarme rígida, si respirar o aguantar el aire. Era un miedo tan frío e inmediato que sabía que no se me iba a olvidar en la vida.

—Vámonos, mi compañero ya está ahí.

Cuando escuché que se alejaban, respiré hondo. Había estado demasiado cerca.

Salí lo más deprisa que pude.

—Anda, que has tardado, niña. —José estaba nervioso perdido—. Me estaba quedando sin uñas. ¡Mira, mira cómo las tengo!

—No me hagas reír, que no está la situación para eso. Arranca y vámonos de aquí antes de que nos vean.

—Claro, ahora sí hay prisa. Pero mientras estabas ahí dentro, eso no te preocupaba.

—Calla, luego te cuento. He tenido que esconderme para que no me vieran. José… esto es más serio de lo que yo creía.

—Anda, vamos a mi casa y me cuentas.

—A tu casa no. Vamos a un hotel. No quiero implicarte más. Y no sé si alguien me sigue.

—Charlotte, te estás montando una película de terror.

—Ojalá fuera eso. Solo te digo una cosa: hay gente del FBI implicada en esto.

—¿Qué dices, loca? No me acojones. Te abro la puerta del coche y te tiro en marcha.

—Ja, ja, ja. José, eso es lo último que harías. Me quieres demasiado.

—De eso te vales, perra. De lo que te quiero. Sabes que no te lo haría… Pero esto me acojona.

—Tengo que pedirte un favor. —Lo miré; puso cara de terror—. No me mires así. Necesito que tú te registres en el hotel. No puedo usar mis tarjetas. Seguro que Liam me tiene vigilada por todos lados. Y cuando se entere de que me he ido de casa de Evelyn, va a poner el grito en el cielo.

Capítulo 7



Charlotte

—Cuando se entere y te encuentre, te va a cantar las cuarenta. Y tú ahí, con cara de «haz lo que quieras». Mmm… qué morbo me da pensarlo.

—Déjate de tonterías, porque sabes que entre él y yo no puede haber nada.

Llevaba el estómago encogido desde que salimos de casa de Evelyn, como si en cualquier momento fueran a aparecer detrás de nosotros. Y José, con sus tonterías, me relajaba y me ponía más nerviosa a la vez.

—¿Tonterías? Tontería ninguna. Tonta tú, porque sí puede haber algo. Aparte, que yo me dejaba que me diera todos los azotes que quisiera —soltó una carcajada.

José me llevó a un hotel en el centro de la ciudad. Se bajó del coche y me pidió que me quedara dentro. Hizo una llamada; no podía escuchar con quién hablaba, pero de vez en cuando asentía con la cabeza.

—Listo, ya está todo arreglado —me dijo mientras metía el coche en el parquin del hotel—. Es de un amigo mío, no tienes ni que registrarte.

Ese hotel parecía otro mundo comparado con el caos en el que yo venía metida. Todo limpio, silencioso… hasta olía a caro.

—No le habrás dicho que… No lo puede saber nadie.

—Déjame terminar. No he hablado nada con él, solo que necesitas unos días de desconexión. Ya tú le cuentas lo que quieras.

—No sé cómo te voy a agradecer todo lo que estás haciendo por mí.

—¿Haciendo? Si me estás obligando. —Reímos mientras salíamos del coche.

Subimos en el ascensor directamente a la planta. Bueno, era la única a la que subía. Agradecí ese detalle; así nadie me vería entrar.

El amigo nos esperaba con la puerta abierta y una sonrisa de anuncio.

—Buenas noches, guapa. Soy Rubén. —Le fui a dar la mano, pero me agarró de los brazos y me plantó dos besos—. Mejor así, nada de formalismos. Pero pasad dentro.

—Gracias por lo de guapa, pero sobre todo por esto que estás haciendo… ¡Madre mía, pedazo de sitio! —dije mirando alrededor—. Y gracias por abrirme las puertas, de verdad. No sé cómo voy a devolvértelo.

—Niña, qué tontería dices. Eres mi invitada, aquí no pagas nada. Yo vivo aquí. —Cuando dijo eso, me quedé parada.

—Entonces me quedaré en una habitación. No quiero molestar.

—Aquí nadie molesta. Tengo cuatro habitaciones con sus cuartos de baño y su vestidor. Eres mi invitada. Y tú —miró a José—, ¿te quedas a dormir?

Cuando entré en la planta donde vivía Rubén, me dio esa mezcla rara entre alivio y culpa. Alivio por estar en un sitio seguro; culpa porque Ava podía estar pasándolo fatal mientras yo iba a dormir en una habitación que parecía de revista.

—Ya estabas tardando en pedirlo, mi amor.

—Un momento, ¿estáis juntos? —pregunté.

Negaron con la cabeza.

—No, pero cuando nos vemos y no tenemos pareja, nos damos mimos el uno al otro.

—Ah, entiendo. Voy a tener que buscarme un amigo así.

—Llama a Liam.

—Ni me lo nombres. Rubén, ¿me enseñas mi cuarto? Estoy deseando darme una ducha.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, me quedé con la boca abierta. Era una de las habitaciones de invitados, y aun así tenía un tamaño más que decente. No era más grande que la de mi casa, pero el vestidor y el baño propio hacían que pareciera otra cosa.

El cuarto de baño me enamoró. No sabía qué me gustaba más, si la ducha o esa bañera que parecía hecha para mí. No lo pensé dos veces y me puse a llenarla. El cansancio lo tenía metido hasta en los huesos. Me notaba pesada, saturada, como si llevara días sin parar ni un segundo. Era un buen lugar para pensar en lo que iba a hacer.

Nadie tenía idea de lo que me rondaba la cabeza. Lo haría por la tarde, al atardecer. Antes tenía que conseguir algunas cosas, y para eso necesitaba a José. Cuando me metí en el agua, se me escapó un gemido. Por un momento, el agua me apagó todo lo que llevaba dentro. Solo quería quedarme ahí, sin pensar en nada ni en nadie. Mi cuerpo necesitaba quitarse la tensión de encima, pero ¿cómo hacerlo después de todo lo que había escuchado?

¿Sabría Liam lo que estaba pasando? No sé si debería llamarlo. De momento no. Me llevaría otra vez a casa de Evelyn.

—Niña, ¿puedo pasar? —Escuché a José. Traía dos copas y una botella de vino.

—¿Ya no te dan mimitos?

—Después. Ahora tiene cosas que hacer. Déjame sitio.

Me quedé con la boca abierta cuando lo vi quitándose la ropa.

—¿Qué haces, loco? Ni se te ocurra quitarte más ropa.

—Qué tonta eres. Si sabes que yo no miro a las mujeres con ojos de deseo.

—Eso lo dices para que te deje. ¿Cuántos hay que dicen ser gais para hartarse de magrear a una mujer?

—Eso ni son hombres ni son gais. Venga, me dejo el bóxer. Que me tienes que contar qué ha pasado en tu casa.

No se lo pensó dos veces: se metió en la bañera conmigo, con una copa de vino para cada uno. A pesar del chiste, José tenía esa cara suya de «no estás bien». Él siempre se daba cuenta antes que yo.

—Alguien del FBI sabe lo que está pasando. Y estoy segura de que sabe dónde está Ava.

—¿Qué me dices? —Se llevó una mano a la cabeza.

—Que uno de los que vigilaba mi casa está implicado. Lo vi hablando con otro que no era poli.

—Eso que estás diciendo es muy serio. Tienes que contárselo a Liam.

—Que te calles y me dejes hablar. Necesito que mañana temprano compres un teléfono prepago, una peluca del color que quieras y unas lentillas marrones.

—¿Para qué quieres todo eso? ¿No irás a meterte en la boca del lobo?

—Escúchame, José. Cuanto menos sepas, mejor. Así, si te preguntan, no sabrás nada. Necesito hacer esto sola.

—No sabes lo que estás diciendo. Estás loca. Pero dime otra cosa. —Me miró, esperando—. ¿Qué quieren de ti?

—Todo lo que vi. Lo que no saben es que el FBI ya tiene lo que ellos buscan. Yo tengo otra copia. Ya sabes que siempre hago varias copias de todo —y menos mal—. Y de esas copias me voy a servir.

—Yo voy donde tú vayas —me dijo aguantando las lágrimas—. No pienso dejarte sola.

—José, te necesito fuera. Si todo sale como quiero, tienes que estar ahí para recibirnos a las dos. Por eso has de quedarte fuera.

No podía decirle que seguramente yo no volvería. Iba dispuesta a todo con tal de que ella fuera libre. No quería ni imaginar lo que le podía haber pasado. Desde que Liam me contó lo de esa gente, me puse en lo peor. Cuanto más pensaba en ese cabrón del Colombiano, más claro tenía que no me iba a quedar de brazos cruzados. No sería yo.

José me dejó sola en la bañera. No dejaba de darle vueltas a cómo hacerlo. Esconderme en el barco… o dejarme ver para que me llevaran con el Colombiano. También pensé en decir quién era en realidad. Joder, así me llevaban de los pelos. Madre mía, si esto se lo estuviera contando a Evelyn, me diría que veo muchas películas. Yo sola me eché a reír.

Hacía mucho que no disfrutaba un baño así, y eso que la cabeza me iba a mil buscando una forma de llegar a Ava. Nada era fácil, pero lo iba a llevar a cabo.

Después de darle vueltas al plan, salí de la bañera. Me quedé superrelajada, aunque sin nada claro. Salí al salón y me encontré a Rubén y José sentados en la mesa.

—Vamos, niña, ya pensaba que te habías ahogado —dijo Rubén, apartando la silla.

—Como que no se lavaba la guarrilla desde hace tres días. —Rio José.

—Muy mal encaminado no vas. —Le solté una colleja—. La culpa es de esa bañera. Te metes y te atrapa.

—Charlotte, ¿necesitas algo? Puedo ayudarte en lo que sea.

—Gracias, pero me estás ayudando más de lo que imaginas.

Cenamos en silencio. No era incómodo; era necesario, y lo agradecí. Ese silencio me vino mejor que cualquier charla. Creo que los tres sabíamos que una palabra de más podía descolocarnos.

Rubén rompió el silencio hablando del hotel y de su amistad. Por cómo hablaba de José, supe que estaba enamorado. Rubén lo miraba con un brillo en los ojos que no se ve todos los días. Y José, aunque lo negara, tenía la misma mirada tonta a ratos.

Después de cenar, salimos a la terraza a tomar una copa. Ahí mi lengua ya no pudo más.

—Os voy a decir una cosa, y espero que lo penséis bien: se os ve bien como pareja. ¿No os lo habéis planteado?

—¿Se puede saber qué leches le has puesto a esta bebida? —preguntó José.

—Yo te voy a responder —dijo Rubén—. Sí me veo como pareja, pero el problema es que él no quiere nada serio.

—Ya hemos hablado de ese tema —respondió José—. Está todo aclarado entre nosotros.

Iba a decir algo más cuando sonó el móvil de Rubén. Se apartó para hablar. Cuando volvió, pidió disculpas y salió a resolver un problema.

—Eres una capulla —me dijo José dándome en el brazo—. ¿No podías mantener tu boquita callada?

—Pues no entiendo por qué. Los dos estáis enamorados. No hay que ver mucho para notarlo. Y no me digas que no.

—Qué sabrás tú… Sabes que las relaciones y yo no somos compatibles.

—Ja, ja, ja. No me hagas reír con lo romántico que tú eres. A ti lo que te pasa es que te da miedo.

—Charlotte, dejemos mi tema para otro momento. ¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

—Ya te lo he dicho. Iré sola, y voy a ir de frente.

—¿Qué dices, loca? ¿No me habías dicho que te tenía que conseguir no sé qué?

—He cambiado de opinión. Me voy a dormir. Mañana hablamos.

—Descansa, guapa. Y piensa bien lo que vas a hacer.

Me fui a la habitación con la cabeza hecha un lío, pero con una decisión agarrada al pecho. A veces una no sabe si es valor o estupidez… pero ya no podía echarme atrás.

Capítulo 8



Charlotte

No podía quedarme dormida sabiendo que, cuando José viniera a buscarme, yo no estaría. Sentía el pecho apretado, como si algo me arrastrara hacia abajo. Era la primera vez en mi vida que hacía algo así a escondidas de él, y eso decía mucho de lo desesperada que estaba. Sabía que se iba a cabrear, igual que sabía que se preocuparía cuando viera que no había hecho nada de lo que me pidió.

Me levanté despacio. Me puse un vaquero, una camiseta y la cazadora. Cogí un folio, un bolígrafo y escribí una nota. Aunque fuera una mierda marcharme así, no podía permitir que pensara que esto tenía algo que ver con él.

Mientras doblaba la nota, me temblaron los dedos. No era miedo; era ese nudo de cuando sabes que haces algo doloroso… pero inevitable. No podía echarme atrás. No después de todo lo que había visto. No después de lo que le habían hecho a Ava.

Me quedé unos segundos de pie en mitad de la habitación, abrazándome los brazos sin darme cuenta. Había algo en esa quietud que me dio un escalofrío, como si el aire mismo supiera que estaba cruzando una línea de la que ya no podría volver igual. Me repetí que tenía que ser fuerte, que nadie iba a venir a salvar a Ava si yo no lo intentaba primero. Era una mentira piadosa, pero me ayudó a dar el siguiente paso.

Abrí la puerta del dormitorio y miré por si seguían despiertos. Salí en silencio. Levantados no estaban… despiertos, sí. Y en pleno apogeo. Joder con José.

A pesar de todo el caos que llevaba dentro, esa risa inesperada me aflojó un poco los nervios. Me recordó que la vida seguía ahí afuera, incluso cuando dentro de mí pareciera haberse detenido. Esa normalidad ajena, ese simple ruido de dos personas disfrutando sin miedo, me dio fuerzas de una forma rara, casi dolorosa.

Cerré la *suite* despacio. Caminé de puntillas, con el corazón en la garganta. Parecía que estaba robando. Cogí el ascensor y bajé al parquin. No quería que nadie me viera.

Fuera del hotel paré un taxi y le di la dirección. No sabía si el plan que tenía iba a salir bien. Estaba aterrada, pero Ava estaba ahí por mi culpa. Y yo no iba a dejarla sola. Le pagué al taxista y me bajé.

Le había dado la dirección de dos casas antes de la mía. Si Liam se ponía a buscarme, perdería tiempo, y yo lo necesitaba. Observé la calle. Otro coche desconocido. Diferente al de la mañana, pero con el mismo propósito: vigilar.

Ya no era una advertencia. Era vigilancia real. Y aun así seguí caminando hacia el puerto.

Cuando llegué, el barco seguía donde lo habían visto llevarse a Ava. El corazón me latía en las sienes. Me temblaban las manos, pero seguí. Saqué la cámara y empecé a hacer fotos. Cada clic era una bofetada de miedo y rabia.

Me acerqué más. Demasiado más. Todo mi cuerpo me gritaba que me fuera. Pero si daba un paso atrás, no podría mirarme al espejo nunca más. Salté dentro del barco y, al caer, me torcí el pie.

Me escondí dentro de un bote salvavidas al oír voces. El bote era pequeño, incómodo y olía a humedad estancada. Me encogí todo lo que pude, sintiendo cómo el latido en mis sienes me sacudía el cráneo. El silencio dentro de ese espacio era tan denso que podía oír mi propia respiración rebotando en las paredes. Me repetí que tenía que aguantar, que no podía perder los nervios ahora.

—Te digo que era ella. Tenías que haber parado el coche.

—¿Tú eres tonto? ¿Tú entiendes que no se va a dejar ver?

—Yo qué sé… igual se cree que la amiga está aquí.

—Si supiera lo que está pasando dentro…

Mi piel se erizó. No quise ni imaginar qué significaba «lo que está pasando». No podía.

—Tuerto, prepárate que viene la merca. En quince minutos nos vamos.

Ese nombre me heló.

—El día que se entere el Colombiano…

Cuando escuché ese nombre, solté un leve grito sin querer.

—¿Has escuchado eso?

—No he oído nada —dijo uno acercándose donde yo estaba—. Lo habrás imaginado, pero voy a mirar por aquí por si acaso.

Me quedé inmóvil, apretando el aire en los pulmones.

—Dejaos de charla. Venga, id metiendo las alfombras dentro.

No me di cuenta de que estaba aguantando el aire hasta que me faltó. Me había librado de una buena.

No sabía cuánto tiempo llevaba dentro del bote, pero mis piernas estaban entumecidas. El estómago me rugía. Me atreví a salir cuando noté que el barco estaba en marcha.

Me arrastré despacio. Entonces los escuché. Gritos. Llanto. Voces de hombres dando órdenes. Voces de mujeres suplicando.

Me faltó el aire.

Sabía que lo que iba a encontrar no sería bueno, pero no estaba preparada para la brutalidad de aquello. Para el tono con el que hablaban. Para las risas. Para el poder que creían tener sobre esas chicas.

Bajé unos escalones. Solo un vistazo. Solo un segundo. Y ese segundo se me clavó como un hierro candente.

Mujeres arrodilladas, atadas, con la mirada vacía, rodeadas por hombres que las trataban como mercancía. Las insultaban, las humillaban, se burlaban del miedo que llevaban en la cara. Lo que fuera que estuvieran obligándolas a hacer, no necesitaba descripción: se veía en sus ojos, en cómo se encogían cuando uno las agarraba del brazo, en cómo intentaban cubrirse aunque no pudieran.

Escuchar el tono de esos hombres, esa manera de hablar de ellas fue suficiente para romperme algo por dentro. No hacía falta ver detalles. El horror se entendía solo con oírlos.

Una de las chicas lloró y uno le gritó que callara o «el jefe» la haría callar él mismo. Otra intentó pedir ayuda y le respondieron con un empujón que la tiró contra la pared. Era demasiada humillación para soportarla sin romperme yo también.

No pude seguir mirando. Volví al bote, temblando.

«Ava, por favor… ojalá no estés aquí. Ojalá no estés viviendo esto».

Me recé eso mil veces.

Me abracé las rodillas con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Me costaba incluso respirar. Todo lo que había oído y visto se quedaba enganchado a la piel, como si no pudiera desprenderme de ello ni queriendo. Me sentía impotente, pequeña, inútil… pero también más decidida que nunca.

El barco siguió avanzando. Aquella parte del viaje se me hizo eterna. Cada cambio en el ruido del motor me hacía pensar que iban a abrir la lona y a encontrarme ahí encogida como una idiota. Conté mis respiraciones una y

otra vez, intentando no perder la cabeza. Me prometí que, si salía de esa, nunca volvería a dudar de mi capacidad para soportar lo que fuera.

Cuando noté que íbamos a llegar a puerto, levanté un poco la lona. San Diego. Conocía ese sitio. Me sudaban las manos.

Tenía que intentar escapar. O seguirlos. O algo. Pero nada de lo que pensara me parecía suficiente.

Escuché pasos. Alguien subió para revisar la «mercancía». Su tono me dio tanto asco como el de los demás. No necesitaba escuchar palabras explícitas para saber qué clase de hombre era.

Cuando bajaron las mujeres, las metieron en una furgoneta. Yo intenté moverme hacia la parte trasera para colarme sin que me vieran. Pero choqué con algo.

O con alguien.

—¿Pero qué tenemos aquí? —dijo uno, agarrándome del brazo.

Sentí cómo una punzada de adrenalina me subía por la espalda. No había más escondites, ni más oportunidades, ni más tiempo. Ese segundo en el que sus ojos me reconocieron fue el mismo en el que entendí que todo lo que venía después iba a doler, física o emocionalmente. Pero ya no había marcha atrás.

Me levantó como si pesara nada.

—¿De dónde ha salido esta? —gritó otro.

—La traías en el barco, acaba de bajarse.

—Suéltame. Si en diez minutos no hago una llamada, vendrán a buscarme —solté.

El hombre se rio en mi cara.

—Tuerto —dijo uno, acercándose—, creo que esta es la fotógrafa.

Todo se aceleró. No pude reaccionar. Me atraparon entre varios, sin posibilidad de correr. Noté el tirón brusco cuando me agarraron del pelo, y un miedo helado me subió por la espalda.

—El jefe nos va a adorar.

—La fiesta os la voy a montar yo cuando os vea entre rejas —dije.

—Eso dijo la amiga —soltó Tuerto—. Y mírate ahora.

No vi venir el golpe. Solo sentí un fogonazo en el pómulo y, después, nada.

Cuando desperté, me dolía todo. La luz era tenue. Estaba sobre una cama vieja, en un cuarto estrecho con paredes manchadas.

Me incorporé como pude y golpeé la puerta.

—¡Hay alguien ahí! —grité—. ¡Abrid la maldita puerta!

Mi voz rebotó en la habitación. Nadie contestó.

Y por primera vez desde que empezó todo, sentí un miedo que me heló hasta la médula.

Capítulo 9



Liam

Cuando me levanté esa mañana, no pensé que mi día iba a ser un día de mierda, ni que la responsable de ello fuera Charlotte.

No eran ni las once de la mañana cuando recibí una llamada de James para decirme que Charlotte había desaparecido. Me pasé la mano por la cara, intentando no mandar todo a la mierda de un manotazo. Charlotte era como una bomba: aparecía, explotaba, y los que estábamos alrededor recogíamos los pedazos. Y aun así… joder, me preocupaba más de lo que quería admitir.

A veces pensaba que, si no fuera porque me tenía más descolocado que cualquier caso que hubiera llevado en mi vida, quizá me caería hasta bien. Pero Charlotte tenía esa facilidad de meterse bajo la piel sin pedir permiso. Era irritante, era impulsiva… y aun así, cada vez que desaparecía, se me helaba el cuerpo igual que si perdiéramos a un agente en misión. No quería admitirlo, ni siquiera ante mí mismo, pero su ausencia pesaba más de la cuenta.

Levi vino conmigo a casa de Evelyn, decía que en mi estado no debería conducir. Al llegar, vi que allí estaba el fotógrafo amigo de Charlotte y otro hombre que no conocía.

—Buenos días, por decir algo. ¿Alguien me puede explicar qué es lo que ha pasado?

—Buenos días, Liam, mi nombre es José. No sé si te acordarás de mí.

—Sí, te recuerdo. ¿Me puedes explicar qué es lo que ha pasado?

—Que está loca, esa mujer está tan loca que habría que encerrarla.

—José, tranquilízate y cuéntale a Liam todo lo que ha pasado desde ayer.

Se sentó frotándose las manos, lo veía muy nervioso. Evelyn trataba de calmarlo; en ese estado no llegaríamos a ningún sitio.

—¿Se sabe algo de Ava? —me preguntó James.

—No, aún no tenemos nada, estamos atando cabos.

—Seguro que pronto sabremos de ella, bueno, de ellas —dijo José.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Evelyn.

—Que la loca de Charlotte se ha ido a meter en la boca del lobo. Estaba cansada de los reclamos de James; cada vez se sentía más culpable.

—Espera un momento, ¿estás diciendo que por culpa de mi hermano se ha ido a buscar a ese tío? —le preguntó Evelyn, y José asintió.

—Te lo dije, James, te dije que haría una locura. Tú para ella eres como ese hermano mayor que nunca tuvo y te has cebado con ella.

—Yo… —Iba a hablar James, pero no le dejé.

—Vamos a tranquilizarnos, por favor. José, cuéntamelo todo desde el principio.

Tragó saliva, apoyó los codos en las rodillas y respiró hondo como si necesitara valor. No era un hombre frágil, pero en ese momento parecía a punto de romperse.

Empezó a relatarnos todo lo que pasó desde que Charlotte dejó la casa de Evelyn y lo había llamado para que se encontraran, lo que habían hablado, lo

que encontraron en su casa.

Lo escuché con el estómago encogido, sintiendo que cada detalle que salía de su boca solo confirmaba que Charlotte no había tenido un segundo de paz desde la noche anterior. Era como ir encajando piezas de un puzle que ninguno habíamos querido enfrentar.

—Espera, ¿me estás diciendo que alguien de mi equipo está implicado?

—No sé si es de tu equipo. Solamente me dijo que había dos tipos dentro de la casa y uno era del FBI, y Charlotte será lo que sea, pero mentirosa no es.

Miré a Levi, su cara era de sorpresa, al igual que la mía. Si eso era cierto, teníamos un problema, y de los gordos.

Jamás pensé que tendría que dudar de alguien que trabajara a mi lado. En este oficio uno se acostumbra a ver traiciones, pero siempre desde fuera. Desde dentro… eso era diferente. Era una puñalada limpia y directa. Y lo peor es que, si había un topo entre nosotros, entonces Charlotte estaba mucho más sola de lo que imaginábamos.

—¿Te dijo cómo lo iba a hacer?

—Me dijo un montón de cosas y al final no ha hecho ninguna. Está como una chota; te juro que no ha cumplido ni una sola de las que me soltó.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer: no quiero que se separen ninguno de los teléfonos. José, si recuerdas algo más no dudes en llamarme, a la hora que sea.

—James —lo llamó José—, me dijo llorando que, aunque fuera lo último que hiciese, te iba a traer a Ava porque, aunque no lo dijeras, ella sabía que estabais juntos, y tú para ella eres su hermano.

Evelyn soltó un suspiro. James la abrazó pidiéndole perdón.

—No es a mí a quien has de pedir perdón. Reza para que vuelva y se lo puedas pedir.

—Bueno, nosotros nos vamos. José, gracias por contarnos todo lo que sabes. Si se pone en contacto con alguno, decídmelo.

Salí de la casa cabreado. ¿Se había vuelto loca? ¿Cómo se le ha ocurrido meterse ella sola en problemas? Esa mujer iba a acabar con mi paciencia.

—¿Por qué crees que lo ha hecho? —me preguntó Levi.

—Porque está loca, por eso lo ha hecho, y me va a volver loco a mí. —Vi cómo se le escapaba una sonrisa—. ¿Se puede saber por qué sonríes?

—¿Yo? Por nada, está la cosa como para sonreír.

Nos montamos en el coche. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, pero había algo de lo que me contó José que seguía repitiéndose una y otra vez en mi mente.

—Levi, aparte de Mason y Emma, ¿quiénes son los que están vigilando la casa de Charlotte?

—Creo que Jackson y Owen.

—Si tuvieras que desconfiar de uno de los dos, ¿de quién lo harías?

—¿A qué viene esa pregunta, Liam?

—Por lo que nos contó José. No creo que Charlotte se inventara algo así.

—Pues no sé… A Owen lo conozco desde hace muchos años, pero no puedo poner la mano en el fuego por él. Solo sé que cuando estábamos en la academia era un tío cojonudo.

—¿Y de Jackson?

—La verdad, no me gusta la mirada que tiene; es fría. En este trabajo es normal, sí, pero con él hay algo distinto. Está casado, tiene dos hijos, y aun así hay algo que no me termina de cuadrar.

—Tenemos que averiguar quién es el que está pasando información a esa gentuza, pero sin levantar sospechas.

Tenía que pensar de qué manera hacer que él solo se descubriera. Me jodía pensar que dentro de mi equipo hubiera alguien que se hubiera vendido por un puñado de dólares.

El trayecto hasta la oficina se me hizo eterno. Había conducido cientos de veces bajo presión, pero aquel silencio tenso dentro del coche me rallaba los dientes. Solo podía pensar en Charlotte, en su cabezonería, en la forma en la que se había metido sola en un infierno del que ni siquiera nosotros sabíamos cómo sacarla.

Llegamos a las oficinas; tenía que ver de qué manera podía averiguar dónde estaba Charlotte. No quería aún decírselo a mi equipo, eso la pondría en peligro si aún no había sido descubierta.

Me senté, cogí el móvil, me fui a la galería y empecé a ver fotos, fotos de hace bastantes años. En ellas se veía a una Charlotte sonriendo con la hermana de mi amigo y Ava. Siempre había destacado, pero no por el hecho de llamar la atención, sino por cómo era ella, una loquita, siempre riendo y haciendo reír a los demás.

Recuerdo el día que la conocí; ella tenía quince años y yo ya tenía veintiséis. Era el cumpleaños del padre de James, estábamos comiéndonos la tarta y se acercó a mí. Aún recuerdo la conversación que mantuvimos como si fuera ayer.

Nunca imaginé que aquella cría que me ofreció ser su novio con la boca llena de tarta me traería a este punto. A veces pienso que si hubiera dicho que sí solo por seguirle el juego, quizá hoy todo sería distinto.

—¿Tienes novia, Liam?

—No, no tengo novia. ¿Y tú? ¿Tienes novio, Charlotte?

—Tampoco, pero sí estoy enamorada.

—Vaya, y seguro que él no lo sabe.

—No lo sabrá. Yo solo soy una niña malcriada y con algunos granos en la cara para él.

—Seguro que es ciego.

—¿Tú eres ciego?

—No, no soy ciego, y ahora mismo veo a una adolescente bien guapa.

—Pues si quieres, podemos ser novios.

Me reí, pero no de ella como llegó a pensar, sino de lo que me dijo. Salió corriendo sin darme tiempo a aclararle que no me reía de ella.

Se llevó un año sin hablarme. Volvimos a hacerlo en el mismo sitio, pero esta vez no le di pie a nada más que a un saludo, y ahí me di cuenta de que Charlotte había dejado de ser esa niña malcriada y con algunos granos en la cara, para ser una joven bien guapa y con un cuerpo de escándalo.

Cuando ella y Ava tenían los dieciocho años recién cumplidos, Evelyn nos pidió a James y a mí que las lleváramos a una discoteca. Desde ese día Charlotte se fue metiendo en mi cabeza, cada vez estaba más guapa. Recuerdo que cuando nuestras miradas se cruzaban, se le subían los colores; eso me hacía sonreír.

Desde ese día la evitaba todo lo que podía. Si coincidíamos con ellas, las saludaba y me iba por otro lado dejándolas con James. Pero últimamente, cuando nos encontrábamos, la tensión que había entre nosotros era palpable.

No sé cuándo pasó, pero un día dejó de ser «la amiga pequeña de Evelyn» para convertirse en un puñetero terremoto que me descolocaba con una sola mirada. Y ahora estaba desaparecida. Por mi culpa o por la de James, a estas alturas daba igual: la habíamos dejado sola.

Dos golpes en la puerta hicieron que dejara el móvil en la mesa.

—¿Puedo pasar, Miller? —me preguntó Logan, mi superior.

—Claro. ¿Pasa algo?

—Eso quería saber yo, si se sabe algo del caso de la señorita Jones —dijo sentándose tras cerrar la puerta.

—Esto se está complicando. Charlotte, la amiga, ha desaparecido esta madrugada, pero lo ha hecho ella sola. Creemos que ha ido a buscar a la amiga.

—¿Cómo que creéis? Liam, ¿me estás diciendo que también ha caído en manos de ese desalmado?

—Estoy seguro de ello, pero tenemos otro problema —le dije cogiéndome con dos dedos el puente de la nariz—: hay alguien de dentro pasando información.

—¿Cómo? Eso no puede ser.

—La misma Charlotte lo descubrió cuando fue ayer a su casa y escuchó cómo hablaba con uno de los hombres del Colombiano.

—¡Quiero un nombre! —me dijo pegando una voz levantándose de la silla.

Su voz retumbó en mi cabeza como un disparo. Logan nunca levantaba el tono sin razón: para él pedir un nombre era lo más cercano a dictar sentencia.

—No, hasta que no lo tenga claro.

—Miller, quiero a ese tipo en mi despacho en cuanto sepas quién es. Y ahora recoge tus cosas y márchate a casa.

No iba a irme a casa, no hasta que no tuviera algo sobre la mesa. Tenía que tirar de algo, más bien de alguien. Marqué un número de teléfono: primer tono, segundo tono y descolgó.

—Si estás llamando a este número es porque la cosa no pinta bien —me contestó así, sin anestesia.

—Cómo me jode que me conozcas tan bien.

—Ja, ja, ja. No sueles llamarme mucho, y cuando lo haces es porque me necesitas urgentemente, ¿me equivoco?

—Para nada. ¿Podemos vernos donde siempre?

—¿Te parece bien en media hora?

—Allí estaré. —Colgó sin darme opción a decir nada más.

Cerré el ordenador, cogí las llaves del coche y salí del despacho. Iba a avisar a mi compañero de que iba a salir.

—Levi, voy a salir. Seguramente después iré para casa. Si no pasa nada, nos vemos mañana.

—¿Todo bien? —preguntó levantándose de la silla.

—Sí, no te preocupes, ya te cuento.

Salí de allí saludando a quien me cruzaba por el pasillo. Al llegar al coche me topé con Jackson y Owen. Me saludaron como si nada, pero me detuve un segundo más en Jackson. Apartó la mirada en cuanto la crucé, como si le quemara, y eso no se me pasó por alto.

Ese desvío mínimo, ese segundo de incomodidad… me dejó un mal presentimiento clavado en la nuca. Si Jackson estaba metido en esto, entonces el agujero era más profundo de lo que había pensado. Y yo no iba a parar hasta encontrarla. Aunque me dejara la vida en ello.

Capítulo 10



Charlotte

No sabía la hora que era. Tampoco cuánto tiempo llevaba gritando, o si realmente había gritado en algún momento o solo era mi cabeza rompiéndose sin hacer ruido. Ya no me quedaban fuerzas ni para llorar. Tenía hambre, frío y una sensación tan incómoda en el cuerpo que empezaba a confundirse con el propio miedo. Me sentía pesada, como si alguien me hubiera quitado el alma y me hubiera dejado dentro un hueco que dolía.

No era así como lo había planeado. Para ser sincera, no tenía un plan real. Solo la certeza de que tenía que encontrar a Ava. Y que, si yo no lo hacía… nadie lo haría. Ese pensamiento era lo único que aún me mantenía de pie, como una cuerda fina en la que me balanceaba para no caerme del todo.

Me limpié las lágrimas con la manga. No había venido a llorar. Me repetí eso como un mantra, aunque la voz interior me temblaba y sentía que podía quebrarse como un cristal si alguien la tocaba demasiado fuerte.

El cerrojo se abrió. El sonido fue tan fuerte que me desgarró los nervios.

—Vamos, el jefe quiere verte. —Apareció un hombre enorme, ocupando toda la puerta.

—Ni se te ocurra tocarme, que sé andar yo solita. —La voz me salió más firme de lo que esperaba—. ¿Y tú eres…? ¿Armario empotrado, no?

—Muy graciosa. —No sonrió—. Ya veremos cuánto te dura.

Lo seguí. Cada paso era una punzada en los músculos, como si el miedo se hubiera instalado ahí para recordarme que no iba a soltarme. La garganta me ardía. Aun así, levanté la cabeza como si ese pasillo fuera mío. No iba a regalarles mi silencio ni mi derrota. Eso era lo único que aún tenía.

Subimos una escalera de caracol. El aire olía a encierro, a humedad atrapada durante años, a historias que nadie quería contar. Era como caminar dentro de un eco que te devolvía tus propios miedos agrandados, deformados. El tipo abrió una puerta y me empujó hacia dentro.

Un hombre estaba sentado de espaldas, fumando, con el humo dibujando espirales lentas en el aire. Parecía disfrutar de ese pequeño ritual mientras el resto del mundo se desmoronaba.

—Señor, aquí le traigo a la chica. —El armario empotrado habló con un respeto que daba asco—. Tiene carácter.

—Eso ya lo sabía —respondió él sin mirarme—. Por eso está aquí.

El Colombiano se giró. Sus ojos tenían ese brillo que uno reconoce inmediatamente: el de la gente que disfruta viendo temblar a otros. El brillo despreocupado de quien nunca ha tenido miedo de verdad.

—Me alegro de que hayas venido tú sola. Muy valiente… o muy inconsciente. Yo tengo algo que quieres.

—Ava —dije a medias, aunque él ya lo sabía. El nombre se me quedó clavado en la garganta como una astilla.

—Exacto. —Se levantó despacio—. Pero ahora las condiciones han cambiado.

—¿Qué condiciones?

—He dicho que aquí pregunto yo. —Su mano cruzó el aire y me golpeó la cara. El metal del sabor de mi propia sangre me quemó la lengua. Me ardieron los ojos, pero no por el golpe.

Respiré hondo. No le daría el gusto de verme caer.

—Ahora me darás lo que necesito. Y a cambio… quizá veas a tu amiga. Solo una vez. El resto no depende de ti.

Sentí cómo el suelo desaparecía un segundo. Pero no dejé que lo notara. No iba a darle ese triunfo.

—Pues pregunta, que ya ves que estoy aquí —solté con ironía para no hundirme, para agarrarme a lo único que me quedaba: mi lengua afilada.

Algo en su mirada cambió. Se acercó más. Y en su silencio entendí lo que pretendía incluso antes de que hiciera el menor gesto.

Y ahí supe que aquello no iba a ser un interrogatorio.

Mi corazón empezó a golpearme desde dentro como si quisiera huir sin mí, como si fuera el único que entendía lo que se avecinaba.

No voy a entrar en detalles.

Solo diré que el mundo se me redujo a un punto diminuto donde no había cuerpo ni tiempo, solo la sensación de que me estaban rompiendo por dentro, sin que yo pudiera hacer nada para detenerlo.

Mi respiración era lo único que me mantenía pegada a la vida. Una parte de mí repetía sin parar: respira, respira, respira. No lloraba por él, lloraba porque cada segundo que pasaba imaginaba a Ava viviendo algo parecido. Y eso me partía más que cualquier otra cosa.

Cuando todo terminó, apenas me sostenían las piernas. Me soltaron como si fuera un peso muerto, como si ya no sirviera para nada.

—Llévala a limpiarse —ordenó él, sin mirarme—. Que quede presentable. La quiero en la misma planta donde está la amiga.

—Será un placer —contestó el armario.

Intenté mantenerme de pie, pero mis rodillas fallaron. Caí al suelo y un aire helado me arañó la piel. Me dio igual. No podía moverme. No sabía si quería moverme.

—Levántate —soltó él, dándome una patada seca—. Aquí nadie viene a cuidarte.

—Pues qué lástima —susurré—, porque falta te hace, cariño.

—Asher, ya está bien —dijo una voz femenina—. La vas a matar.

—Una menos —respondió él encogiéndose de hombros.

Dos mujeres se acercaron. Una tenía los ojos llenos de rabia contenida; la otra parecía más nerviosa, como si todavía no supiera en qué lado quería estar.

—Ven —dijo la primera, sin dureza, casi en un susurro—. Tranquila, no te voy a hacer daño.

Me levantaron entre las dos. Pensé que me iba a desmayar. Pero no. El cuerpo humano tiene una capacidad absurda de seguir incluso cuando no debería. A veces hasta da rabia.

Me metieron en un ascensor. En otra planta, en un baño. La bañera estaba ya llena.

—Anda, que te han dejado fina —murmuró una, más bruta—. Te habrás resistido, ¿no?

—No como tú, África —le respondió la otra—. Tú no te resistirías ni a un bostezo.

—Yo me acuesto con quien quiero, cariño.

—Y otras no podemos elegir, así que cállate y ayúdame.

No tenía fuerzas ni para sonreír. Ni para enfadarme. Quise contestar algo ingenioso, algo que me devolviera un poco de control, pero las palabras se me

quedaban atoradas detrás del cansancio.

La mujer que me lavaba lo hacía con un cuidado que me rompió por dentro más que cualquier golpe. Me limpiaba como si yo fuera frágil, como si no estuviera rota por dentro. Como si hubiera algo de mí que todavía se podía salvar.

—Soy Lisa —me dijo con suavidad—. Ella es Mariana. Vamos a ayudarte.

Asentí. A veces un gesto es todo lo que una puede hacer. Y ese gesto, aunque pequeño, me pesó como si moviera el mundo.

Cuando me vistieron y me llevaron a la cocina, olía a caldo casero. A hogar. A algo que no debería existir en un sitio así.

Dos mujeres regordetas miraron mi cara y se les escapó un suspiro.

—Ay, hija mía… pero qué te han hecho. —La mayor me cogió de la mano —. Siéntate, anda. Soy María. Ella es Rosa.

—Hola —dije apenas—. Soy Charlotte.

—Vas a comer algo calentito. Y mañana será otro día. —María me sirvió un plato como si yo fuera su propia hija, con esa ternura que desarma, que abre grietas donde una intenta mantenerse fuerte.

Ese gesto me hizo temblar más que todo lo anterior.

—Ava… ¿está bien? —pregunté en voz baja.

María bajó la mirada, pero sonrió.

—Se alegrará de verte. Eso seguro.

Yo no lo creía. Pero quería creerlo. Era lo único a lo que podía aferrarme sin desmoronarme del todo.

Tomé la sopa despacio. No sabía si me curaba el cuerpo o el alma… pero me devolvió un poquito de calor. Un poquito de algo parecido a fuerza. A mí

misma.

A veces eso basta para seguir respirando. Aunque sea solo un segundo.

Capítulo 11



Charlotte

No pude terminar la sopa, por buena que estuviera. El simple gesto de mover la cuchara me agotaba más de lo que quería admitir. El cuerpo me dolía entero, como si cada pequeño gesto despertara ecos de algo que prefería no recordar. Me costaba abrir la boca y el estómago estaba cerrado, sensible, como si protestara con cada intento de tragar.

Tenía ganas de ver a Ava, aunque me asustaba pensar en cómo reaccionaría. El corazón me retumbaba más fuerte que nuestros pasos por el pasillo. Me repetía que tenía que ser valiente, aunque no me lo creyera ni yo. Por un segundo deseé poder volver atrás, deshacer todo, pero ya estaba metida donde no quería estar. Y si Ava me rechazaba… me tocaría aceptarlo. Lo único que necesitaba era verla viva.

—Llévala a que descanse un rato —le pidió María a Lisa.

—Que la pongan en el cuarto de los despojos. —Escuché una voz que me resultaba familiar.

—Asher, cállate antes de que te dé con la sartén —replicó María con una firmeza que me sorprendió.

—Se va a descansar ahora mismo, y a ver quién lo impide.

—No tientes a la suerte, María, que se te puede acabar. Te lo he dicho mil veces —dijo cogiéndome del brazo de malas maneras.

—¡Suéltala! —Le apartó la mano—. Si vas a amenazar, hazlo. Pero ella se viene conmigo y punto.

No quería que discutieran por mi culpa, pero tampoco podía mantenerme en pie sola. Rosa vino a mi lado y, al intentar ayudarme, se me escapó un quejido.

—Ay, perdona, hija —dijo—. Solo intento sujetarte.

Me daba rabia sentirme tan frágil, pero no podía evitarlo.

—Gracias —murmuré—. De verdad.

—No agradezcas —dijo María—. Haríamos esto por cualquiera.

—No entiendo cómo dos mujeres tan buenas seguís en un sitio como este.

Ambas se miraron como quien carga un peso antiguo, uno que ya no se explica. Yo acababa de llegar y ya sentía que apenas me sostenía.

—Niña, hay cosas que es mejor no entender —dijo María al entrar al cuarto—. Ahora, descansa.

Miré alrededor. «Dormitorio» era demasiado generoso: dos literas, una mesita con una lámpara y dos armarios gastados. No era acogedor, pero al menos era un lugar donde sentarse sin estar vigilada.

—Esa puerta de ahí es un cuarto de baño —me dijo Rosa—. Venga, muchacha, vamos a la cama. Mañana verás las cosas de otro color.

—¿Cuándo podré ver a Ava? —pregunté, y me di cuenta de cómo se miraban entre ellas—. ¿Pasa algo?

—Hija… Ava lo ha pasado muy mal. Ha perdido algo importante para ella.

—No, no lo ha perdido. La está esperando.

—No hablamos de ese hombre —intervino Rosa con cuidado.

—Entonces… ¿de qué? —pregunté, sin entender.

No sabía qué esperar, pero nada bueno.

—Entonces —escuché detrás de mí, su voz débil—, por tu culpa me han quitado algo que no quería entregar todavía. Y ojalá… ojalá lo hubiera hecho antes, con quien yo quería.

Me giré como pude. Lo que vi me rompió más que cualquier dolor físico. Ava ya no era ella. Su mirada estaba apagada, como si hubiera aprendido a esconderse dentro de sí misma. Me costó reconocerla. Era como mirar a alguien que se parecía a ella, pero no era ella.

—Ava… yo no lo sabía… —susurré—. No quería que nada de esto ocurriera.

—Pues ha ocurrido —dijo ella, sin brillo en la voz—. Y he perdido a la persona que más quería. ¿Y por qué? Por tu culpa.

—Eso no es justo. Sabes que yo no tengo control sobre esto.

—Claro —respondió con ironía amarga—. La gran Charlotte nunca tiene culpa de nada.

—Basta —intervino María—. Esto no ayuda. Tú, a la cama. Y tú, vete a lo tuyo. Ya tendréis tiempo de hablar.

—Yo no tengo nada que hablar con ella. Mañana me llevan a otro sitio —dijo Ava.

Sentí sus palabras como un golpe directo al pecho. La perdía. No solo físicamente, sino también a quien era ella para mí.

—Eso no puede ser. He venido a sacarte de aquí. Tengo que llevarte con James.

—No lo nombres —susurró—. Yo ya no puedo estar con él. Estoy… cambiada. Y tú, dentro de unos días, estarás igual.

Salió dando un portazo. Y yo me quedé ahí, sintiendo que algo dentro de mí se caía a pedazos.

—Descansa, querida —dijo María—. El tiempo pone las cosas en su sitio.

Me metieron en la cama. No sé cuánto lloré ni cuándo me dormí. Creo que me dormí más por agotamiento que por descanso. Solo recuerdo que me movieron y no pude abrir los ojos. Me aferré a la almohada como si pudiera detener con ella todo lo que se me venía encima. Intenté ser fuerte, pero el sueño me terminó arrastrando.

✣ ✣ ✣

—Arriba. Esto no es un hotel. —Escuché a alguien decir—. Mariana, media hora para tenerla lista y llevarla con el jefe. No llegues tarde.

—Charlotte, abre los ojos, niña. Aquí no se juega con esto.

Parpadear dolía. Sentía el cuerpo pesado, como si mi mente tardara más en despertar. Todo me sonaba, pero como si lo hubiera vivido muy lejos de mí.

—No puedo… —murmuré—. ¿Dónde estoy?

—¿No te acuerdas? Llegaste hace dos días. Y has dormido todo este tiempo.

—¿Dos días? —susurré.

—Es por lo que te dieron. Para el dolor… y para que pudieras descansar sin pensar demasiado.

—Tengo que salir de aquí. Ayúdame, por favor.

—Charlotte… —suspiró—. De aquí solo se sale para otro sitio… o ya no se sale. Venga, dúchate. Quince minutos.

El agua cayó sobre mi piel como un susurro tibio que no lograba calmarme del todo. Pensé en Liam. En cómo estaría reaccionando. Seguro que diría que esto era «otra de mis brillantes ideas». Y tenía razón: había sido una locura.

Pensé en Ava. En su cara llena de reproches. Y me dolió más que cualquier golpe. Pero quizá, con tiempo…

Escuché la puerta abrirse. Creí que era Mariana, pero no.

—No te tapes —dijo el Tuerto desde la puerta, con esa sonrisa torcida que me hizo tensarme—. Ya han dicho que…

—Fuera —le dije, firme—. O grito.

—Grites lo que grites, aquí no importa —murmuró—. El jefe te espera. Y luego…

Antes de que terminara, Mariana lo echó de allí sin contemplaciones.

—Tú, Tuerto, fuera de aquí. Sabes que sin él delante no puedes acercarte —le dijo.

Él salió maldiciendo y diciendo que no le importaba esperar un rato más.

—¿En serio tengo que…? —pregunté sin acabar la frase.

Mariana asintió despacio, con cansancio en los ojos.

—Sí. Él tiene… acceso. Y no conviene negarse.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Ya no lo cuento. Entré con dieciséis años y tengo treinta y ocho.

Veintidós años. La cifra me heló. Pensé en mi gente, en cómo buscarían hasta encontrarme. No podía aceptar otra opción.

—Madre mía… ¿qué pasó?

—Una noche normal. Discoteca, amigas… y luego… un apagón. Cuando desperté, estaba aquí. Ese sitio es su trampa.

Hablaba sin mirarme, como si ya estuviera acostumbrada a contarlo sin sentirlo demasiado.

—¿Nadie sospechó?

—Está todo preparado. A unas chicas las siguen. A otras las esperan. Es cuestión de tiempo.

—¿Y tu familia?

—He pensado mucho en ellos —susurró—. Eso ha sido lo más duro.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Porque después de tantos años… una aprende a hacerse a la idea.

—No deberías pensarlo así. No sabes qué habrá sido de ellos.

Mariana sonrió, pero sin alegría.

—Puede que tengas razón. Pero mis padres ya no están. Y del resto… no sé nada.

—No puedes saberlo. Aquí no llegan noticias.

—Ya lo verás —dijo—. Aquí a veces se sobrevive de formas que no imaginas. Pero ya hablaremos. Termina de arreglarte.

—Cuéntame algo más —le pedí.

—Hay locales para gente con dinero… y otros más humildes. Yo tenía un cliente fijo que venía solo a hablar.

—Debería haber denunciado…

—No juzgues a la gente sin saber. Cada uno ayuda como puede.

—Aun así…

—Venga, no debería haberte hablado de ello, pero te voy a decir algo: sin él ni Ava ni yo hubiéramos sobrevivido a esto. Y ahora, vámonos.

—¿Me lo contarás todo algún día? —pregunté.

—Sí. Cuando puedas escucharlo sin romperte.

La seguí temblando. No sabía a qué me llevaba, pero tampoco tenía fuerzas para discutirlo. El frío del cuerpo era una cosa; el del miedo, otra muy distinta. No sabía si saldría viva, pero ya no se trataba solo de sobrevivir. Se trataba de aguantar. De esperar.

Porque, tarde o temprano, alguien iba a responder por todo lo que estaban haciendo.

Capítulo 12



Charlotte

Habían pasado ya unas semanas desde que estaba allí. Cada día era igual o peor que el anterior. Perdía la noción del tiempo, del cuerpo y hasta de mi nombre. Allí dentro la vida se medía en gritos, puertas que se cerraban y silencios obligados. Yo ya no vivía: resistía. A veces incluso se me olvidaba cómo era hablar con normalidad; todo eran órdenes, susurros, y miradas que una aprendía a descifrar para sobrevivir.

Pasaba más tiempo en lo que llamaban enfermería que en mi cuarto. Aquel día que Mariana me llevó a ver al jefe, después de que él ejerciera todo su poder sobre mí, le tocó el turno al Tuerto. Le advertí que si se acercaba de más iba a arrepentirse.

Él se rio como si yo fuera un chiste mal contado. Incluso me escupió, como si necesitara dejar claro su poder. Cuando me forzaron a acercarme a él, hice lo único que pude: cerré la boca con todas mis fuerzas sin pensar en las consecuencias. Lo siguiente que recuerdo son sus golpes en la cara mientras yo intentaba apartarme.

Logró zafarse furioso y me tiró al suelo. Las patadas vinieron después, rápidas y descontroladas. Yo solo me cubrí la cabeza, sintiendo cada impacto como una sacudida. El Colombiano se reía desde atrás, disfrutando del espectáculo, diciendo que me iban a matar.

Acabé con un par de costillas rotas, hematomas por todas partes y el pensamiento inútil de que quizá habría sido mejor que me dejaran allí tirada. Me sentía incompleta, como si partes de mí hubieran ido desapareciendo día a día. Pero incluso rota, seguía respirando. Y mientras respirara, había una posibilidad —pequeña, remota— de salir de allí.

—Hola, cariño, aquí tienes tu caldito —me dijo María con una sonrisa cansada—. No nos des más sustos, anda. Aprende a portarte bien.

—María, no me pidas eso. No quiero estar aquí, y no voy a permitir que me traten como si no fuera nadie.

—Aprenderás por las buenas… o ya sabes —intervino el Colombiano desde la puerta—. Aunque mañana ya no estarás aquí. A ver si con tu nuevo jefe te comportas mejor.

—Déjala aquí, verás que cambia —insistió María, casi rogando.

—No. Esta no me da más dolores de cabeza. Además, me han pagado bien por ella.

Mercancía. Para ellos no éramos otra cosa. Sin nombre, sin historia, sin nada. Solo algo que se compra, se vende y se sustituye. Aun así, me aferraba a esa parte pequeña de mí que recordaba quién era antes de todo esto.

Me eché a llorar. Llorar de verdad, de forma fea, sin poder aguantarme. Todo me había salido mal. Ava me odiaba, no la había vuelto a ver, y yo solo quería sacarla de allí. Sentía que había fallado en lo único que me había impulsado a entrar en ese infierno.

María se fue dejándome sola. Cuando acabé el caldo, me giré hacia la pared, llorando otra vez. Tenía la sensación de que había cavado mi propia tumba.

No dormí nada esa noche. Intenté convencerme de que todo era una pesadilla, que despertaría en mi cama, con Ava diciendo alguna tontería para hacerme reír. Pero lo único que despertaba era el dolor. Y a veces, el dolor era lo único que te recordaba que estabas viva.

Pasé horas dándole vueltas a lo mismo: ¿adónde me llevarían?, ¿qué sería de Ava?, ¿qué pensaría James?, ¿seguiría Liam buscándome? Cada vez que pensaba en él, el pecho se me apretaba. Liam jamás se rendiría. Y si yo no volvía… me temía lo peor.

Escuchaba pasos por el pasillo, puertas que se abrían y se cerraban, voces apagadas. Allí nadie descansaba de verdad. A mí aún no me habían hecho trabajar con clientes. No sabía si agradecerlo o temer el momento.

—Arriba, chica. Te vas de aquí —dijo una voz que no conocía.

Abrí los ojos como pude.

—¿Quién eres? No te había visto.

—No estás obligada a verme. Me llamo Lupita. Vengo con el jefe a por ti.

—¿El jefe? Yo quiero irme a mi casa, no con tu jefe.

Decir «casa» me rompió un poco por dentro. Casa pertenecía a otro mundo, a otra versión de mí. Aquí solo existía esta realidad sucia y dolorosa.

—Eso está complicado —dijo Lupita con calma—. Venga, ponte en pie y dúchate. No tenemos todo el día.

No tuve ni opción. Me quitó la sábana y me ayudó a levantarme.

—Dime una cosa… ¿Tendré que acostarme con él? —pregunté, tragando saliva.

Lupita apretó la mandíbula.

—Depende de él. No suele tocar a todas. Normalmente las deja para los clientes. Te tratarán mejor que aquí, eso seguro. Las chicas hablan fatal del Colombiano.

—Ni del Tuerto —murmuré—. Ese me las debe.

—Ya lo sé. Pero mejor no lo nombres mucho.

—¿Una cosa más? —dije antes de entrar al baño—. ¿Ava está en ese sitio?

Lupita negó despacio.

—No. Nunca llegó. Tuvo un accidente y se escapó.

El corazón me dio un vuelco. No sabía si llorar de alivio o del miedo que me daba pensar en lo que podría haberle pasado.

—¿Está bien? —Le agarré del brazo sin pensarlo.

—Suéltame. No sé más. Solo sé que no estaba en el coche.

Me cubrí la boca con la mano. Ava había escapado. Ava estaba fuera. Mi Ava. No sabía si seguía viva, pero había tenido una oportunidad. Era más de lo que ninguna de nosotras tenía allí dentro.

Me duché pensando en ella. En que quizá, por primera vez desde que todo empezó, la suerte había ido hacia alguien que quería. Por primera vez desde que llegué, sentí algo parecido a esperanza.

Me vestí con un vestido color teja que me había dejado Lupita. Era sencillo, corto, con un escote pequeño. Me quedaba bien. Había unas zapatillas blancas al lado. Me miré al espejo. Sí, parecía yo, aunque más delgada y con la mirada cansada. Pero seguía siendo yo.

—Estás muy guapa —dijo Lupita—. Ahora te peino.

—¿Para qué?

—Para que te sientas persona. Aunque sea un momento.

Asentí. No me quedaban fuerzas para discutir.

—Y escucha: Stuart no es como esta gente. Si tú te comportas, él también. Pero no le mientas. No soporta las mentiras.

Antes de que pudiera responder, apareció la voz que menos quería oír.

—Déjame a solas con esta zorra.

—¿Quieres otra? —le dijo Lupita, cortante.

—Fuera. Ya no es del Colombiano.

Me di la vuelta. Había un hombre que no había visto nunca en la puerta. Impresionaba, pero no como los demás. No tenía esa violencia en los ojos. Lo suyo era otra cosa: control frío. Una autoridad que no necesitaba gritar. Me recordó un poco a Liam, pero sin su luz.

—Lupita, daos prisa. No quiero estar más tiempo en este sitio. Contigo hablaré después, Charlotte.

Asentí, evitando su mirada.

—¿Quién es? —le pregunté a Lupita en voz baja.

—Stuart. Mano derecha de Emilio, el dueño del local al que vas. Tranquila. Él no es como esta gentuza.

Salimos del cuarto. Dos hombres nos esperaban en el pasillo. Me acerqué a Lupita.

—¿Podemos ir a la cocina? Quiero despedirme de María y Rosa.

—Vale. Pero rápido —dijo.

Cuando entramos, ellas estaban pelando patatas. Al verme, se les iluminó la cara.

—Ven aquí, Charlotte —dijo María abrazándome con cariño—. Cuídate mucho. Y no seas muy rebelde.

—Hazle caso —añadió Rosa—. Ella sabe de lo que habla.

—Gracias por todo —murmuré—. De verdad.

No quería soltar sus manos, pero tuve que hacerlo. Stuart nos llamó desde el pasillo.

—Vamos. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Él iba delante, nosotras detrás, y los dos hombres cerrando el paso. Justo antes de salir, nos topamos con el Tuerto.

—Esto no queda así. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

Stuart se giró hacia mí.

—¿Qué le has hecho?

—Nada importante —contesté—. Solo defenderme.

—Define «defenderte».

—Morderle. Fuerte. En sus partes nobles. Y lo volvería a hacer.

Stuart arqueó una ceja.

—Recordaré no cabrearte, nena.

—No soy tu nena —le respondí.

—Peleona —sonrió—. Me gustas.

Nos acercamos a la puerta principal.

—Chicas, tengo que taparos los ojos —dijo Stuart.

No tuve tiempo de reaccionar. Algo me cubrió la cabeza y dejé de ver. Nos metieron en una furgoneta. Para lo que era, al menos no iba en el suelo.

Cada minuto que pasaba me alejaba más de Liam. Cerré los ojos imaginando su voz. Él jamás se rendía. Ojalá yo siguiera siendo una de sus razones para no hacerlo.

—Lupita… —susurré—. Tengo miedo. ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. Tranquila. Habla más de Ava.

Le conté un poco, sin saber ni qué decir. Ella escuchaba sin interrumpir.

—No pienses en eso ahora —dijo al final—. Intentemos descansar.

No respondí. Me quedé escuchando el motor, el crujido del camino, el silencio de los hombres. No sabía qué encontraría al llegar, pero sí sabía algo:

Todavía no me habían roto del todo. Y con un solo pedazo mío, bastaba para empezar algo. Para pelear. Para sobrevivir. Para volver.

Capítulo 13



Liam

Me estaba volviendo loco. Me había citado con Mateo el día que desapareció Charlotte y aún no tenía noticias. Mateo era el mejor detective de la ciudad; colaboraba con el FBI desde hacía años y, aunque a veces tardaba algo más, nunca fallaba.

A veces me preguntaba si yo le exigía demasiado. Él trabajaba con método, con calma, con cabeza. Yo, en cambio, quería resultados ya, porque cada día que pasaba sin Charlotte respirando frente a mí era otro día con el estómago encogido.

Hacía dos semanas que encontramos a Ava en un hospital. El coche en el que iba había sufrido un accidente; hubo tres muertos: la persona que conducía, el copiloto y una de las chicas.

Ava y otra chica salieron heridas. Ava no sufrió heridas graves, pero las suficientes como para seguir ingresada. No habíamos querido presionarla con preguntas, y la única que hablaba con ella era Evelyn. A James no quería verlo, y eso lo estaba matando por dentro.

James llevaba ojeras hasta el suelo. Dormía poco, comía menos y se pasaba el día con el móvil en la mano por si Ava llamaba. Verlo así jodía, sobre todo sabiendo que su única culpa había sido quererla demasiado.

Sin embargo, la otra chica —de la cual aún no sabíamos el nombre— seguía en coma. Estábamos haciendo todo lo posible por averiguar quién era y encontrar a su familia; en ese estado no podíamos acudir a los medios.

Levi y yo estábamos en la puerta del hospital esperando a Evelyn para que intercediera por nosotros. Sus padres no habían conseguido que Ava hablara, pero yo ya necesitaba respuestas.

Evelyn venía con una sonrisa cansada, esa que te dice que intenta ser fuerte pero ya no puede más. La preocupación por sus amigas le estaba pasando factura. No me pasó desapercibida la mirada de Levi hacia ella.

—Es guapa, ¿verdad? —me dijo con una media sonrisa.

—Sí lo es, pero no es lo que piensas.

—Yo ya no pienso nada, solo observo.

Iba a contestarle cuando Evelyn llegó.

—Hola, chicos. —Nos dio un beso a cada uno—. ¿Cómo veis el panorama?

—Tenemos que hablar con ella —respondí—, pero no hay manera, y si no soy yo será otro, y entonces no podrá negarse.

—Lo intentaré… dadme unos minutos.

—¿James no viene contigo? —preguntó Levi.

—No. No le he dicho que venía, me tiene agobiada. Y juro por Dios que lo entiendo… pero no puedo más, me pone la cabeza como un bombo.

—Quizá deberías salir a cenar o tomar algo —dijo Levi.

—No me apetece salir. Y menos sola.

—Yo podría acompañarte.

Evelyn se sonrojó, pero no dijo nada. Se metió dentro.

Levi me miró de reojo.

—Menos mal que te has decidido de una vez.

—No te montes ninguna película. Ya te dije que no es lo que parece.

Entramos en el hospital. Al salir del ascensor nos encontramos con los padres de Ava. El pasillo olía a desinfectante y miedo. Siempre pensé que nada endurece tanto la vida como una planta de hospital llena de gente que no sabe si mañana llegará.

—¿Cómo está hoy? —pregunté a Oliver.

—Bueno… le va a costar, pero ya al menos habla más.

—Poco a poco volverá a ser la misma —dije—. Solo necesita tiempo, ayuda, y gente que la quiera a su alrededor.

—Dios te oiga, hijo. No sabes cómo duele ver a tu única hija en ese estado —dijo Mia conteniendo las lágrimas.

—Vámonos, mujer —le dijo Oliver—, verás como muy pronto volverá nuestra Ava.

Seguí caminando hacia la habitación. Por muchas cosas que uno vea en este trabajo, nunca te acostumbras al dolor ajeno. Y peor aún es cuando conoces a la persona que sufre.

—Liam —me llamó Evelyn—, puedes pasar, pero solo.

—Tranquila, yo espero afuera —respondió Levi.

—Yo también. No quiere que esté con ella.

Agarré el pomo y abrí apenas un hueco.

—¿Puedo pasar? —Asomé la cabeza.

—Sí, pasa, Liam —dijo, mirando hacia la ventana.

—¿Cómo estás, Ava? Siento mucho lo que te ha pasado.

La habitación se sentía fría, no por la temperatura, sino por lo que faltaba en ella: la Ava de antes. La de carcajadas, ironías y ojos vivos.

—Gracias. Si he accedido a hablar contigo es para que me dejéis en paz de una vez.

—Lo siento, pero sabes que tenemos que hacerlo. Cuando estés preparada… empezamos.

—No estoy preparada, pero cuanto antes mejor. Ya te lo he dicho.

Llevé una silla junto a la cama.

—Pues cuando tú quieras.

—Yo no tenía que haber estado allí. No hice nada. Si Charlotte no fuera tan curiosa, nada de esto habría pasado.

—¿A qué te refieres? Ella dijo que estaba sacando fotos a la puesta de sol.

—Sí, pero no lo ha contado como fue. Ya había hecho esas fotos. Estábamos tomando un café y, al mirar hacia el muelle, vio algo raro y se levantó.

—¿No te dijo qué era ese algo raro? —pregunté mientras Ava bebía agua.

—No. Solo me dijo: «Veas lo que veas, no te muevas de aquí, Ava». Al principio me reí, le dije que correr no iba a correr con mi pierna… pero todo pasó en una fracción de segundos.

—¿Qué pasó?

Ese segundo de silencio me atravesó como un cuchillo. Cuando una víctima calla, no es porque no recuerde: es porque recordar duele más que cualquier herida física.

—La vi correr hacia mí diciendo que no me moviera, pero juro que no sé qué me pasó: salí detrás de ella. Hubo un momento en el que me quedé atrás; ella me agarró de la mano y nos metimos en un garaje.

—¿Y una vez dentro?

—Al poco de entrar, se pararon justo en la puerta. Uno dijo que cuando nos encontraran nos harían daño… o algo así. No recuerdo las palabras exactas.

—No te preocupes. Si quieres, paramos. —Intenté que respirara—. Podemos hablar del tiempo.

Ava soltó una risa frágil.

—Ahora mismo me da igual todo… pero sí, hace buen día. Jamás pensé que me pasaría algo así. No volveré a ser la misma.

—Te vas a poner bien, Ava. Ya verás.

—Me han destrozado la vida, Liam. Mis ilusiones… No volveré a ser yo. Venga, vamos a seguir. Será la última vez que hable de esto. El día que me cogieron… me metieron en una furgoneta y me durmieron. No vi quiénes fueron.

—Si te enseño fotos, ¿podrías reconocerlos?

Sentí cómo la tensión se me subió a la nuca. Si Ava identificaba a los tres, sería suficiente para tirar del hilo y descoser el nido entero.

—Claro que sí. Pero no hace falta. Uno es el Colombiano, su mano derecha Asher y el Tuerto. Esos tres son los que se encargan de «evaluar» la mercancía. Porque eso somos para ellos: *mercancía*.

»¿Quieres saber lo primero que hacen cuando llegas? Te imponen lo que quieren, sin dejarte opción. Si te resistes, vienen los golpes. Después te dan algo y ya no puedes negarte a trabajar.

El aire me ardió en la garganta.

—Lo siento mucho, Ava.

—Yo también. Pero ¿sabes qué me reconforta? Que Charlotte lo ha pasado peor que yo. Lo mío fue un golpe comparado con lo suyo. A ella la dejaron hecha polvo. Y si te soy sincera… cuando lo supe, me alegré.

—No digas eso. ¿Sabes que ella fue a buscarte? Por ti… y por James.

—No me importa. Solo pido que sufra más que yo. Por su culpa perdí al amor de mi vida. Y algo que era mío y de nadie más. Ahora quiero que te vayas y no vuelvas más, Liam.

—A James no lo has perdido. Él te quiere.

A veces el amor no basta. A veces el dolor es tan grande que ni querer salva. Y verla así me dejó claro que no siempre se puede rescatar a alguien de sí mismo.

—Yo también lo quiero… pero me siento sucia. No quiero estar con nadie.

No dije nada más. Me levanté, dejé la silla en su sitio y salí. Me dolió escuchar cómo hablaba de Charlotte; quería creer que era el dolor, no odio. Cerré la puerta detrás de mí con un suspiro. Sentía que cargaba con dos mujeres al hombro: una en una habitación de hospital, rota por dentro; la otra perdida en algún lugar del mundo. Y yo sin manos suficientes para sujetarlas a las dos. Levi y Evelyn vinieron enseguida.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Evelyn.

—Ha hablado. Pero me duele cómo habla de Charlotte. Está destrozada.

—Lo sé —dijo Evelyn—, pero hay que tener paciencia. Todo es demasiado reciente. Mi hermano quiere hablar con ella y no se lo permite.

—También hay que entenderla —añadió Levi.

—Nosotros nos vamos. Si hay novedades, llamadme a cualquier hora.

—Lo mismo digo —respondí—. Si sabéis algo de ella, avisad sin importar la hora.

Asentí y salimos del hospital. Necesitábamos encontrarla. Saber que había recibido palizas me dejó helado.

—Tenemos que dar con ella ya —dije—. Esta gente no se anda con tonterías.

—¿Has sabido algo de Mateo?

—Dice que está tras una pista. Que no lo presione. Está tirando de contactos en Colombia y México.

—Deberías dejar el caso —dijo Levi—. Estás demasiado comprometido.

—No lo haré. Y tú lo sabes.

Nos montamos en el coche. Miraba por la ventanilla sin ver realmente nada: coches, edificios, gente que seguía con su vida como si todo estuviera en orden. Yo solo podía pensar que Charlotte seguía ahí fuera, sola, rota, o quién sabe en manos de quién. Ese pensamiento me estaba comiendo vivo.

Nada más arrancar, sonó mi teléfono.

—¿Miller? —pregunté al no reconocer el número—. ¿Dígame? ¿Puedo hacer algo por usted?

La llamada se cortó.

—Me cago en la leche.

—¿Quién crees que era? —dijo Levi.

—No lo sé… pero la respiración era acelerada.

El teléfono volvió a sonar.

Número desconocido.

—¿Quién es? ¿Puede hablar?

El silencio del otro lado me heló la sangre. Cuando alguien respira así, roto, ahogado, es porque está al límite. O porque no le queda tiempo.

—Liam…

Tuve que frenar en seco.

—Ayúdame, Liam.

—¿Charlotte? ¿Eres tú? ¿Dónde estás? ¡Charlotte, contéstame!

—Liam… ayúdame. No me dejes aquí.

—Charlotte, dime dónde estás.

La llamada se cortó otra vez.

—Tranquilo —dijo Levi—. Volverá a llamar.

—Me voy a volver loco. ¿Has oído algo de fondo?

—Nada. Solo eco. Como si estuviera en un cuarto vacío.

—Si al menos hubiera salido el número… lo podríamos rastrear.

Me bajé del coche y le entregué las llaves a Levi. Yo ya no podía conducir. No después de oír su voz.

Y lo entendí de golpe: si Charlotte seguía viva, me estaba llamando como quien se agarra al último hilo para no caer. No iba a fallarle. No esta vez.

Capítulo 14



Charlotte

No pude contener el llanto cuando escuché la voz de Liam. Aún no podía creer que hubiera encontrado ese móvil al alcance de mi mano… aunque tampoco pensé en las consecuencias. A veces la esperanza no llega como un milagro, sino como un botón iluminándose en la oscuridad.

Pero antes, dejadme contaros mi traslado y cómo di con el móvil.

Tal como me dijo Lupita, tardamos varias horas en llegar. Dentro de la furgoneta no se veía nada, salvo una claridad leve que se colaba por una ranura minúscula. Aun así, agradecí cuando nos quitaron los sacos de la cabeza: respirar sin tela ya era un regalo.

Era increíble cómo algo tan simple como ver volvió a sentirse como un lujo. No veía un paisaje, ni una ventana abierta, ni libertad. Solo paredes de metal y rostros serios. Pero aun así, ver era algo, y en ese algo encontraba un respiro de humanidad que no pensé que me quedara.

Por mucho que preguntaba, nadie respondía. Uno de los hombres iba con nosotras revisando su móvil, sin interés en nada más. No sabía qué papel tenía Lupita exactamente, pero hablaban con una familiaridad extraña.

Ahí entendí que este mundo tenía jerarquías invisibles, lealtades que no se comprenden desde fuera. Había gente rota que sobrevivía como podía, y otras que se acostumbraban tanto al infierno que dejaban de llamarlo infierno.

Llevábamos un buen rato cuando la furgoneta se detuvo. Me tensé sin poder evitarlo.

—Tranquila, solo es para repostar y comer algo —comentó uno.

—¿Tú me ves nerviosa, idiota?

—No, pero podrías ponerte —respondió, acercándose demasiado.

—Déjala —intervino Lupita, firme—. Sabes que no está permitido. Y tú —me miró—, si quieres que te traten bien, trata tú también con respeto.

—De cara al suelo, ya —ordenó alguien desde afuera.

Sentí puertas abriéndose y cerrándose con golpes secos. Cuando levanté la vista, había una linterna encendida y una bolsa. Lupita la tomó. Bocadillos. Refrescos. Qué ironía que un detalle tan pequeño pudiera parecer un milagro.

Solo había dos bocadillos. Ella tomó uno. Yo dudé, sin saber si el otro era para mí.

—Es para ti —dijo con una leve sonrisa—. Cómetelo.

No insistí. Tenía demasiada hambre para protestar. Y cuando terminé, el cansancio me cayó encima como piedra.

—Tengo que ir al baño.

—¿No puedes aguantar? —se quejó uno.

—No. O paráis o pasará aquí mismo.

Eso bastó para que detuvieran la furgoneta. Entre unas rocas, al aire libre, pude acomodarme como pude, sin más intimidad que la oscuridad del desierto. No fue agradable, pero al menos me dejaron hacerlo sin testigos.

Volvimos a la furgoneta. Otro hombre subió con nosotras, al que llamaban H.

—Esto te ayudará —me dijo, ofreciéndome algo.

—No quiero tomar nada.

La tensión se volvió palpable entre todos.

—Relájate —intervino Lupita, intentando desviar—. Él solo quiere que descanses.

Pero yo ya había visto demasiado en su mirada para confiar.

Él no volvió a hablar. Yo tampoco.

Después, todo se volvió distante, como si mi mente hubiera decidido desconectarse para sobrevivir. No hubo control, ni elección. Como si hubiera quedado atrapada fuera de mi propio cuerpo, mirando desde lejos algo que no quería recordar.

No quedaron recuerdos claros. Solo oscuridad y silencio. Una sensación de haber dejado de existir durante un tiempo. Pero dentro de aquel hueco, había un pensamiento que nadie pudo arrebatarme: Liam. Su nombre fue lo único que permaneció intacto.

No porque pudiera salvarme, no porque fuera un escudo… sino porque recordarlo era lo único que me hacía sentir humana. Era alguien que había visto la versión real de Charlotte, no esta sombra en la que me estaba convirtiendo.

Cuando desperté, había más chicas. Tres. Una parecía casi una niña.

Me reconocí en sus ojos: no eran miradas, eran recursos de supervivencia. Miraban sin mirar, respiraban sin vivir. Yo quería abrazarlas, decirles que algún día todo esto terminaría, pero en ese lugar las promesas son demasiado frágiles para decirse en voz alta.

H estaba cerca. Su móvil sonó. Lo dejó sobre una mesa sin cuidado.

Y yo actué.

Lo tomé. Marqué el número de Liam.

Él respondió.

—¿Miller? ¿Quién es? ¿Puedo ayudarle?

Colgué al escuchar pasos. Cuando todo volvió a quedar en silencio, marqué de nuevo.

—¿Quién es? ¿Puede hablar?

—Liam —dije temblando—. Ayúdame, Liam.

—¿Charlotte? ¿Dónde estás? ¡Charlotte, contéstame!

—No me dejes aquí. —Colgué antes de que entraran.

Mi corazón no latía, corría. No sabía si él escucharía bien, si pensaría que era una broma, si alcanzaría a entender. Pero ese segundo bastó para encender una chispa que creí extinguida: sabía que estaba viva, y que alguien allá afuera no me había olvidado.

Pero H me descubrió.

—Veo que alguien se ha entretenido.

Noté cómo mi cuerpo era empujado, cómo la presión en los hombros me dejaba sin equilibrio. Pero ya no reaccionaba con miedo; reaccionaba con rabia.

—¿A quién has llamado, zorra?

—¿Qué pasa con tanto «zorra»? ¿Me ves algo extra entre las piernas o qué?

Me arrepentí al instante. Era tarde. La tensión en aquel espacio se volvió insoportable.

—Esto les pasará a todas si no habláis —gruñó la voz, fría y sin alma.

—A un tal Liam —soltó la chica más joven, temblando.

Él reaccionó mal. No porque ella hablara, sino porque existía miedo ajeno que podía aplastar.

—H, basta —ordenó alguien con autoridad—. Llévate a esas a asearse y baja a esta al sótano.

Me arrastraron sin delicadeza. Pensé en Rosa. En José. En Evelyn. En James. En Ava.

Y recé. No por milagros, sino para no romperme antes de tiempo.

El sótano eran cuatro paredes, una cama y un cubo. El mundo reducido a lo mínimo. Perdí la cuenta de los días. No había luz natural, no había reloj, no había nadie a quien hablar. Pero cada vez que cerraba los ojos, pensaba en cómo sería respirar aire fresco otra vez, o reír por una tontería, o discutir por algo absurdo. A veces eso me mantenía cuerda. O lo más cuerda posible.

Hasta que Lupita regresó.

—Venga, nos vamos. Espero que hayas aprendido algo.

—Creí que me dejarían aquí para siempre.

—Si fueras menos impulsiva, no te pasaría esto. Este lugar no es tan malo como crees.

—¿Estar contra mi voluntad no es malo?

—Yo no estoy tan mal. Hay chicas con beneficios, clientes fijos… No es tan horrible como lo pintas. Anda, el jefe quiere verte.

—¿Así?

—No. Antes te darás un baño.

Subimos escaleras, pasillos infinitos. La estructura era un laberinto pensado para que nadie supiera salir.

Llegamos a un vestíbulo con una barra y mesas.

—¿Dónde estamos?

—En la zona donde los clientes esperan.

Abrió una cortina. Tras ella, espejos, sillas. Otra puerta. Otro pasillo.

—Menudo laberinto.

—Esa es la idea.

Al ver una habitación con dos camas, sentí algo parecido a esperanza. Tener un espacio que no fuera una celda era casi un regalo. Una cama y un baño… eso aquí era lujo. Triste realidad, pero realidad al fin.

—Esta será tu habitación, compartida. Tienes media hora para bañarte y arreglarte. Encima de la cama tienes ropa. Y por favor… no hagas más tonterías.

Respiré hondo. Si quería sobrevivir allí dentro, tendría que aprender a no quebrarme. No todavía.

Capítulo 15



Charlotte

Estaba en un despacho tirando de la tela hacia abajo, porque eso era exactamente lo que me habían dejado para ponerme: un trozo miserable de tela que solo me cubría el culo a medias; la parte del vientre era completamente transparente y la del pecho apenas alcanzaba a taparme la mitad. Y yo ahí plantada, como una idiota disfrazada de chicle con brillo, pensando que si respiraba fuerte se me salía una teta por el escote. Si había un infierno en la tierra, yo ya estaba desfilando por él en tacones. Unos altísimos, por cierto, de un rojo putón como mis labios. En definitiva, no me veía así ni en carnavales. Iba a asomarme a la ventana cuando escuché una puerta abrirse.

—La curiosidad mató al gato, ¿lo sabías? —dijo un hombre que yo no había visto hasta ese momento.

—Sí, mató al gato, pero resulta que yo soy gata —respondí, riendo con ironía.

Si algo me quedaba intacto era el genio. Podían romperme el cuerpo, pero la lengua no me la cosería ni Dios. Si quería guerra, la iba a tener.

—Ya me han advertido de que eres peleona y protestona.

—Pues ya sabes más de mí que yo de ti.

—Yo no te he dicho que me tutees. —Me agarró de la barbilla obligándome a mirarlo—. Mírame cuando te hablo, zorra.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Para empezar, yo tampoco pedí venir aquí, pero mírame, aquí estoy. Y segundo… ¿tú me ves orejas y rabo para que me llames zorra?

—Según tú, te da igual que te muelan a palos o que te tengan encerrada en un cuartucho.

—Lo vas pillando. No creo que puedan hacerme mucho más: aquí hacen conmigo lo que les da la gana y, si me opongo, me hacen pagar el precio… ¿algo más que deba añadir?

—Me gusta —dijo otro hombre, que tampoco había visto—. La quiero para mí, Emilio, me lo debes.

—No te debo nada. Sal de mi despacho ahora mismo, Stuart. Acompáñalo a la puerta y vuelve aquí.

Stuart salió, y Emilio volvió su atención hacia mí.

—¿Por dónde íbamos, preciosa? Ah, sí… ¿te han hecho algo en el camino?

—Pregúntale a un tal H, él te lo puede contar mejor.

—Eres muy respondona, Charlotte. A partir de ahora te conviene portarte bien. Lo contrario podría ser un problema.

—¿Cuándo podré volver a mi casa?

—Preciosa… me temo que eso no ocurrirá. Tu casa ahora es esta.

Ahí me cayó la realidad como un ladrillo en la nuca. Nadie iba a venir con un lazo y sacarme por la puerta. Yo me había metido sola en el agujero, y ahora tocaba cavar o ahogarme.

Stuart regresó sin llamar. Se quedó mirándome, y no fue una mirada lasciva. Era lástima… y ternura, como si algo de él sintiera lo que yo estaba

sintiendo.

—Llévala al bar y no la pierdas de vista. Quiero que me informes si alguien la pide.

—Así será. ¿Me acompañas, Charlotte?

—¿Tengo elección? —pregunté. Él negó con la cabeza.

—Que Dios se apiade de ti, Stuart. —Rio Emilio desde su mesa.

Salimos del despacho. Él puso una mano en mi espalda para hacerme avanzar. El lugar se abrió ante mí: un salón grande, mesas, chicas sentadas con clientes, otras solas, algunas en la barra. El aire olía a perfume barato, sudor caro y desesperación envuelta en purpurina. Cada risa sonaba a obligación, cada copa a sentencia. Y a mí me tocaba encajar como si aquello fuera vida normal.

—Charlotte, ahora no puedo hablar, pero debes confiar en mí.

—Aquí no me fío ni de mi sombra. Mucho menos de alguien que no conozco.

—Lo sé. Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Solo te pido que te portes bien para que no te hagan nada.

Iba a contestarle, pero una mujer se acercó coqueteando con él.

—Hola, Stuart. ¿Nos vemos esta noche?

—No lo sé, preciosa. Ya te buscaré.

—¿Y quieres que confíe en ti? Eres igual que ellos.

Él no discutió. Solo señaló con la mirada a un hombre apoyado en la barra con un vaso en la mano.

—¿Ves a ese de ahí?

—¿Cómo no verlo? Con tíos así una olvida dónde está. —Solté una carcajada amarga.

—Ve y dile que te invite a una copa. Cuando vayas a por la segunda, pídele que te lleve a una habitación.

—Ah, no, ni loca. A mí no me toca nadie más.

—Confía en mí. Hazlo por ti.

Pero algo en su mirada hizo clic. Hubo un acuerdo silencioso que él no me explicó… pero que entendí. Inspiré, levanté la barbilla y caminé como si ese tugurio fuera mío. No sé de dónde saqué la valentía, seguramente del mismo sitio donde guardo las cagadas que hago sin pensar.

—Hola, buenas noches. ¿Me invitarías a una copa?

—Y a todas las que quieras, preciosa. ¿Qué vas a tomar?

—Lo mismo que tú. Seguro que es fuerte, y lo necesito.

Pidió dos whiskies. Me miraba como si ya me conociera.

—Eres una mujer de armas tomar —dijo con sonrisa traviesa.

—No, solo una intentando pasar el mal trago —respondí intentando sonar relajada—. ¿Vienes mucho por aquí?

Él se inclinó hacia mi oído.

—¿Te cuento un secreto? Solo he venido por ti. Pero shhh, no pongas cara de sorpresa.

Lo miré con escepticismo.

—Qué bonito te ha quedado. Pero no te creo.

—Me llamo Mateo. Tú eres Charlotte, ¿no es así?

Me tensé.

—¿Quién te dijo mi nombre?

—Lo pone en tu colgante.

Miré la cadena que llevaba al cuello.

—Claro… como a los perros, solo falta el bozal.

—No te lo tomes así.

Su compañía no era incómoda. Al contrario: se me hacía fácil, cálida… peligrosa. Era guapo, moreno, con canas que le quedaban insultantemente bien, ojos verdes que parecían ver más de lo que yo mostraba. Su sonrisa… joder, su sonrisa tenía algo hipnótico.

—¿Me vas a llevar a una habitación?

—¿Quieres que lo haga?

Tragué saliva.

—Quiero que me saques de aquí.

Me giré y mis ojos se cruzaron con los del Tuerto. Me había encontrado. Sentí un escalofrío que no vino del frío. Mateo me sostuvo por la cintura.

—Estás temblando. ¿Qué pasa?

—Me dijeron que esperara a la segunda copa, pero… por favor, seas quien seas, llévame a una habitación ya.

—Está bien. —Bebió su *whisky* de golpe—. Vamos.

Me tomó de la mano. Al pasar junto al Tuerto, rozó mi brazo con la yema de los dedos, y se me heló la sangre. Me la tenía jurada. Iba a buscar venganza.

Caminamos entre cortinas, un pasillo tenue, música suave, ambiente cargado. Relajante para cualquiera, menos para mí.

Mateo abrió la puerta.

La habitación era grande: cama redonda, espejos por todas partes, un mueble pequeño con vasos, otro armario grande, una puerta cerrada al fondo. Ese cuarto gritaba sexo por todas las esquinas. Si las paredes hablaran, seguro pedían terapia. Yo solo quería una salida, aunque fuera por una grieta en el suelo.

—¿Quieres otra copa? —preguntó acercándose al mueble.

—¿Quieres emborracharme? —negué.

—Ven, acércate. Quiero verte mejor, muñeca.

—Primero: no soy muñeca. Segundo: gradúate la vista, porque yo no pienso moverme —respondí mordaz.

Él soltó una carcajada suave.

—Relájate. —Rozó mi brazo con un dedo—. Estás muy tensa.

—Es lo que hay —respondí mientras él se sentaba en un diván y encendía música con un mando.

—Desnúdate, Charlotte. Quiero que bailes para mí antes de irnos a la ducha.

—¿Desnudarme? Si ya estoy prácticamente desnuda. Te repito: graduación urgente.

—Desnúdate —repitió sin levantar la voz, pero con firmeza—. Y mueve tu cuerpo despacio con la música.

—Yo no sé hacer eso.

Mentira. Una sabe moverse cuando la vida la zarandea lo suficiente. Solo necesitaba un empujón… o un *whisky* más, pero ahí estaba, temblando y con el corazón marcando el ritmo que el altavoz no daba.

—Sí sabes. Cierra los ojos, céntrate en la música y deja que salga.

Y contra toda lógica… lo hice. Me ardían las mejillas de vergüenza, pero también algo más caliente se deslizaba bajo la piel. Él ahí, camisa abierta, vaso en mano, piernas relajadas… desprendía algo peligroso y magnético.

Cerré los ojos. Moví mis caderas. Bajé un tirante del corpiño. Un pecho quedó al descubierto. Él carraspeó.

—Abre los ojos, Charlotte —ordenó, voz baja, ronca—. Y mírame.

Obedecí. Lo miré primero con vergüenza, luego con descaro. Él tragó saliva, llevó una mano al bulto de sus pantalones. Yo me relamí los labios. Me mordí el inferior. Bajé la tela que quedaba hasta quedarme completamente desnuda.

Me acerqué. No sabía qué me pasaba. Mi mente decía que no. Mi cuerpo decía que sí. Me arrodillé ante él, le quité el cinturón, desabroché el pantalón, bajé la cremallera. Toqué su miembro con los dedos y él se estremeció. Yo también.

—Lo siento… no quiero hacerlo, pero no puedo parar.

—Yo tampoco quiero que lo hagas… pero tampoco quiero que pares —susurró en mi oído.

Era como meter la mano en fuego sabiendo que quema. Pero algo en él tiraba de mí, una mezcla peligrosa de necesidad, refugio y condena. El cuerpo decidió por mí mucho antes que la cabeza.

—Desnúdame —pidió levantándose.

Lo hice despacio, observándolo como si fuese una estatua griega. Cuando la ropa cayó, él se inclinó para susurrarme al oído, pidiéndome perdón. Quise apartarme, pero me agarró por las nalgas, acercándome más a él.

Y ya no hubo lugar para pensar.

Capítulo 16



Charlotte

—Vamos al baño, quiero hacerlo en la ducha.

—Ya empezamos con las rarezas.

Me tomó de la mano y entramos. Abrió el grifo, dejó correr el agua y, cuando estuvo tibia, nos metimos. Entonces empezó a lavarme con cuidado, casi como si temiera hacerme daño.

—Por si no lo sabes, ya me duché antes, y a conciencia.

—¿Y estas marcas, Charlotte? —preguntó rozándolas con la yema del dedo.

Con cada marca que tocaba, me parecía que me estaba leyendo la piel como un libro que no sabía contar en voz alta. Yo no quería hablar y él no quería mirar, pero ahí estábamos, tragándonos la realidad a cucharadas.

—Digamos que unas son cicatrices de guerra y otras de cabezonería. El pack completo.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Eso no importa ahora. Has venido a follarme, pues cuanto antes acabe, antes me acuesto.

—No seas ingenua. Si simplemente «acabara» contigo, te mandarían con otro cliente. —Me quedé muda—. Tranquila. He pagado toda la noche contigo. Ahora escúchame: no seas brusca, puede que nos escuchen. O incluso tengamos cámaras. Por eso estamos aquí.

—¿Cámaras escuchando y mirando lo que les hacen a las chicas? ¿En serio?

—Me temo que sí. Acércate más y actúa como si me acariciaras. Soy detective, amigo de Liam. Él me pidió personalmente que te encontrara.

—¿Me estás diciendo la verdad? —asintió acariciándome la cara.

—Stuart, el que te ha traído hacia mí, es del FBI. Lleva tiempo infiltrado.

Me quedé mirándolo como una idiota, con el cerebro intentando arrancar. Vamos, que si me dice que Stuart también es astronauta de la NASA, me lo creo igual. En ese sitio ya no sabía qué era verdad o mentira.

—¿Me estás hablando en serio? —susurré, con la garganta seca.

Me entraron ganas de reír y llorar a la vez. Era como meterme de golpe en una película cutre de espías cuando yo bastante tenía con intentar seguir respirando.

—Llevo viniendo toda esta semana porque me dijeron que iban a traer chicas nuevas. Teníamos la esperanza de que una fueras tú y, como ves, ha habido suerte.

—¿Y cómo saldré de aquí? Nos vigilan hasta cuando parpadeamos.

—¿Quién es el que te miraba con cara de asesino? ¿Lo conoces?

Solo con recordar su mirada se me erizaba la piel, y no en el buen sentido. Ese hombre olía a peligro, a obsesión, a algo que yo no quería volver a ver ni en sueños.

—Le dicen el Tuerto. El primer día intentó obligarme a algo y yo no lo permití… me defendí, digamos.

—¿Defenderte cómo?

—Digamos que no olvida lo que hice. Y quiere vengarse.

—Madre mía… contigo mejor llevarse bien.

—Mateo, antes de salir… ¿sabes algo de Ava?

—Se escapó. La última vez que hablé con Liam estaba aún en el hospital, pero nada grave.

Le di las gracias al oído. Salió de la ducha primero, se puso una toalla en la cintura y me ayudó a salir, secándome con cuidado. Y mira tú por dónde, me temblaron las piernas. No por sexo: por sentir un trato que no dolía.

—Tengo que follarte, Charlotte. Si no, esto no sería creíble.

—Bueno, al menos contigo sé que me gustará. —Vi cómo apretaba los puños.

Me cogió en brazos, llevándome a la cama. Me puso bocarriba, apartando un mechón de pelo de mi cara. Me preguntó si quería juguetes y le dije que en ese momento no.

Se inclinó hacia delante y me dijo que no podría ser suave. Le contesté que me daba igual. Me dobló las piernas, abriéndolas, y empezó a lamer mi clítoris. No fueron movimientos suaves, sino rudos. Me hizo pedirle más y más rápido hasta que me corrí.

Se quedó encima de mí y me habló al oído.

—Dios, Charlotte… qué pena haberte conocido en estas circunstancias. Eres muy receptiva… me gustaría follarte a mi manera.

—¿Te ha faltado algo? ¿No he estado a la altura?

—¿Cómo puedes pensar eso? Para nada. Simplemente me gusta ser más dominante, ¿me explico? Pero no quería asustarte.

—Como un libro abierto. Bueno… quizás si me lo hubieras pedido. Mira, Mateo… llevaba mucho tiempo sin tener relaciones con nadie. No me esperaba esto que me está pasando. Sé que, en parte, es culpa mía —me miró sorprendido—, pero te puedo decir que me han destrozado por dentro, aunque contigo haya disfrutado.

—Lo siento, pero has de ser fuerte. Te lo pido, por favor.

—Lo intentaré.

No puedo decir que lo pasé mal, porque me mentiría a mí misma. El tiempo que pasé con Mateo fue como estar fuera de ese lugar. Como si nos conociéramos de toda la vida.

Nos metimos de nuevo en la ducha. Era el único sitio donde podíamos hablar sin que nos escucharan, si era el caso.

—Me gustas mucho, Charlotte, y he de preguntarte algo: ¿tienes algo con Liam? Porque si no es así, me gustaría conocerte cuando salgas de aquí.

—No, no tengo nada con él, pero sí sentimientos. Mateo… me atraes mucho, pero mi corazón le pertenece a él.

—Tenía que intentarlo. Vendré a verte cada vez que pueda. Haz caso a Stuart y, por favor, pórtate bien. No quiero llegar y ver tu cuerpo magullado más de lo que está.

—Eso no te lo puedo prometer… soy muy impulsiva.

—Le pediré a Stuart que me lleve a hablar con Emilio. Te pediré en exclusividad para que nadie te pueda tocar. Te sacaremos pronto de aquí. Confía en mí.

Confiar era un lujo, y yo ya no estaba para lujos. Pero había algo en él que me bajaba la guardia sin pedir permiso. Esa era mi debilidad… y también mi fuerza.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Si está en mis manos, lo haré.

—Dame un abrazo bien fuerte. —Cuando lo hizo, se me escaparon las lágrimas—. Gracias. Y por favor… di que estoy bien. No cuentes cómo tengo el cuerpo.

No quería llorar, joder, pero me deshice. Como si se me rompiera el pecho por dentro.

—No diré nada. Tranquila. Pero por favor, sé una niña buena. —Me dio un beso rápido en los labios.

Cuando regresamos al bar, lo primero que hice fue localizar a ese idiota del Tuerto. Estaba en su rincón, observando como si esperara que me derrumbara. Era como tener un buitre merodeando, esperando un tropiezo. El estómago se me revolvió solo de verlo.

—Aún está ahí, Mateo. Y la mirada que me está lanzando no me gusta nada.

Mateo habló con el camarero, después pareció mandar un mensaje con su móvil. Yo estaba sentada entre sus piernas cuando apareció Stuart.

—¿Hay algún problema? ¿Charlotte?

—Esta vez no he hecho nada, que conste —le dije, levantando las manos.

—Quiero hablar con el jefe, pero no quiero dejarla sola. Ese hombre me da mala espina —dijo Mateo.

—Llamaré a una chica para que se quede con ella mientras hablas con Emilio. Lo que él decida, se hará. Más no puedo —respondió Stuart.

—Me vale por ahora. Nos vemos en un rato, preciosa. —Me dio un beso rápido en los labios.

Y sin querer, se me encogió el corazón. Una tontería, lo sé. Pero allí dentro, que alguien dijera que volvería a verte era casi como escuchar: «no te dejaré sola».

Miré hacia la esquina: el Tuerto me guiñó un ojo, relamiéndose. Qué asco. Me daban ganas de vomitar.

Apareció una chica por una puerta cerca de la barra y me pidió que la siguiera. No me dio su nombre, y yo tampoco lo iba a pedir. Siempre era yo la que tenía que iniciar una conversación.

Entramos en una sala con sillones y una mesa larga en medio. Había otra más pequeña con cafeteras, una bandeja con canapés y un frigorífico pequeño.

—Quédate aquí hasta que vengan. Si tienes hambre, hay comida en la nevera. Y algo más… —me sonrió—. Por cierto, me llamo Susi.

—Gracias, Susi. Yo soy Charlotte. Y no te preocupes: no pienso moverme —sonreí, y ella se marchó.

Abrí la nevera. Cogí una cerveza. Me la merecía. Me comí la mitad de los canapés sin saber ni qué eran, pero estaban deliciosos.

Pensé en Mateo y en eso de la exclusividad. Ojalá, Emilio, dijera que sí. No quería volver sola al salón. Ese cerdo estaba decidido a vengarse.

También pensé en Ava. Me alegraba que escapara… y al mismo tiempo me dolía. Era como si se mezclaran orgullo y culpa en un mismo latido. Yo allí dentro, hecha polvo, y ella fuera libre. Ironías de la vida.

No sé cuánto tiempo pasó. Tal vez cuatro cervezas. O cinco. El plato vacío. La cabeza más ligera.

Entonces la puerta se abrió de golpe.

—Tú. Levanta. A trabajar.

Era un hombre que no conocía.

—No. A mí me han pedido en exclusividad.

—Qué graciosa. —Emilio apareció detrás—. Aquí nadie tiene exclusividad si yo no lo digo. Cuando entra carne nueva, se comparte con varios. Andy, llévala.

—No. Por favor. No me haga volver allí.

—Aquí no decides nada, niña. Si digo «sala», es sala.

Se fue murmurando cosas que preferí no oír.

Andy me tomó del brazo, con una dureza innecesaria.

—Oye, que me haces daño —protesté.

—No seas exagerada. Camina.

—Si me quisieras imponer algo, no te saldría bien —repliqué, manteniendo la voz firme.

Se rio, sin detenerse. Abrió una puerta y me empujó dentro.

Y algo no cuadraba.

Esa alarma interna, esa punzada en la boca del estómago… esa intuición que nunca falla. Algo no estaba bien. Y yo, que nunca he sido adivina, supe que algo estaba a punto de pasar. Siempre lo sé. Nunca me falla.

Capítulo 17



Charlotte

—Después te llevaré; antes tienes que atender a una visita.

—No, llévame ahora —repetí, porque no me daba la gana callarme.

—Cállate, o te hago callar.

—Pues inténtalo, anda.

—Oye, oye… —dijo una voz que me heló el alma.

No. Imposible. Ese tono yo lo conocía demasiado bien. Era como si alguien apagase todas las luces dentro de mí de golpe. El Tuerto.

¿Cómo demonios había entrado allí? Esa era una zona restringida. Y aun así, estaba delante como si fuera dueño del lugar.

—Me debes un favor, y bien grande, Tuerto —dijo Andy, el otro—. Pero quiero más dinero.

—Tendrás lo que pediste. A mí déjame con ella.

Mi cuerpo entero se tensó. No pensé, no respiré, no existí por unos segundos.

Acabé de rodillas frente a ellos. No sé si por orgullo o por puro reflejo, pero me escapó la ironía.

—No es mi mejor postura, pero bueno, aquí estamos.

No llegué a terminar la frase. Sentí un golpe lateral que me dejó sin aire. No fue en la cara, gracias a Dios. Pero igual me mareó.

—Ni se te ocurra tocarle la cara —le dijo Andy—. Yo no quiero líos.

—No pienso pedir permiso.

Estuve tentada de quedarme callada. Lo intenté. Te juro que lo intenté. Pero cuando estás hecha de rabia, cualquier chispa arde.

—Cualquier día te tiran a un vertedero y ni los gusanos querrán comerte —le solté.

Demasiado tarde.

Mi espalda chocó con la pared y el aire me abandonó. El pecho y los hombros se tensaron como si ya no fueran parte de mí.

Quise respirar. No podía.

Y entonces lo último que me quedaba decidió traicionarme: la lágrima que no quería salir, salió.

Era como si alguien hubiera apagado todo menos una sensación general: dolor, mareo, desconexión. No recuerdo golpes, no recuerdo posiciones. Solo recuerdo que mi cabeza decidió irse. Como si todo eso estuviera pasando en otra habitación, a otra chica, en otra vida.

Era mi cuerpo, sí, pero yo ya no estaba ahí dentro.

Lo único que tenía era un pensamiento torpe: Liam. Él no tenía ni idea de que su nombre era mi ancla. Tenía cola de cometa atada al corazón. Cada vez que pensaba en él, me sujetaba. Cuando cerraba los ojos y no sabía si iba a abrirlos, lo veía a él, porque era lo único que me mantenía viva.

Y en ese momento entendí que la mente te salva cuando nada más puede. El cerebro es más sabio que uno mismo. Cuando no puedes soportar algo, te corta el cable. No decide por ti, decide por tu supervivencia. Apaga el dolor, apaga los sentidos, apaga todo lo que te haría gritar. Y te deja allí, flotando, como una sombra.

No sé cuánto tiempo pasó ni qué hicieron. Solo sé que cuando recuperé algo de conciencia estaba en el suelo, encogida, con el cuerpo gritando por dentro, sin voz para pedir auxilio.

Escuché voces.

—Llama a alguien ya.

—Esto no es para llamar a alguien. Esto es para llevarla a un hospital.

Era Stuart. Mi cerebro lo reconoció antes de procesar el nombre.

Intenté hablar, pero no podía abrir la boca sin que me temblara todo. Quise taparme la cara por miedo a haber perdido dientes. No sé ni cómo levanté los brazos.

Quise gritarle que no me dejara morir. No salió nada.

—Charlotte, mírame —dijo él, cerca, demasiado cerca—. No te duermas.

Quería obedecerlo, juro que sí. Pero era como pedirle a un cuerpo sin batería que moviera una pierna. Como querer levantar un edificio empujándolo con un dedo. Yo escuchaba, pero mi cuerpo ya no respondía. Era como ver una película dentro de mi propio pecho.

Vomité. No era solo líquido; había sangre.

Stuart gritó. Yo apenas lo escuché. Era como si me hablaran bajo el agua.

El médico entró. Escuché palabras sueltas, apagadas: *«debería ir al hospital»*, *«no puede salir de aquí»*, *«haz lo que tengas que hacer»*.

Me cargaron como si fuera una muñeca rota. Me metieron en un coche.

Escuché a Stuart hablar con alguien por el manos libres. Mateo. Nombre conocido. Voz conocida. No entendí todas las palabras, pero sí una frase:

«Está muy mal, vente ya.»

Y eso fue lo único que me mantuvo en la superficie.

—No te duermas, Charlotte. Respira. Respira.

—No quiero morir… —susurré. O creí susurrarlo. Ya no sé.

—No vas a morir, ¿me oyes?

Ojalá yo pudiera asegurarle lo mismo.

El coche frenó. Todo era ruido. Me movieron como si no pesara nada.

Escuché risas. Bromas. Palabras que no quiero recordar.

Y Stuart, fingiendo. Fingiendo para que no sospecharan.

—Solo dame un momento —dijo—. No quiero espectadores.

Los pasos se alejaron.

Y entonces supe que él me estaba salvando.

—Mateo viene ya. Aguanta. Por favor.

Intenté hacer un esfuerzo. Respirar. Mantener los ojos abiertos. Sentir algo. Sobrevivir no es heroico. No es épico. No hay fuegos artificiales. Es respirar aunque te duela. Es abrir los ojos cuando pesan como cemento. Es no rendirte cuando todo tu cuerpo ya se rindió. Es aferrarte a un nombre, a un recuerdo, a un latido, y decir: «todavía no».

Yo no era santa ni pretendía serlo. La venganza no es bonita, no es digna, no es moral. Pero a veces es justicia disfrazada. A veces lo único que te queda es desear que el monstruo caiga, aunque sea con tus últimas palabras.

Le pedí un favor. Uno que nunca pensé que pediría: que matara a los que me hicieron eso. No hay perdón para monstruos. No hay redención. Hay justicia, aunque sea fea.

Y él lo juró. Me besó la frente como si fuera algo delicado.

Luego llegaron las manos de otros. Como si levantaran un saco y lo tiraran.

El aire desapareció. No sentí tierra. No sentí impacto. Solo escuché un sonido seco.

Y entonces… oscuridad.

Capítulo 18



Liam

Estaba en mi despacho cuando recibí una llamada de Mateo, pero jamás imaginé lo que iba a escuchar.

—Hola, Mateo. ¿La has visto?

—Sí, la vi anoche… Escúchame, Liam: te voy a mandar una ubicación. Es donde se han llevado a Charlotte.

—¿A dónde carajo se la han llevado, Mateo?

—No puedo contártelo ahora. El tiempo corre en su contra. Yo ya voy para allá. Lleva una ambulancia, Liam. —Me colgó antes de que pudiera decir algo más.

Me quedé mirando el móvil como si pudiera darme otra respuesta. Como si, por arte de magia, pudiera obligarlo a explicarse. El silencio me golpeó en el pecho como un puñetazo. Era ese tipo de silencio que se pega a la piel, que te arranca el habla, que no te deja reaccionar con lógica. No era miedo, era otra cosa peor: urgencia, necesidad, ese pulso interno que te grita sin palabras que alguien que te importa está a punto de perderlo todo.

—Levi, nos vamos. ¡Pero ya!

—¿Pasa algo, Liam?

—En el camino te lo cuento.

Mientras corría hacia el coche, le envié la ubicación a Levi.

—Llama a una ambulancia. Te mandé la ubicación. No hay tiempo.

—¿Qué está pasando, Liam? Esta ubicación…

—¡Que llames a la ambulancia, joder!

No debía gritarle, pero el tiempo nos estaba matando. No entendía qué podía haber pasado. Stuart debía vigilarla. Mateo tenía un plan. Nada cuadraba.

Ni estrategia, ni calma, ni razonamiento. En ese momento solo contaba llegar. Todo lo demás podía hundirse, pero ella no. Ella no.

Treinta minutos. Treinta malditos minutos. Una eternidad.

Iba conduciendo, pero la cabeza no estaba conmigo. Cada kilómetro era un peso, una condena. Intentaba no imaginar nada, pero cuanto más lo evitaba, más imágenes aparecían: Charlotte sola, Charlotte asustada, Charlotte sin poder defenderse. Y yo lejos. Siempre lejos. Me juré que si llegaba a tiempo, nunca más volvería a fallarle.

Había fallado muchas veces, en muchas cosas, pero ésta no era una más. Esto era vida o muerte, esto era amor, esto era algo que me iba a perseguir si llegaba tarde.

El volante me sudaba entre las manos. Cada semáforo que me saltaba era un recordatorio de que podía ser demasiado tarde.

—La ambulancia está llegando… tranquilízate —dijo Levi.

—¿Cómo me pides eso? Está destrozada. Necesito llegar.

—Llegarás. Podrás decirle lo que tengas que decirle.

A lo lejos vi las luces de la ambulancia. Frené tan brusco que Levi casi se estrelló contra el parabrisas. Bajé del coche y corrí. Vi a Mateo. Lo veía como desde un túnel, como si mi cabeza estuviera atrasada respecto a mis piernas.

—Liam, espera. —Me sujetó por los brazos—. No te va a gustar verla.

—Dime que no he llegado tarde.

—No puedo decírtelo porque no lo sé. La están subiendo… pero, Liam, ya estaba muy mal antes de eso.

—¿Y el que debía protegerla?

—Hizo lo que pudo. No podía descubrirse. Sabes cómo funciona esto.

Lo sabía. Y aun así dolía escucharlo.

Cuando la vi en la camilla, se me cortó el aire. No era ella, era una silueta vendada, heridas que no distinguía, respiración trabajosa. Quise correr hacia ella y al mismo tiempo quise escapar. Una parte de mí pedía avanzar, otra se negaba, como si no pudiera procesar lo que estaba viendo. No sabía que se podía sentir tanto dolor sin siquiera tocarte.

—Está muy mal, pero viva. Tenemos que irnos ya —dijo uno de los paramédicos—. No podemos perder tiempo.

—¿A qué hospital?

—Al General.

Levi me agarró del brazo.

—Voy a conducir yo. Tú no estás en condiciones.

Mateo subió a su coche.

El camino fue eterno. Cada imagen reviviendo lo que podía haber pasado me martillaba el pecho.

—Cálmate, Liam —intentó Levi—. No vas a ganar nada así.

—No lo entiendes. Nunca le dije lo que siento.

—Se lo dirás.

Llegamos. Corrí detrás de la camilla, pero me cortaron el paso.

—Señor, no puede pasar. Debe dar sus datos y esperar.

—Soy del FBI. Tengo que estar presente.

—Y yo soy enfermera —respondió—, y necesito que salga.

Levi me llevó a dar los datos. James llegó casi al mismo tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmado.

—Lo que tu novia deseaba que le pasara. —Disparé sin pensar.

—Liam, no digas eso. Ava no lo dice en serio. Está rota.

—Lo sabes tan bien como yo.

—No, ¿qué coño dices?

—Cuando Ava desapareció, la culpaste. La abandonaste. Y ahora…

—Vamos a calmarnos —intervino Mateo—. Lo importante es Charlotte.

Y tenía razón. Podíamos matarnos a reproches, pelear, tirarnos culpas, pero nada de eso tenía valor ahora. Nada era más grande que Charlotte.

—Lo siento —dije hundiéndome en una silla—. Solo quiero verla.

—Yo también lo siento —contestó James.

—Esto no es culpa de nadie. —Escuchamos.

Ava. Aún débil, pero firme.

—Charlotte es mi amiga. Y dije cosas que no eran justas. Lo siento.

Levi llegó.

—¿Nos peleamos con el celador ahora? —bromeó con humor negro.

Una carcajada nerviosa nos explotó a todos.

—Familiares de Charlotte Smith —llamó un médico.

Me puse de pie.

—Soy su pareja. ¿Cómo está?

Ese segundo sin respuesta fue una tortura.

—Soy el doctor Campbell —dijo—. Ha recibido muchos golpes. Y algunos no son recientes. La caída empeoró la situación.

—¿Qué quiere decir?

—Las próximas setenta y dos horas son decisivas. Hemos tenido que intervenir en varias zonas: cabeza, cadera… y ha sufrido abusos muy severos. Eso también ha dejado lesiones internas. Aún no sabemos si habrá repercusiones futuras. Pero está viva.

Sentí hielo en las venas.

—¿Puedo verla?

—En cuanto la estabilicen.

No sabía si temblaba, si me faltaba aire, o si simplemente el cuerpo se rindió. Solo sé que dejé de poder sostenerme.

Salí del despacho. Las piernas se me doblaron. Me dejé caer y lloré. Como no había hecho nunca. No pude sostener nada. No pude fingir fuerza. Por primera vez me permití romperme.

Una enfermera se acercó.

—¿Está bien?

—Solo necesitaba desahogarme.

Respiré como pude, me limpié la cara, y me obligué a caminar. Ella estaba luchando; yo también tenía que hacerlo. Regresé a la sala de espera.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Levi.

—Que la han dañado más de lo que imaginamos —respondí, la voz rota.

Mateo palideció.

—¿Después de estar conmigo…?

—No lo sé. Pero dime algo: ¿te acostaste con ella?

—No me vengas con esas. Ella lo aceptó. Era la única forma de acercarme. Sabes cómo trabajamos.

Quise pelear, pero el corazón ya estaba demasiado herido para buscar nuevos golpes.

Una enfermera apareció.

—¿Liam?

—Yo.

—Puede verla. Solo unos minutos.

Entré. La sala olía a desinfectante y silencio.

Era ella. Pero tampoco era ella.

Ese segundo se clavó como marca de hierro. Una imagen que no se olvida aunque uno viva mil años más. Vendajes. Máquinas. Cables. Respiración

frágil.

Me acerqué y le tomé la mano con un cuidado absurdo, como si fuera cristal.

—No voy a parar hasta encontrar a quienes te hicieron esto —susurré—. Te lo juro.

Le acaricié la frente con la yema de los dedos, apenas rozando.

—Vuelve conmigo, Charlotte… No me dejes aquí. No sabes lo importante que eres para mí. No sabes cuánto te necesito. Si supieras lo que me sostuviste sin saberlo… lucharías conmigo. Te juro que lucharías.

Y ahí, con ella inconsciente, por primera vez me sentí vivo. Porque ahora sabía exactamente qué tenía que hacer.

Capítulo 19



Liam

Los días pasaban. Me estaba dejando la piel en el caso de Charlotte. Ella seguía en la UCI, pero despierta. Costó diez días exactos que lo hiciera… diez días en los que iba en cuanto el horario me lo permitía. Diez días en los que no dejé de hablarle de nosotros, de cuando era una adolescente, de cómo se escondía para mirarme cuando creía que yo no la veía.

A veces pensaba que estaba hablando solo, que mis palabras se quedaban flotando en aquella habitación llena de pitidos y luces. Pero me daba igual. Hablarle era como recordarme a mí mismo por qué coño seguía luchando. Ella respiraba, aunque fuera despacio, y mientras respirara, yo no pensaba moverme de su lado.

Esos días me dediqué en cuerpo y alma a ella. A recordarle quién era, a qué se dedicaba, lo que le gustaba hacer. Unos días leía un libro para que me escuchara; otros poníamos la música que tanto le gustaba; y otros, simplemente, le cantaba. Aunque cantar, lo que se dice cantar… nunca fue lo mío, pero era lo único que me hacía sentir que estaba cerca de ella.

El día que despertó no se me olvidará en la vida, porque me tuve que reír a carcajadas.

Recordando ese momento…

—Cantas muy mal, que lo sepas —me dijo con la voz ronca.

—¡Charlotte! ¿Estás bien? —Se encogió de hombros—. Ahora me cuentas; voy a llamar al médico.

Me asomé a la puerta y avisé a una de las enfermeras de que se había despertado.

—Tengo sed, Liam.

—Tenemos que esperar a que venga el médico.

No tardó mucho en aparecer. Él mismo le ofreció agua, le preguntó cómo estaba, si le dolía algo, si recordaba lo que había pasado. Yo tenía la esperanza de que no recordara ese episodio… pero sí, lo recordaba.

—¿Me puedes dejar a solas con ella? Tengo que reconocerla.

Salí fuera. Estaba trasteando con mi teléfono cuando escuché un grito desgarrador… y luego un llanto. Fui a entrar, pero la enfermera me lo impidió. Sabía perfectamente por qué estaba así. Y yo necesitaba entrar para decirle que todo iba a estar bien.

Pero cuando por fin pude hacerlo… no solo me echó de la habitación, sino que me dijo que no quería volver a verme en su vida. Salí sin entender nada. O sí… la entendía demasiado bien. Cuando la vida te aplasta, lo único que quieres es empujar lejos a quien te importa, como si así doliera menos. Pero aun sabiendo eso, joder, cómo dolieron esas palabras. Me ardieron por dentro como si me hubieran dado un puñetazo directo al pecho.

En la actualidad…

Estábamos Evelyn y yo esperando la hora para poder entrar. Nos habíamos encontrado en la puerta del hospital.

—¿Cómo la ves? Sentí mucho tener que irme de viaje, pero no podía cancelarlo.

—No lo sientas, Evelyn. La vida tiene que seguir para todos. No podemos parar las obligaciones.

—Tienes razón… pero me hubiera gustado estar más tiempo con ella. Bueno… cuéntame, ¿cómo está?

—No sé qué decirte. Aún no me deja entrar. Solo la veo a través del cristal. Lo único bueno es que tiene mejor color de cara. Eso sí: en cuanto me ve llegar, se da la vuelta hasta que me voy. Según los médicos, su evolución es muy buena. Pronto la pasarán a planta.

—¿Qué le pasa a esa mujer por la cabeza? ¿Aún no sabe todo lo que has hecho? Hablaré con ella.

—No, no le digas nada. Sé que ha sido muy duro para ella enterarse de que no podrá ser madre.

—Eso es cierto… ¿sabes?, siempre soñó con formar una familia: tres o cuatro hijos. Y siempre decía que el padre tenías que ser tú. —Esas palabras me hicieron sonreír—. Pero yo no te dije nada. Venga, vamos, que ya están dando paso.

Cuando llegamos a su habitación, la vi medio sentada en la cama. Eso ya era un avance. Tenía el pelo recogido y una horquilla de corazón puesta de cualquier manera.

—Mírala, Liam… hasta con esa horquilla tan infantil está preciosa.

—Ella es preciosa hasta con la cara llena de churretes. —Reímos.

—¿No entras? —Negué con la cabeza—. Voy a hablar con ella.

—Evelyn… —Me miró por encima del hombro—. No le digas nada.

Cuando Charlotte vio entrar a su amiga, se le dibujó la sonrisa más bonita del mundo. Una sonrisa que le salía del alma, y que desde que despertó… no se la había visto hasta ese momento. Miró hacia el cristal, como siempre hacía. Aguantó mi mirada un segundo y, como de costumbre, se dio la vuelta.

Miré a Evelyn y sonreímos. Pero yo no me iba a ir. Y no iba a dejar de venir mientras el trabajo me lo permitiera.

—¿Aún no te deja entrar? —Escuché a mi lado.

—Hola, doctor Campbell —sonreí—. No, aún no soy digno de la princesa.

—Me gusta ver que te lo tomas con humor.

—No me queda otra… ¿Saben ya cuándo la pasarán a planta?

—Si sigue así de bien, la próxima semana.

—Me alegra oír eso. Hasta ella se va a alegrar.

—Seguro que sí. Bueno, he de dejarlo. Cuídese.

Me despedí y volví a mirar al cristal. El móvil vibró en mi bolsillo: era Levi.

—Dime, Levi. ¿Tenéis algo?

—Stuart ha desaparecido. Hace una semana que no va por el piso.

—¿Cómo lo sabes?

—Mateo me ha llamado. Un día o dos es normal, pero una semana… Anoche estuvo en el club y tampoco lo vio. El camarero dice que no ha vuelto desde que tuvo la bronca con Emilio.

—¿Dónde estás? —pregunté, haciéndole a Evelyn un gesto de que me marchaba.

—En mi despacho. Con Mateo.

—Vale, voy para allá. Estoy saliendo del hospital. —Colgué.

No me gustaba nada escuchar la palabra «desaparición» y «Stuart» en la misma frase. Llevaba dos años siendo la mano derecha de Emilio. Antes de eso, se infiltró de camarero, como el compañero que aún lo sigue siendo. Ascendió después de salvarle la vida. Desde entonces era sus manos y sus ojos.

Emilio, mexicano y amigo íntimo del colombiano, se dedicaba al tráfico de drogas y mujeres. Según Stuart, él trataba «algo mejor» a las mujeres que el colombiano… y si eso era «mejor», no quería ni imaginar lo otro.

Llegué y dejé el coche en la misma puerta. Subí directo al despacho de Levi, abriendo sin llamar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, ignorando a Mateo. Desde lo de Charlotte, nuestras palabras quedaron cruzadas.

—Mejor que te lo cuente Mateo —respondió Levi.

Me tragué el orgullo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. Anoche pasé por el club porque no daba señales. Llegué y se me hizo raro no verlo en la barra. Pregunté a Luis y me dijo que no lo ve desde el lunes.

—¿Qué piensas, Liam? —preguntó Levi.

—Una de dos: o lo han descubierto… o está haciendo algo para ese cabrón. ¿Él también está desaparecido?

—No. Ese está allí todas las noches.

—Bien. Haremos esto: esperamos hasta el jueves. Si para entonces no aparece, Levi te acompañará al club y echáis un vistazo.

—De acuerdo —respondió Mateo—. Levi, te recogeré a las ocho. Ponte guapo. —Le guiñó un ojo.

—¿Hasta cuándo vas a estar así con él? —preguntó Levi cuando se fue—. Es uno de tus mejores amigos.

—No debió traspasar esa línea.

—No me jodas, Liam. ¿Cuántas veces hemos traspasado líneas prohibidas por el trabajo?

—No estamos hablando de nosotros.

—¿Te recuerdo cuando tuviste que acostarte con Emma? Tenía novio, un compañero nuestro. ¿Pasó algo?

—No es lo mismo.

—Claro, porque no era tuya. Pero bien que le explicaste luego cómo funcionan las infiltraciones. Además, hasta donde sé, tú y Charlotte no sois pareja.

—¿De qué parte estás? ¿De él o de mí?

—De la cordura. Y tú, ahora mismo, no la tienes.

Salí dando un portazo… intentando no gritar. Necesitaba aire, pero incluso el pasillo del edificio olía a encierro. Todo el mundo hablaba, caminaba, tecleaba… pero yo estaba atrapado en mi propia cabeza. Entre Charlotte que no quería verme, Stuart desaparecido y Mateo haciendo equilibrios en la cuerda floja… sentía que todo se me resbalaba entre los dedos. Y odiaba esa sensación más que cualquier otra.

—¿Mal día, Miller? La puerta no tiene la culpa, ¿eh? —me dijo Logan con una ceja arqueada.

—Si te digo que no pensaba que se iba a cerrar así, no me crees. Así que sí: mal día.

—Vente a mi despacho. Café de máquina y me cuentas.

Nos sentamos. El café sabía a rayos, pero se agradecía.

—Tenemos que terminar con esto, Liam. No podemos permitirnos bajas. Hay que dar con Stuart.

—El jueves irán Levi y Mateo. Hasta entonces, no adelantemos nada.

—¿Cómo sigue tu amiga? ¿Aún en la UCI?

—Mucho mejor. La semana que viene la suben a planta.

—¿La quieres mucho? —me soltó, dejándome descolocado.

—Es importante para mí. Claro que la quiero.

—Hijo… eso decía yo de mi mujer. Pero a uno no le brillan los ojos por una amiga como te brillan a ti.

—Me voy. Tengo un montón de papeles por archivar.

—Ja, ja, ja, huir es de cobardes.

—O de valientes. Quién sabe. —Salí escuchando su carcajada.

Capítulo 20



Charlotte

No sé qué hubiera sido mejor: haber despertado, seguir durmiendo o haberme muerto aquel maldito día. Ese en el que mi vida cambió por completo. Cuando el doctor me contó todo lo que me habían hecho y lo que había provocado en mi cuerpo, la idea de no poder tener hijos… no entraba en mi cabeza. Era demasiado grande, demasiado cruel para procesarlo.

Sentía como si alguien hubiera apagado todas las luces de golpe dentro de mí. No sabía si quería gritar, romper algo o desmayarme otra vez. Era como llevar un peso en el pecho que no dejaba pasar ni una sola bocanada de aire en condiciones. Y aunque tenía a medio mundo a mi alrededor diciéndome que respirara… yo juraría que me estaba desmoronando por dentro. Era como si intentara caminar dentro de una niebla espesa. Nada tenía forma. Nada tenía sentido. Y lo peor de todo es que no sabía cómo salir de ahí.

Pagué toda mi furia con él. Con Liam. El que había estado a mi lado mientras dormía. Evelyn me contó que venía todas las veces que lo permitían, que se sentaba a mi lado, que me leía, que me hablaba… pero yo no lo oí. Me habría gustado decir que sentía consuelo al saberlo, pero no sentía nada. Estaba vacía, como si mis emociones hubieran quedado atrapadas en algún lugar al que no tenía acceso.

Recuerdo el día que desperté: me estaba cantando. Antes de abrir los ojos, esperé un segundo más. No es que cantara especialmente bien, pero oye… tenía su cosa.

Cuando los abrí, se lo solté sin pensar:

—Cantas muy mal, que lo sepas —dije con una voz que ni reconocía como mía.

—¡Charlotte! ¿Estás bien? —preguntó preocupado y al mismo tiempo alegre—. Ahora me cuentas. Voy a llamar al médico.

—Tengo sed, Liam. —Tenía la boca seca como un desierto.

—Tenemos que esperar a que venga el médico.

Y eso hicimos. Cuando el médico entró, a él lo echaron fuera para reconocerme. Pero jamás imaginé que me iba a encontrar con la peor de las noticias: la de que las lesiones internas podrían impedirme tener hijos.

Sentí como si me hubieran arrebatado algo que jamás podría recuperarse. Me quedé mirando un punto fijo, sin poder reaccionar. Como si mi cerebro hubiera decidido apagarse para no sentir. Me lo habían quitado todo: mis sueños… y al hombre al que amo. Tampoco sabíamos cómo iban a quedar mis piernas.

Antes de irse, el médico le pidió a la enfermera que no dejara entrar a Liam, al menos hasta que yo pudiera procesar lo que estaba escuchando. No quería ver a nadie. Él me suplicó que lo dejara pasar, pero me negué totalmente. Le pedí que no volviera más, aunque le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. No era odio. Era miedo. Miedo a que él se quedara atrapado en mi ruina, a que me quisiera por compasión y no por elección.

Ahora solo tenía una meta: recuperarme y acabar con los dos que me destrozaron la vida.

Estaba leyendo un libro cuando lo vi. Otro día más. Venía todos los días pese a que yo me daba la vuelta para no verle. Se quedaba hasta que terminaba el horario de visitas, sin fallar ni una. Hoy venía con Evelyn. Hacía días que no la veía; José me dijo que estaba de viaje.

—¿Puedo pasar? —preguntó sonriendo—. Siento mucho no haber venido estos días, pero he estado de viaje y muy liada con la nueva colección. ¿Cómo

estás, mi amor? —dijo abrazándome.

—Mucho mejor, pero no aprietes, que aún duele. ¿Puedes ponerte en este lado?

—¿No crees que estás siendo muy desconsiderada con él? Charlotte, ha estado aquí día y noche. No se ha perdido ni una sola visita.

—Yo no se lo pedí. Quiero que se olvide de mí. No volveré a ser la misma, Evelyn. El sueño de mi vida era formar una familia… y solo de pensar que alguien me toque me paralizo.

Y eso era lo que más me aterraba: yo no era así. Nunca había sido así. Me habían robado incluso eso, mi propia forma de sentir.

—No es justo y lo sabes. Tendrás que pedir ayuda profesional.

—Bueno, cuéntame qué tal te ha ido en Nueva York.

—Ay, amiga… genial. Ha sido un éxito. No te imaginas la cantidad de pedidos que tengo.

—Siempre supe que lo conseguirías. Solo tenías que creértelo.

—Eso es verdad. Charlotte, hazme un favor y te cuento algo.

—Jo, eso no vale. —Siempre era igual: si no hacía «el favor», no me contaba nada—. Venga, ¿qué favor es? No me pidas que vaya a algún sitio que no puedo. —Nos reímos.

—Date la vuelta, míralo y regálale una sonrisa. Aunque sea solo una.

—Ah, no. Ni hablar, preciosa.

—Pues nada, me voy a que me invite a comer, a ver si quiere tema conmigo.

—Evelyn…

—Evelyn nada. Iba a contarte algo, pero será mejor que me vaya. Ya te lo contaré otro día. —Me dio un beso y salió protestando.

Me quedé mirando a la puerta, pero mis ojos acabaron en el cristal. Y allí seguía él. Con esa sonrisa que me desarmaba. A veces pensaba que debería odiarlo por seguir viniendo… por no hacerme caso, por no dejar que lo alejase. Pero cuando alguien te mira como si fueras alguien que merece ser salvado, aunque tú no lo creas, duele. Duele porque te recuerda lo que ya no puedes ser.

Lo tenía decidido: no iba a arrastrarlo conmigo. No quería que me viera rota. No quería que cargara con ese peso. Y si para protegerlo tenía que alejarlo, lo haría.

Me di media vuelta y empecé a llorar. No sé ni por qué. Liam y yo no habíamos tenido nada. Bueno… sí: tensión sexual para llenar un estadio, según José. Pero que nunca se podrá resolver.

—¿Está despierta mi Bella Durmiente? —Escuché la voz de José.

—Estoy despierta. No sabes cómo me alegra tu visita.

—Pues a mí me alegraría más la del *macizorro* que está pegado al cristal.

Con José siempre era así: un comentario dramático, otro sarcástico, y yo con ganas de reír aunque tuviera el alma hecha polvo.

—¿Aún está ahí? Dile que se vaya, por favor.

—Mira, reina, no estoy de acuerdo contigo. Ni tú estás de acuerdo contigo. Lo que pasa es… lo que pasa. —Hizo aspavientos—. Estás hecha polvo y lo sabes.

—José, me da igual. No quiero verlo.

—Vale, hablaré con él. Ahora cuéntame cómo te encuentras.

—Tengo ganas de salir de aquí. Tengo mil cosas que hacer. Lo único bueno es que aquí tienes demasiado tiempo para pensar.

—¿No estarás pensando cosas raras, no?

—Para nada. Cuéntame cómo va el estudio. ¿Novedades?

—Por eso ni te preocupes. Va todo bien. Tuve que contratar a alguien para que me ayude; no podía con todo.

—Lo que hagas está bien. Ya te lo dije: mientras yo no esté, tú mandas.

—Es muy maja. Se llama Ana, cubana como yo. Y es mi prima.

—Ja, ja, ja. La madre que te parió, José.

—Te dije que en cuanto pudiera la traería. Y otra cosa: me he ido a vivir con Rubén.

—¿Pero no decías que solo erais amigos?

—Sí. Y que no quería nada serio. Pero ¿sabes qué? —negué—. Que en toda esta movida no me dejó ni un momento sola. Él me dio la fuerza para no cerrar el estudio.

—Entonces tendré que agradecérselo. Eres un buen amigo.

—Lo que tienes que hacer es pagarme, mala jefa. —Reímos.

—Siento ser aguafiestas, pero la visita terminó, señorito —dijo la enfermera.

—Un ratito más, porfi —suplicó José.

—Ni un segundo. Venga, fuera.

—¿Lo ves, nena? Por cosas así me hice gay. —Nos echamos a reír.

—Vaya, y yo que pensaba invitarte a mi casa a dormir —dijo la enfermera entre risas.

—Graciosa. Cuídame a esta mujer, que si no te corto una oreja. —Y salió riéndose.

—Tienes un amigo muy gracioso, Charlotte. Pero el que me da penita es el que se ha ido.

Miré al cristal. Ya no estaba. Y no sé por qué… me dio una punzada en el pecho. Porque aunque él no me viera, yo sí lo veía. Con un espejito que Evelyn me dejó para poder mirar sin que me descubrieran.

Me trajeron la cena: otra bandeja de comida triste. Si pudiera, me comería una hamburguesa gigante con queso doble y pepinillos.

Después me puse a leer un libro que me había traído Evelyn. Los devoraba. Era lo único que tenía para no pensar.

Pensé en Ava. Vino a verme dos veces cuando estaba en coma. Pero no sabía nada más. Me dolía, pero esta vez… no iba a rogar ni a pedir perdón. Ya había pagado demasiado.

Tenía una conversación pendiente con Liam. Sabía que estaba siendo cruel, pero quería alejarlo. No quería arrastrarlo a mi oscuridad. No quería nada con nadie.

Necesitaba recuperarme pronto. Primero, para cerrar cuentas pendientes. Segundo, porque tenía pensado irme de la ciudad. Del país. Siempre quise recorrer el mundo con mi cámara. España, Italia, Francia… perderme sin que nadie me buscara. O simplemente desaparecer un tiempo hasta que pudiera volver a respirar sin sentir que mi pecho se rompía.

Se me cerraban los ojos. No quería. Dormir se había convertido en una especie de ruleta rusa: nunca sabía si me esperaba una pesadilla, un recuerdo o el vacío. Quizá por eso luchaba tanto por mantener los ojos abiertos, aunque el cansancio me golpeara como un martillo. La psicóloga decía que era normal, que era pronto. Yo no quería pastillas; cada vez que me dormía, volvía lo que intentaba olvidar.

—Ay, Rosa… qué pronto me dejaste. Me haces tanta falta… —susurré al aire del hospital—. Después de todo esto… no tengo ni ganas de vivir.

Era raro. Quería vivir, pero no sabía para qué. Y quería morir, pero no tenía el valor. Estaba atrapada en ese punto exacto donde nada tenía sentido.

Lo dije como si pudiera escucharme. La mujer que me dio una vida digna, unos estudios, un hogar. Ojalá estuviera aquí.

Capítulo 21



Liam

Los días pasaban y Charlotte seguía sin querer verme. Hoy era el día que la pasaban a planta, y también era el día en que yo ya no tenía nada que hacer allí. Se acabó: no iba a estar rogando para que me dejara verla. Era su decisión… y la mía, no rebajarme más. Me dolía admitirlo, pero lo hacía igual: ella seguía siendo el punto exacto donde yo me desordenaba. Podía evitar verla, pero no podía evitar pensarla. No es fácil soltar a alguien que jamás llegaste a tener.

Otra relación que se estaba enfriando era la mía con James. Aún no entendía por qué, cuando los dos remábamos en el mismo barco: que se hiciera justicia con Ava, su chica, y con Charlotte.

Seguía metido de lleno en el caso de las dos. Estaba casi todo listo para detenerlos a todos; solo faltaba atar un cabo, y ese lo iba a atar yo.

No habíamos podido averiguar el paradero de Stuart; nadie sabía nada de él. Yo era el único que se mantenía positivo. Algo me decía que no estaba muerto, aunque al mismo tiempo me preguntaba dónde lo habrían metido.

Ayer tuve una reunión con Logan y el agente Kevin Brown, de la oficina de Washington. Me propusieron para una infiltración y no me negué. Al contrario: les dije que cuándo empezábamos.

Necesitaba salir de la ciudad. Intentar volver a ser el Liam de antes de que todo esto empezara: con los mismos sentimientos, sí, pero sin comerme la cabeza y sin parecer un crío de instituto. Por lo único que lo iba a sentir era por Levi. Pero me constaba que se quedaba en buena compañía: cada vez estaba más pendiente de Evelyn. Hoy era el momento de darle la noticia.

Estaba terminando de archivar unos papeles; me había pasado casi todo el día dejando todo en orden antes de irme cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dije. Y cuando vi quién era, solté una carcajada.

—¿Estás llamando a la puerta? ¿Estás bien?

—No puedo estar mejor, ya lo sabes. Pero como no has dado señales desde que comimos, vine a ver quién te había secuestrado.

—Me alegro mucho por ti, Evelyn es una buena chica. Pero te advierto que como se te ocurra hacerle daño, te corto los huevos.

—Sabes que eso no va a pasar… ¿Para qué me llamaste? —preguntó sentándose.

—Tengo que contarte algo: me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿Dónde?

—Eso no te lo puedo decir. No de momento. Pero me voy a infiltrar en una misión. Me marcho pasado mañana.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó pasándose las manos por la cabeza.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Necesito irme una temporada. Estar sin acción me aburre.

—Qué mentiroso eres, pero te lo compro. —Se rio.

—¿Qué pasa con Charlotte? ¿No vas a decirle nada?

—¿Debería? No, Levi. Ella ya tomó su decisión. Y hay que respetarla.

—Os estáis equivocando los dos.

—Tal vez sea así. No lo sé.

Fue a abrir la boca, pero no le dejé. No quería hablar de ella; no iba a hacerme daño por algo que no había sido ni iba a ser.

—Venga, te invito a unas cervezas de despedida.

—Solo si van acompañadas de unas alitas fritas a la barbacoa.

—Eso está hecho.

Salimos riéndonos por esa tontería. Lo iba a echar mucho de menos. Levi no solo era mi compañero; era ese amigo que siempre estaba ahí, a cualquier hora. Al principio me pareció un tío prepotente, pero nada que ver. Levi era de esos que se quedaban sin café para que tú tomaras el último.

Llegamos al bar de siempre. Nos sentamos en la misma mesa, pedimos nuestras cervezas, una ración de alitas a la barbacoa y una de costillas al limón.

Lo veía demasiado pensativo. Aún estaba procesando la noticia. Levi tenía cara de querer decir mil cosas y tragar otras tantas. Lo conozco. Cuando se calla demasiado es porque la cabeza le está yendo más rápido que la boca.

—Déjalo estar —le dije dándole en el brazo—. Sabes que volveré. Tengo que ver cómo te casas.

—Ja, ja, ja… anda que no corres tú nada.

—Dime una cosa: nunca me contaste qué se siente al ser la pareja de una diseñadora de moda.

—Bueno… procuro no ir mucho a los desfiles. No se lo digas, pero me aburren muchísimo. —Río—. Alguna vez la acompaño a algún evento para que no vaya sola, pero lo llevo bien.

—¿Y con James? ¿Qué tal con él?

—Al principio me tenía en el ojo del huracán, pero ahora nos llevamos bien.

—¿Y con Ava? ¿Vuelven a ser los mismos de antes?

—Le cuesta, pero poco a poco Ava le está dando más cuartelillo. Ya duermen juntos, según me contó Evelyn.

—Me alegro por los dos.

Después nos quedamos un rato en silencio, mirando por la ventana, hasta que una voz nos interrumpió.

—Hola —dijo una rubia—. Mi amiga y yo nos preguntábamos si podíamos sentarnos con vosotros.

—Lo siento, cariño, pero mi novio y yo tenemos una boda que planear —dijo Levi.

Me atraganté con la cerveza.

—Vaya, ya se me escapó, aún no lo sabe… Bueno, ya sí.

—Ah, perdonad, no sabíamos que erais pareja.

Las chicas salieron del bar coloradas como tomates. Me estaba costando aguantar la risa.

—Eres un cabronazo —le dije sin parar de reír—. ¿Una boda?

—¿Y qué querías? ¿Que se sentaran con nosotros?

—Eso antes te daba igual.

—Tú lo has dicho: antes. Pero ya no. Jamás pensé que me iba a enamorar como lo estoy de Evelyn.

Le sonreí. No dije nada más. Terminamos de comer y fuimos cada uno a su coche.

Al llegar a casa dejé la cazadora en el sofá, fui a por una cerveza y me senté en la oscuridad del salón, con la luz de la calle entrando por la ventana.

Mi mente viajó directa a Charlotte. A todo lo que había pasado. A lo que aún no entendía: en el *pendrive* no había pruebas de lo que ella dijo. Solo eran alfombras. ¿Qué ocultaba? ¿Por qué la querían muerta?

Mateo me contó por qué recibió la primera paliza: Charlotte siempre había sido impulsiva. Primero actuaba, luego pensaba. Pero yo la quería así, tal cual.

Me terminé la cerveza y fui a la ducha. Con el agua cayendo sobre mi cabeza, dejé que mis pensamientos volaran porque, por mucho que intentara convencerme de que ya daba igual, cada vez que pensaba en ella me dolía el pecho como si tuviera un puño dentro. Era absurdo, lo sabía. Pero también era real. Ella seguía siendo la única persona capaz de desordenarme con solo existir.

Cerré el grifo y salí de la ducha, me sequé lo justo y, tal como estaba, me metí en la cama. Estaba agotado.

Me despertó el teléfono. No sabía qué hora era, pero todavía no había entrado la luz del día.

—Miller. ¿Quién es?

—Soy Kevin. La cosa se adelantó. Tenemos que irnos ya.

—¿«Ya» cuánto es para ti?

—Dos horas. Haz una maleta y baja. No me gusta esperar. —Y colgó.

Miré la hora. Las tres de la mañana. Apenas había dormido tres horas.

Cuando Levi leyera mi mensaje, se cabrearía. Le prometí que no me iría sin despedirme y, en este trabajo, eso rara vez se cumplía.

Preparé una maleta pequeña. No sabía exactamente adónde íbamos. Ya lo descubriría.

Hice un café, me lo tomé tranquilo y le envié un mensaje a Levi. Escribí ese mensaje más lento de lo que quería admitir. Decir «adiós» sin decirlo. Tal vez él no lo entendiera hoy, pero lo haría. A veces irte no es abandonar: es sobrevivir.

Liam: *Me marcho. Al final me voy sin despedirme de ti. Cuando pueda, te llamaré. Te prometo que no sé dónde voy. Cuida de Charlotte por mí. Un abrazo.*

Levi era más que un compañero. Me lo había demostrado mil veces. Nunca dejó que me hundiera. Durante la desaparición de Charlotte me obligó a dormir en su casa porque decía que no se fiaba de que yo desapareciera también.

Su vida no fue fácil. Tenía doce años cuando su padre casi mató a su madre. Él se interpuso. Terminaron los dos en el hospital. Desde entonces tuvo claro a qué quería dedicarse.

Llegó la hora. Cerré la puerta sin mirar atrás. Kevin ya esperaba en la calle. Subí al coche.

—Siento haberte despertado —dijo, incómodo—, pero las órdenes son salir ya.

—No te preocupes. ¿Sabes ya adónde vamos?

—Lo sé desde el primer momento. —Hizo una pausa—. Nos vamos a España.

España. No sabía qué me esperaba allí, pero tampoco me daba miedo. Lo peor ya lo había visto. Ya me había tocado. Lo demás, que viniera como quisiera.

Capítulo 22



Liam

—¿Cómo que a España? —le pregunté, todavía sorprendido por lo que acababa de escuchar.

El cansancio me pegaba al asiento, pero aun así la palabra España me atravesó como un latigazo. No esperaba nada… pero tampoco esperaba eso.

—Ja, ja, ja, sabía que pasaría esto. Bueno, antes de ir a España debemos pasar por México… exactamente a Guadalajara. Liam, hay que tener mucho cuidado, esta misión es algo complicada.

Si Kevin decía que es complicada, significaba que era una de esas misiones en las que un error se paga con la vida. Y aun así, una parte de mí sentía un alivio absurdo: alejarme de todo lo que había dejado atrás.

No dije nada. Llegamos al aeropuerto; aún faltaba tiempo para embarcar. Entramos en la cafetería más alejada de la gente, pedimos dos cafés y entonces Kevin habló:

—Hemos averiguado que el colombiano está en México acompañado de Emilio Castro, y se traen algo entre manos. Nos han dado el chivatazo de que no solo se dedican a las drogas y a secuestrar mujeres.

Mientras lo escuchaba, sentí cómo algo se me endurecía en el pecho. Llevaba años oyendo horrores, pero había temas que siempre lograban

romperme por dentro.

—Sorpréndeme.

—También secuestran menores… y las usan como mercancía. Eso es lo que más ha costado confirmar.

En cuanto escuché eso, se me revolvieron las tripas. Pero de inmediato algo me vino de golpe a la cabeza.

—¿Desde cuándo sabéis esto?

—Hace algunos meses, pero no era seguro. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Cabe la posibilidad de que aquí también trafiquen con menores?

—No nos cabe duda. Pero es en México donde es más habitual, sobre todo entre la gente más humilde.

Me quedé pensativo. Ahora todo cuadraba. A Charlotte no la buscaban solo por lo de las chicas o la droga. La buscaban porque había visto cómo metían menores en el barco.

Había mentido. No me había dado toda la información. ¿A qué estaba jugando? Casi le cuesta la vida a ella… y a Ava. Por no contarlo desde el primer minuto. Esa mujer iba a matarme de un infarto antes que cualquier bala.

—Te has quedado muy pensativo. ¿Pasa algo?

—Creo que sí. Y bastante. Si esto es así, hay dos personas que aún están en peligro.

—Bueno, ya me lo contarás. Este no es un sitio seguro.

Asentí.

Las tres horas de vuelo no dejé de pensar en Charlotte. ¿Qué pensaba ella para mentirme así? ¿Acaso no veía la magnitud del problema? Probablemente

no. Y lo peor era que, si descubrían que seguía viva, irían a por ella.

Miré por la ventanilla varias veces. El reflejo solo me enseñaba a un hombre cansado, cambiado. El trabajo te cambia, sí… pero Charlotte me había cambiado el doble.

En el aeropuerto nos esperaba un hombre con un cartel: Pedro Gómez. Cuando Kevin levantó la mano, lo miré sin entender nada.

—Vaya… se me olvidó decirte que aquí soy Pedro. Y tú eres Sam. No podemos hacerte pasar por mexicano —soltó una carcajada.

—Ya podías haberme avisado en el avión.

—¿Y perderme la cara que has puesto? Ni loco.

Una vez en el coche, fuimos a una casa a las afueras. Allí nos recibió una mujer de unos sesenta años.

—¡Pedro! ¿Cómo estás, hijo? —lo abrazó—. ¡Qué de tiempo!

—Hola, nana. No pude venir antes. Ven, quiero que conozcas a alguien: él es Sam, un viejo amigo.

—Encantada de conocerte, Sam. —Me abrazó y me dio un beso sonoro—. Soy Lupe.

Había algo en ella que me recordó a las madres que ya no quedan: de esas que te abrazan fuerte aunque no te conozcan, como si supieran que vienes roto.

—Lo mismo digo, Lupe.

—Llámame nana, hijo.

—Ella es así —dijo Kevin sonriendo—. ¿Y Lupita?

—Salió esta mañana. No tardará.

—¿No habrá salido sola?

Negó.

—Tranquilo. Dejad las bolsas en las habitaciones. Daos una ducha. Yo preparo algo de comer.

La casa era grande. En mi habitación abrí las cortinas y vi una terraza. Estaba silenciosa, cálida. Demasiado diferente a lo que teníamos por delante.

—¿Se puede? —preguntó Kevin.

—Claro. ¿Pasa algo?

—Relájate. Estaremos aquí unos días. Luego, a España.

—¿De qué conoces a esta gente?

—Lupe cuidó de mí. Enviudó joven y volvió aquí con sus hijos. Juan, el del aeropuerto, es su hermano. Vive con ella junto a su hijo Juanito.

—El día que pusieron los nombres no lo pensaron mucho, ¿no?

—Ja, ja, ja. Tradición, Liam.

—¿Por qué vinimos primero aquí?

—Alguien me informó de que Emilio está aquí. Voy a reunirme con un contacto para confirmar.

—¿Puedo ir contigo? Por Stuart.

—Claro. No pensaba dejar ese tema colgado. Y ahora bajemos, antes de que la nana nos baje de los pelos.

Cuando bajamos había una chica esperándolo. Me dejó helado: preciosa, pelo negro azabache, ojos miel, cuerpo con curvas naturales. Y esa sonrisa… esa sonrisa que parecía no saber lo jodido que estaba el mundo.

—¡Pedro! Qué alegría —corrió a abrazarlo—. Siempre tardas más en venir.

—Perdona, preciosa. Trabajo mucho.

—Excusas. ¿Y tu amigo?

—Él es Sam… pero no el de la película.

—Hola, Sam—no—de—la—película —me abrazó también—. Soy Lupita.

—Un placer.

Noté cómo me miraba. Pero incluso así, yo solo podía pensar en Charlotte.

—A la mesa —dijo Lupe—. Aquí hay otro placer.

La comida era espectacular: tortilla ahogada, birria, jericalla. Todo con ese sabor casero que te hacía olvidar que estabas en una misión mortal.

Después salimos a reunirnos con el contacto.

Cada kilómetro hacia aquel sitio me apretaba más el estómago. Tenía esa sensación en la nuca… la que te avisa de que algo va a salir mal.

—¿Piensas detener a Emilio? —pregunté.

—No. Hay que esperar. Pero los rumores dicen que aquí se reunirá con el colombiano y alguien de España.

Llegamos a un cortijo. Kevin escribió algo; las puertas se abrieron. Hombres armados por todas partes.

—Mantente callado. Oigas lo que oigas, veas lo que veas… tranquilo —ordenó Kevin—. Yo preguntaré por Stuart.

No me gustó cómo sonó. No tenía muchos datos. Quizá salir de la ciudad fue buena idea… pero empezaba a dudar.

—¡Enrique! Cuánto tiempo. ¿Y la familia?

—¡Pedro Gómez! Qué de tiempo —lo abrazó—. Veo que no vienes solo.

—Te presento a mi cuñado, Sam. Mi hermana necesitaba un descanso y me lo traje para vigilarlo.

—¡Qué cabrón! —Rio Enrique—. Bienvenido a mi casa.

Nos llevó al porche. Una mujer con tres niños salió corriendo al vernos.

—¿Ves? Eso es una mujer sumisa. Solo con la mirada sabe qué hacer.

Tragué saliva. Me hervía la sangre, pero me mantuve quieto.

—Bueno, vayamos al grano —dijo Kevin—. No tengo mucho tiempo.

—Lo que te dije es cierto: Emilio lleva una semana aquí. Con él está el colombiano, el español… y otro que no conozco.

Se calló cuando salió una chica joven con tequila y vasos. Me miró con miedo. Ojos suplicando. Ojos que ya había visto en otras misiones. Ojos que no olvidabas jamás.

—Ni se te ocurra mirarla o te mato —soltó Enrique.

—Tranquilo, no mirará más. ¿Verdad, Sam?

Asentí.

Dos horas. Dos horas sin abrir la boca. Solo escuché, observé… y deseé largarme de allí.

El cuerpo se me tensó como si llevara horas sosteniendo un arma invisible. Por primera vez desde que salí de casa, deseé estar en cualquier otro sitio.

Capítulo 23



Charlotte

Por fin llegó el día tan deseado, me daban de alta. No es que estuviera para correr los cien metros lisos, pero al menos podía estar en mi casa, con mis cosas y con la gente a la que quería. Tendría que ir todos los días al hospital para seguir con la rehabilitación, pero aun así me parecía un sueño poder salir por fin.

José me invitó a quedarme con ellos, pero le dije que no, que prefería mi casa, mis rutinas, mi silencio, mis heridas… mis cosas. Mateo también se ofreció, pero él no iba a llevarme a su casa; me dijo que, puesto que yo no quería salir de la mía, entonces él se venía conmigo. Me negué, claro… pero con Mateo eso nunca fue una opción. O aceptaba, o me llevaba a rastras a cualquier otro sitio al menos unas semanas.

Cuando entré por la puerta de mi casa, me eché a llorar. No solo por el tiempo que había estado fuera de ella, sino porque estaba como si nadie la hubiera tocado. Reconocí cada rincón, pero también sentí algo distinto, una especie de calor que antes no estaba. Miré a José y él me guiñó un ojo con una sonrisa orgullosa.

—Gracias de corazón —le dije abrazándolo con fuerza, todo lo que me permitía el dolor.

—Quita, niña, que ni gracias ni nada. Lo que tienes que hacer es subirme el sueldo —dijo él, y todos nos echamos a reír.

Sí, digo bien: ese día estábamos todos menos tres personas. Y como bien adiviná is, eran Ava, James y Liam. Por Levi me enteré de que Liam había tenido que irse fuera de la ciudad por trabajo. Me dio mucha tristeza no haberme podido despedir de él… aunque, según Evelyn, tampoco se despidió de Levi. Eso ya decía mucho.

—¿Quieres subir a tu habitación? —me preguntó José—. Le he hecho algunos cambios. Si te das cuenta, te he cambiado algunas cosas… no quería que nada aquí te recordara lo malo. Y como sé de lo que jamás te hubieras desprendido, eso no lo he tocado.

—Me he dado cuenta. Muchas gracias… pero no tenías que haberte molestado.

—Dáselas aquí a mi *amorzote* —dijo señalando a Rubén—. Él fue el responsable. Habló con su primo e hicieron toda la magia que ves.

—Gracias, Rubén. Cuando quieras me pasas la factura y te la abono.

—Ha sido un placer ayudarte. Y por eso no te preocupes… esto es un regalo de todos.

No pude evitar llorar otra vez. Era una mujer con suerte, aunque me faltaban dos personas importantes en mi vida… y esa ausencia pesaba tanto como todo lo demás.

—Salgamos al jardín —dijo José—. Niña, te pareces al hombre invisible… casi estás transparente.

Salimos al jardín. Si lo de dentro había quedado genial, lo de fuera no os podéis imaginar cómo quedó. Me habían cambiado las tumbonas alrededor de la piscina, pero también la pérgola, la mesa, el sofá… incluso las plantas parecían más vivas que antes.

—Chicos… no sé qué decir. Me encanta todo. Gracias por hacerme sentir tan especial.

—Eres especial, cariño —respondió Evelyn—. Y quien no lo quiera ver… allá él.

—No, Evelyn. Vosotros sois los especiales.

Me senté en un sillón alrededor de la mesa baja. Llevaba demasiado tiempo de pie; el cuerpo ya me estaba pasando factura.

—¿Qué sabes de Ava? ¿Está bien? —le pregunté.

—Bueno… digamos que va mejorando, con ayuda profesional y con la de mi hermano, que también lo está pasando mal.

—Si pudiera dar marcha atrás, créeme que lo haría.

—Charlotte, deja de culparte. No tienes culpa de nada. Solo estabais en el momento y lugar equivocados. No le des más vueltas.

—Estoy pensando en marcharme. No digo que ya mismo, pero sí dentro de unas semanas. Hablaré con José, si quiere hacerse cargo del estudio como hasta ahora… y me iré.

—Charlotte, las cosas no se arreglan huyendo.

—No estoy huyendo. Necesito cambiar de aires. Necesito poner tierra de por medio.

—¿Cómo que te vas a ir? Acabas de llegar y ya te quieres ir. —Saltó José.

—Ya hablaremos. Y espero que no os siente mal, pero necesito darme un baño y… estar sola.

—Eso, tú haciéndote la sueca, como siempre —bromeó José.

—Sola no vas a estar —dijo Mateo con firmeza—. Te voy a dar tu espacio, pero que sepas que me quedo contigo.

—No necesito niñera. Me basto yo sola.

—Me digas lo que me digas, no me voy a ir de aquí. ¿Te preparo el baño? —Rio.

Cuando todos se fueron, me quedé apoyada en la puerta, viendo cómo Mateo subía las escaleras.

—Sé cómo prepararme un baño —dije sin ganas.

—Puede que sepas prepararlo… pero no como yo lo preparo. Y no quieres quedarte sola, te haces la fuerte.

Tenía razón. No quería quedarme sola. Me aterraba que llegara la noche y con ella las pesadillas. Pero tampoco me gustaba depender de nadie. Siempre había ido a mi bola, siempre sola, siempre sin que nadie tuviera que cuidarme.

Subí las escaleras y fui a mi dormitorio. Entré, observé todo como si no hubiera estado nunca allí, y pasé al baño. Me apoyé en el marco de la puerta, viendo cómo Mateo preparaba el agua.

—¿Estás pensando en darme la patada y meterme dentro? ¿O estás pensando en que me bañe contigo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Solté una carcajada. Me salió sola.

—¿En serio, Mateo? No me lo puedo creer.

—Estaba bromeando, preciosa. —Se acercó y me abrazó por la espalda; me puse tensa al instante—. Perdón. No quiero hacer nada que te haga sentir mal.

—Lo sé. Perdóname tú. No debería haber reaccionado así.

—Tranquila. Estaré fuera mientras te bañas. Tómate tu tiempo.

Cuando salió, me metí en la bañera. El agua estaba perfecta. Y lo peor —o lo mejor— es que no me habría importado que Mateo se hubiera metido conmigo. Ya habíamos estado juntos. Pero ahora no quería que viera cómo me habían dejado.

Mateo había sido el último hombre en mi vida, y lo recordaría siempre como lo que fue: un encuentro bonito, incluso en medio del desastre. Era guapo, muy guapo, y un hombre que te entraba por los ojos sin pedir permiso.

Y si no sintiera lo que sentía por Liam… y si no me hubieran destrozado por dentro… quizá él habría sido el hombre ideal.

No sé cuánto tiempo estuve en la bañera. Lo que sí sé es que me quedé dormida. El agua estaba helada cuando llamaron a la puerta.

—Charlotte, ¿estás bien? ¿Puedo pasar?

—Te puedes asomar, que estoy desnuda. Y sí, estoy bien.

—Te vuelvo a repetir que no veré nada que no haya visto antes.

—Mateo… mi cuerpo no es el que tú viste. Está lleno de heridas. Aún tengo señales.

—Charlotte, no me importa cómo lo tengas —dijo mientras cogía la toalla y la extendía—. Para mí serás siempre la Charlotte que conocí… y de la que me enamoré nada más verte.

—No me digas esas cosas, Mateo. Sabes cuáles son mis sentimientos.

—Lo sé. Y no tienes por qué preocuparte. Cuando vea que duele… entonces me iré. Mientras eso pasa, déjame cuidarte.

—Está bien. Pero estás advertido. Después no me digas nada.

Salí de la bañera mirándolo a los ojos. Quería ver su reacción. No mostró ningún cambio. Solo me miró de arriba abajo, tragó saliva, y me envolvió en la toalla mientras me abrazaba.

—Esto no va a quedar así… créeme —me susurró.

Me secó el cuerpo con un mimo que no me esperaba, como si fuera de cristal. Cuando llegó a mis zonas más íntimas, me miró; yo asentí. No podía negarme… no después de cómo lo estaba haciendo.

No dejamos de mirarnos ni un instante. Cuando terminó, me sentó en un taburete y empezó a ponerme crema hidratante. Juraría que por un momento

quise excitarme, pero no podía. No estaba dispuesta a tener relaciones con nadie.

—¿Mejor? —preguntó al terminar.

—Yo sí… pero tú creo que no estás muy bien. ¿Me equivoco?

Miró hacia abajo y los dos nos echamos a reír.

—No te preocupes… aún no ha aprendido a dormirse sin que le llamen —bromeó.

—Qué tonto eres. Lo siento, Mateo, yo…

—Shhh. —Me puso un dedo en los labios—. No sientas nada. Y ahora… ¿qué te parece si preparamos algo de comer?

—No tengo hambre. ¿Lo dejamos para más tarde?

—Para más tarde la merienda. Venga, algo ligero.

Me llevó casi a rastras a la cocina. Abrí el frigorífico y me sorprendí al verlo lleno.

Mateo sacó una bolsa de ensalada, zanahorias, pepino, tomate, queso. Echó la ensalada en un bol, picó todo en trocitos pequeños. Abrió armarios, sacó maíz, aceitunas negras, uvas pasas…

—Te mueves como si estuvieras en tu cocina —dije mientras me llevaba una aceituna a la boca.

—Bueno… si tenemos en cuenta que yo he hecho la compra y lo he guardado todo, pues sí: es casi como mi cocina.

—No deberías haberlo hecho.

—Según tú… no debería haber hecho nada.

Y ahí, sin esperarlo, me entró un nudo en la garganta que casi me impide respirar.

Porque por primera vez desde que volví a casa, sentí algo parecido a estar viva. Sentir… era lo que juraba que no volvería a hacer. Y aun así, ahí estaba: sintiendo.

Capítulo 24



Charlotte

Comimos en silencio. La verdad es que el silencio entre nosotros no era incómodo… era raro. Como si él estuviera midiendo cada movimiento para no agobiarme y yo… yo estuviera intentando recordar cómo se sentía simplemente estar con alguien sin sentir miedo. Era absurdo, pero ese tipo tenía un don extraño para calmarme sin hacer nada, solo existiendo a mi lado.

Quiso preparar algo más de comida, pero no se lo permití. No tenía hambre y, con todo lo que llevaba, la ensalada estaba más que bien.

Después de comer, nos fuimos al salón. Me tumbé en el sofá mientras él miraba unas cosas en su ordenador.

—¿Trabajo? —le pregunté.

—Sí, un poco, pero será mientras descansas un rato. Así me entretengo.

—Mateo.

—Charlotte.

—Sabes lo que te voy a decir. No lo veo justo.

—«Justo es el marido de Justa» —dijo, y reí sin querer—. No te preocupes por mí, pero sí preocúpate por ti, para recuperarte pronto y ser la misma

persona que, según tus amigos, dicen que eres.

—Qué difícil lo veo… ya no volveré a ser la misma de siempre.

Se levantó despacio y vino hacia mí.

—Charlotte, no puedo imaginar por todo lo que has pasado. Pero déjame decirte que, aunque ahora todo lo veas negro, mañana lo verás en color. No te digo que en un día ni en dos, pero al final se ve el arcoíris, aunque las cosas nunca se olviden del todo.

—Eso espero… por mi salud mental. Gracias, Mateo, por todo lo que estabas haciendo por mí.

—Nada que no te merecieras. Venga, descansa.

Encendí el televisor. No pensaba verlo, pero tenía la costumbre de dormir con él puesto, aunque fuera con el volumen bajo. Por un momento me permití mirarlo: verlo con esa cara de concentración me sacó una sonrisa. Me sentía halagada por lo que él sentía por mí… pero al mismo tiempo me daba pena no poder corresponderle.

Me asusté cuando desperté. Miré alrededor y no vi a Mateo, ni su ordenador. Me levanté del sofá y fui a la cocina, pero tampoco había nadie. Entonces escuché una voz que venía del jardín.

—Me da igual lo que haya dicho —estaba diciendo—. Es lo que hay. Me quedaré con ella hasta que estime oportuno que puede estar sola.

Me daba tanta rabia escuchar cómo discutían por mí… como si fuera una maldita caja de cristal que había que mover con cuidado. Y al mismo tiempo, en el fondo, muy al fondo, me reconfortaba saber que alguien se preocupaba por mí así. Pero nunca lo admitiría en voz alta, claro.

—Puedo estar sola. Te lo he dicho antes. ¿Quién era? —le pregunté.

—Levi.

Me quedé un momento callada. Se habían visto, pero no habían hablado entre ellos.

—¿Lo que te dijo tiene que ver con Liam?

—Sí. No quiere que esté cerca de ti.

—Claro… por eso ya veo que él está cada dos por tres aquí. —Bufé.

Me senté en una de las hamacas. No entendía cómo, con lo que había dormido, todavía tenía sueño.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, entornando los ojos—. No te veo con muy buena cara.

Era curioso: mi cuerpo seguía funcionando, respirando, andando, intentando recomponerse… pero mi cabeza iba por libre. Un día me despertaba fuerte, otro hecha polvo. Supongo que así es cuando te rompen: no te avisan de cuándo vuelven las grietas.

—He dormido como no lo hacía en mucho tiempo… pero no sé si me encuentro cansada o qué. Es como si me hubiera pasado un camión por encima.

—¿Quieres que vayamos al hospital?

—No. Lo que quiero es algo de comer. Tengo hambre. Y si puede ser algo dulce…

—Pero es casi la hora de cenar. Has dormido un buen rato, Charlotte. ¿Y si damos una vuelta mientras tanto?

—No me apetece salir. Pero sí me gustaría ir al cuarto donde revelo las fotos.

—¿Ese cuarto oscuro con una luz fuera que se enciende cuando estás trabajando? —asentí.

—Vamos… que eso solo lo he visto en las películas. —Se rio y yo también.

Entramos en casa y subimos al cuarto oscuro. Siempre tenía algún carrete pendiente de revelar.

—Yo quiero ayudarte. ¿Me vas a dejar? —preguntó con una sonrisa pícara.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer? Por mí no hay problema, pero te advierto que como me estropees algo, te corto los huevos.

—Ay, eso me dolió, y todavía no me has hecho nada. Prometo portarme bien y hacer todo lo que me pidas. —Solté una carcajada.

—Pues manos a la obra. Lo primero es cortar las pestañas y las esquinas para poder sacar el rollo. Después lo cargamos en esta espiral, que meteremos dentro del tanque. Tiene que quedar sellado y bien alineado, y lo cerramos para que no entre luz.

—Joder… ya me estoy arrepintiendo. Esto es muy difícil. —Me reí.

El cuarto oscuro siempre había sido mi refugio, mi mundo privado, ese sitio donde todo lo demás dejaba de existir. Y verlo allí, torpe, nervioso y a la vez intentando impresionarme como un adolescente… no sé. Me removió algo que no esperaba. Una mezcla rara entre ternura y miedo.

—Ahora tenemos que preparar los químicos.

—Yo me voy de aquí, Charlotte.

—Para el carro, que de aquí no sale nadie. Es fácil, ya verás.

—La palabra químico viene de química, y eso nunca me gustó. —Me reí.

—La temperatura tiene que estar a unos treinta y ocho grados. Primero va el revelador; hay que ir sumergiendo el tanque, y cada treinta segundos darle la vuelta y unos golpecitos para que no queden burbujas. Luego va el fijador, que es el que fija la imagen, como habrás deducido. Lo demás me lo voy a saltar porque tu cara es un poema.

—¿Después del fijador queda mucho?

—Después queda el agua y el estabilizador.

—Pues hazlo y no me expliques nada más, que me estoy mareando.

No pude evitar reírme. Jamás pensé que después de todo habría alguien capaz de hacerme reír así. Seguí con el revelado sin explicarle nada más; la verdad, así iba más deprisa. Solo faltaba colgar las dos últimas fotos.

No sé por qué lo hice, pero me salió del alma: cuando colgué la última foto y me quité los guantes, me nació la necesidad de abrazarlo. Aspirar su aroma. Me reconfortaba… aunque al mismo tiempo me hacía sentir mal por él.

—¿Y esto? —dijo rodeándome con sus brazos.

—Necesitaba abrazarte. Agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. En el fondo… me habría acojonado si me hubieras dejado sola.

Y mientras lo abrazaba, me di cuenta de una cosa que me golpeó fuerte: llevaba demasiado tiempo sin sentirme a salvo en brazos de nadie. No era amor, no era deseo… era otra cosa. Era descanso. Como si por un momento pudiera dejar caer el peso que llevaba arrastrando desde hacía meses.

—No me habría ido, por mucho que me lo hubieras pedido. Soy más cabezota que tú.

—Vale. De todas maneras, gracias. ¿Ahora sí es hora de cenar? —Se rio.

—Venga, cenemos y me cuentas más cosas de ti. Y de tu familia.

—No tengo familia. Solo tenía a Rosa… pero si quieres, te hablo de ella.

Nos metimos en la cocina. Mientras dormía, él había preparado unos filetes de esturión al horno con una ensalada.

—Esto está buenísimo, Mateo. No sabía que también se te daba bien la cocina.

—Hay muchas cosas que se me dan bien… como querer a una mujer, mimarla… y más cosas que ya te contaré.

—Mateo, no seas malo. No vayas por ahí.

No dijo nada. Empecé a contarle mi vida, cómo di con Rosa, todo lo que hizo por mí. Hablar de ella me emocionaba, pero es que todo lo que yo era… era gracias a ella. Rosa había sido mi faro, mi brújula moral, mi todo. Y cada vez que hablaba de ella sentía ese pellizco en el pecho, ese que te dice «ojalá pudiera contarte lo que me está pasando ahora». Pero así es la vida: te quita primero a los que más necesitas, para ver si sabes caminar sola.

Se nos pasó el tiempo charlando de trabajo, de infancia, del valor de la amistad.

—¿Viven tus padres? —le pregunté.

—Mi madre sí. Mi padre murió cuando yo tenía quince años, en una misión.

—Lo siento, no quería…

—Tranquila. Está más que superado, aunque siempre esté ahí. Soy hijo único, y mi madre está en una residencia. Fue decisión suya.

—¿Nunca te has casado?

—Vaya, la señorita está curiosa —dijo dándome un codazo.

—¡Auch! Eso dolió.

—Perdón. No, nunca me he casado. No he encontrado a la mujer adecuada… y cuando lo he hecho, no es para mí.

—Ya verás como cuando aparezca esa mujer te darás cuenta de que yo no era la indicada. Ya no soy mujer para ningún hombre.

—No te menosprecies, Charlotte. Tú puedes tener al hombre que quieras. Eres guapa, inteligente, guerrera. No olvides eso.

—Sabes que no pasará. No puedo darle a un hombre lo que pediría.

—Si te quiere, con paciencia y amor, podrás. Y ahora, señorita… a dormir.

Nos levantamos y subimos a las habitaciones. Al llegar a la puerta de la mía, se detuvo y me dio un beso en la frente.

—Descansa, preciosa. Y recuerda que cualquier hombre caería rendido a tus pies.

—Gracias… lo intentaré.

Entré y cerré la puerta. Miré hacia la terraza: la cristalera estaba abierta. La cerré. Revisé el armario, entré en el baño, me lavé los dientes y me puse la crema donde debía.

Cuando me metí en la cama, cerré los ojos pensando en todo lo que había hablado con Mateo… y en lo segura que me sentía con él.

Había noches en las que pensaba que jamás volvería a dormir tranquila. Que las sombras del pasado siempre iban a venir conmigo a la cama. Pero esa noche, al cerrar los ojos, sentí algo distinto… como si el cansancio hubiera ganado por primera vez en mucho tiempo. No recuerdo cuándo me dormí. Lo único que sé es que sentí cómo alguien me llamaba, intentando despertarme.

—Charlotte, despierta. Es solo una pesadilla. —Escuché la voz de Mateo.

—No dejes que me hagan nada… por favor.

—Tranquila. No dejaré que nadie te haga daño.

—¿Te quedas conmigo?

—Me quedo contigo.

Él no lo sabía, pero tener a alguien ahí, respirando a mi lado, era lo único que conseguía frenar el temblor que me recorría el cuerpo cada vez que despertaba de una de esas pesadillas. No quería necesitar a nadie nunca

más… pero esa noche lo necesité a él. Y me dio más miedo eso que la propia pesadilla.

Se acomodó a mi lado, abrazándome. Seguramente era una situación incómoda para él, pero yo lo necesitaba. Sentí cómo su miembro se endurecía. No dije nada, pero él habló antes.

—Lo siento. No quiero incomodarte, pero esto no es de piedra. Voy a poner un cojín entre los dos.

—Ja, ja, ja… lo siento, Mateo. No es mi intención, te lo juro.

—La mía tampoco. Anda, duérmete —dijo, colocando el cojín entre los dos.

Capítulo 25



Charlotte

Los días fueron pasando, y no hubo ni uno en el que me quedara sola en mi casa. Mis amigos se turnaban cuando Mateo tenía que hacer cosas o tenía que pasar por la suya a darse una vuelta. A veces me sentía mal: había trastornado la vida de todos ellos. Pero también me demostraban una y otra vez que estaban ahí para mí, que no pensaban dejarme sola por nada del mundo.

La verdad es que no estaba acostumbrada a que tanta gente se volcara conmigo. Durante años había funcionado sola, a mi ritmo, sin deber explicaciones a nadie. Y ahora… ahora tenía a un ejército entero pendiente de si me había tomado las pastillas, si había dormido, si había comido o si simplemente respiraba. Me enternecía, sí, pero también me hacía sentir pequeña, vulnerable, como si no supiera ni caminar sin que alguien me sostuviera.

José venía cada día cuando cerraba el estudio. Había contratado a dos chicos para ayudar, pero no quería delegar todavía la responsabilidad grande en ninguno. Él decía que necesitaba «ojearlos bien» antes de confiarles algo serio.

Evelyn y Levi también me visitaban un día sí y un día no. Nunca me decían nada de Liam. Y cuando preguntaba, respondían que no sabían nada de él desde hacía días. ¿Que si me los creía? Pues no. Y menos a Levi, que cuando miente le tiembla hasta la pestaña izquierda.

No entendían que me hacía más daño el no saber nada que saber que Liam no quería estar conmigo. Porque lo que más me dolía no era que Liam no quisiera saber de mí. Lo que me destruía era la indiferencia. Esa sensación de que él podía seguir con su vida tan tranquilo mientras yo todavía tenía la piel llena de heridas que él mismo había visto. A veces me preguntaba si lo había idealizado todo… si había sentido algo que solo existió en mi cabeza.

Mientras tanto, Mateo me trataba como a una reina —según él, yo era una —. Me mimaba, me cuidaba y me trataba como si no me hubiera pasado nada, como si no estuviera rota por dentro.

Mis rutinas eran siempre las mismas: levantarme, ducharme, hacer mis ejercicios sin fallar ni un día. Tres veces por semana iba al psicólogo; estábamos trabajando las pesadillas. No había una sola noche en la que no tuviera alguna. Y ahí estaba Mateo, con su paciencia infinita, su cojín entre medias, y esa manía de aparecer en mi cuarto al primer grito, como si fuera mi guardián.

La vida se me había vuelto metódica, casi mecánica. No lo hacía por disciplina, sino porque si me salía del guion, mi mente se descontrolaba. Un pensamiento fuera de sitio, un recuerdo mal colocado, y ya estaba temblando como una idiota. El psicólogo decía que era normal después de un trauma, pero a mí me sonaba a excusa barata para no admitir que estaba hecha polvo.

Llegó un punto en el que me di cuenta de que eso no podía seguir así. Cada uno tenía que volver a su vida, y la única forma de conseguirlo era irme. Llevaba tiempo queriendo viajar a España; Rosa me había hablado tanto de su país que parecía que lo conocía. Y sentía que ya había llegado el momento.

Estaba sentada en el jardín con un refresco en la mano cuando, sin querer, se me vino encima un recuerdo de mi infancia. Y digo sin querer porque no fue maravillosa. Pero no era el recuerdo entero… sino algo en particular. Desde pequeña sufrí acoso por parte de un hombre. El día que intentó abusar de mí me dejó traumatizada. Y ahora, la vida había sido tan hija de puta que me puso otra vez en una historia parecida.

Un día, en la consulta, me dijeron que en un par de semanas pasaría por varios psicólogos hombres, aunque al final seguiría con la psicóloga que ya tenía.

¿La intención? Que me fuera relacionando con hombres.

No se enteraban. Mi problema no era hablar con un hombre. Mi problema era cuando se acercaban demasiado.

—¿Pensando? —Escuché la voz de Mateo detrás de mí—. ¿Me tengo que preocupar?

—No, para nada. Solo estaba pensando que ya ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —Me miró como si hubiera dicho que me iba a lanzar por un barranco—. Me estás empezando a asustar.

—Me voy a marchar. —Vi cómo se pasaba las dos manos por la cabeza—. Necesito encontrarme.

—¿Qué coño estás diciendo? Si tú sabes perfectamente quién eres.

—A mí me hablas bien, eso lo primero. Y lo segundo: me voy a España. Eso que siempre he querido hacer y nunca veía el momento.

—No. No. No lo harás. De aquí no te mueves.

—Mira, Mateo… te quiero mucho, y te agradezco de corazón todo lo que has hecho por mí. Pero ni tú ni nadie me va a decir lo que tengo que hacer.

No quería hacerle daño, pero también sabía que quedarme allí solo alargaría algo que no tenía futuro. Mateo era un buen hombre, un hombre de esos que ya casi no existen. Y precisamente por eso… no quería arrastrarlo a mis sombras. Él merecía luz. No esta versión rota de mí.

—No es eso, Charlotte. Lo que quiero decirte es que no quiero que te vayas. Estamos bien. Nos está yendo bien.

—Mateo, por favor… no me lo pongas más difícil.

Entré a la casa caminando despacio, como si el suelo me pesara. Lo sentía por él, pero era lo mejor para los dos. Y sí, también tenía otra cosa en mente.

A lo mejor se sentía utilizado, pero necesitaba comprobar si podía… si mi cuerpo podía. Y él me quería. Mateo jamás me negaría nada.

Lo encontré sentado en el sofá, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Me acerqué despacio y me arrodillé delante de él.

—Mateo, no te pongas así. Vamos a disfrutar de los días que nos queden. Aún no sé exactamente cuándo me iré.

Me acerqué despacio, sintiendo cómo se me encogía el estómago. Nunca lo había visto tan vulnerable. Y me dio pena. Miedo. Y también un poco de rabia… porque no era justo que él cargara con mis trozos cuando ni yo misma sabía cómo juntarlos.

—No puedo dejar que te vayas, Charlotte. Siento que no estás preparada.

—Y yo siento que sí.

Le quité las manos de la cabeza. Le abrí un poco las piernas y me metí entre ellas. Me miró con las cejas arqueadas, y yo le sonreí antes de desabrocharle el pantalón.

—Charlotte, para —me dijo quitándome las manos—. No quieres hacer esto.

—Shhh… déjame continuar. Necesito hacerlo. Quiero ver hasta dónde puedo llegar. Y qué mejor manera que contigo.

—Nos vamos a arrepentir… —murmuró—. Tú más que yo.

Sabía que tenía razón. Lo sabía desde el primer segundo. Pero también sabía que si no lo intentaba con él, con alguien que me trataba con tanto cariño, no podría hacerlo con nadie más. Necesitaba saber si aún era capaz de sentir sin romperme.

No respondí. Le bajé el pantalón hasta dejarlo en bóxer. Vi el deseo en sus ojos… y también el miedo.

Pasé una mano por su miembro y dio un respingo. Sonreí. Seguí acariciándolo mientras él se retorcía en el sillón.

No fui más lejos… de momento. Me senté encima de él, a horcajadas. Lo sentí tensarse.

—Relájate —le dije—. Quiero que seas tú. Sin nervios.

—Joder, Charlotte… me estás volviendo loco.

—Eso quiero.

Se levantó conmigo agarrada a su cintura, con mis piernas enredadas. Subimos a mi habitación. Me dejó en la cama con una delicadeza que me rompió un poco por dentro. Llevaba pantalón corto. Me lo bajó de un tirón.

—No sé si podré contenerme. Si me ves brusco, me paras.

—Te he dicho que seas tú.

Subió y me sacó la camiseta. Tragó saliva cuando quedó mi pecho al aire.

Me besó el cuello, la clavícula, los hombros… mordió mi labio inferior hasta hacerlo suyo. Mis pezones se endurecieron. Me pellizcó uno, tiró un poco; mordió el otro y después lo lamió. Gemí. Me sorprendió gemir. No creí que fuera capaz.

Le empujé la cabeza hacia abajo, pidiéndole sin palabras. No dudó. Me abrió las piernas y lamió mi clítoris a la vez que me penetraba con dos dedos, lento primero, después más profundo.

—Mateo… más. Dame más.

—Charlotte…

No logró terminar. Mi orgasmo llegó antes: rápido, fuerte, inesperado. Gemí tan alto que me dio vergüenza.

—¿Estás bien? —asentí y lo besé con desesperación—. Espera… no tengo preservativos aquí.

—No me importa. Confío en ti.

Me penetró despacio. Con cuidado. No era el Mateo del club. Era el Mateo enamorado. El que me hacía el amor como si yo fuera a romperme. Y me gustaba eso. Mucho.

Me hizo correrme dos veces más antes de salir y terminar sobre mi abdomen.

Cuando recuperó el aliento, me levantó en brazos y me llevó a la ducha.

Allí me lavó, me besó, me abrazó… Y yo noté el tono de despedida en cada gesto.

Al salir se fue directo a su habitación. Estaba serio, como arrepentido. Me puse el pijama y bajé a la cocina; lo escuché moverse entre los muebles.

—Hice una ensalada de atún. Pero puedo prepararte otra cosa si no te apetece.

Lo empujé suavemente para que se sentara en el taburete y quedar a su altura.

—Mateo, está bien. Y gracias… por lo que pasó hace un rato. Gracias por tratarme con cariño y respeto.

—Siempre será así, Charlotte. Hagas lo que hagas y estés con quien estés —me dijo, besándome la frente—. Anda, vamos a cenar que hay que descansar.

—¿Dormirás conmigo sin cojines?

—No sería buena idea después de lo que ha pasado.

—Igual quiero que vuelva a pasar.

—Charlotte… será mejor que no. Créeme.

Cenamos en silencio. Nos fuimos a la cama igual. Desde que dormía conmigo, las pesadillas habían bajado. Él no sabía cuánto lo iba a echar de menos cuando me fuera. Ni cuánto lo iba a enfadar.

Ya en la cama me hizo gracia que colocara otra vez el cojín entre los dos. Dejé que se durmiera. Cuando respiró más despacio, lo quité.

Lo puse bocarriba y me deslicé hasta su miembro. Lo besé. Lo lamí. Me lo metí en la boca.

Pero cuando cerré los ojos, recordé al Tuerto. Se me heló el cuerpo entero. No pude seguir.

Me aparté llorando.

Sentí sus manos en mi espalda.

—Tranquila… no pasa nada. Ven, vamos a dormir.

Me abrazó hasta que me quedé dormida. Y mientras me quedaba dormida en sus brazos, no pude evitar pensar que lo estaba usando de parche. Un parche caro, bonito y lleno de buenas intenciones, pero parche al fin y al cabo. Y yo sabía que los parches nunca arreglan nada: solo esconden la herida hasta que vuelve a abrirse.

Capítulo 26



Mateo

Cuando conocí a Charlotte, fue amor a primera vista; supe en ese momento que la quería para mí, pero no para un rato, sino para toda la vida.

Ella era la mujer que había estado esperando, y sin embargo no era para mí. Cuando vi todo lo que le habían hecho, me puse como loco, rompiendo todo lo que encontré a mi paso. Iba a matar a los dos desgraciados que la dejaron casi muerta.

Jamás pensé que Liam podía estar enamorado de ella. De haberlo sabido, igual no habría actuado con ella como lo hice… aunque, siendo sincero conmigo mismo, no me arrepentí de nada de lo que pasó. Todo lo que hice fue con su consentimiento, disfrutándolo tanto como lo disfruté yo.

Me desviví por ella mientras estaba ingresada. Tenía que ir a escondidas de Liam; no me quería cerca de ella ni de él. Nuestra relación ya no era la misma desde que conocimos a Charlotte.

Cuando le dieron el alta, no pensaba dejarla sola. Sabía que Liam había dejado de ir porque ella no quería verlo; decía que no podría estar con él, que cuando la mirara solo imaginaría a otros hombres.

No creo que a Liam le hubiera importado, como tampoco me importó a mí. Son situaciones que ninguna mujer espera vivir, pero ella lo echó de su lado.

Cuando desperté, me vi solo en la cama. Era raro que Charlotte se hubiera levantado antes que yo, pero bueno… siempre hay una primera vez, me dije.

Me levanté, me duché y me puse ropa cómoda, pues hoy no tenía que salir; hoy trabajaría con el ordenador. Bajando las escaleras ya empecé a notar algo raro: no había ruido, no había olor a café… solo silencio.

Entré en la cocina y, junto a la cafetera, había un sobre con mi nombre. Lo abrí y la sangre se me heló en cuanto vi que era una carta de Charlotte.

«Mi querido AMIGO —en mayúsculas, sí—, no has empezado a leer y sé que ahora mismo te está hirviendo la sangre. ¿Por dónde empezar? Pues por el principio. No sé si primero pedirte perdón o darte las gracias. Empezaré por las gracias.

GRACIAS —también en mayúsculas—. Gracias por cuidarme desde el primer día, y no me refiero solo a cuando estaba en el hospital, no. Me refiero a cuando nos conocimos, a cómo me trataste, incluso cuando me follabas, lo hacías con respeto y cuidado.

Perdón por irme como una vulgar ladrona de mi propia casa, sin despedirme de ti ni de nadie, pero es mejor así.

Siento mucho no poder corresponderte. Ojalá pudiera sentir lo mismo que tú sientes por mí. Pensarás que Liam no me merece y puede que tengas razón, porque aunque fui yo quien lo echó, tal vez debería haberse quedado, haber luchado… no sé. Ya es tarde para saberlo.

Igual piensas que me gusta ser el centro de atención al decir que debería haberse quedado. Sea como fuere, ya no importa. Perdona, no quiero hablar de Liam contigo; no quiero hacerte daño.

Tengo que irme, Mateo. Aunque creas que estoy equivocada, tengo que hacerlo. Necesito estar sola conmigo misma, encontrar esa paz y encontrarme a mí misma. Es mucho dolor el que llevo dentro. Tampoco me sentiré a gusto hasta que no cojan a ese par de desgraciados.

He de dejarte, o al final te despertarás y yo seguiré escribiendo. No te quepa duda de que he disfrutado mucho de ti en todos los sentidos. Habla con

mis amigos, no me critiques demasiado. Cuando llegue a mi destino, te lo haré saber.

Ojalá encuentres a una mujer que sepa amar como tú. Te lo mereces.

Te quiero muchísimo, nunca lo olvides. Eres una persona muy importante en mi vida y siempre lo serás. Cuídate mucho. Y perdóname.

Ojalá hubiera más amigos como tú en este mundo; habría mucha más gente feliz.

Un millón de besos.

Charlotte»

No me di cuenta de que estaba sentado en el suelo llorando hasta que terminé de leer la carta. Habrá gente que piense que soy una nenaza por llorar, cosa que me parece absurda. ¿Acaso los hombres no tenemos derecho a hacerlo? Somos tan humanos como las mujeres.

Se me quitaron las ganas de tomar café. Subí a la habitación, entré en el dormitorio donde tenía mi ropa y empecé a recogerla. Ya nada me ataba a aquella casa si ella no estaba.

Cogí el teléfono y marqué el número de José, otro que iba a poner el grito en el cielo.

—Buenos días, Mateo. ¿Pasa algo?

—Se ha ido —dije del tirón. Escuché silencio al otro lado—. ¿Me has oído?

—¿Me estás gastando una broma?

—Ojalá, pero no. Es cierto. Se ha ido. Estoy recogiendo mis cosas para marcharme a mi casa.

—¡¿En qué piensa?! Está loca de atar. ¿Pero qué te ha dicho? ¿Con quién se ha ido?

—No piensa. Tiene la cabeza hueca. No me ha dicho nada. Se ha ido con su cámara. Me dijo que tenía algo pendiente con ella, pero no pensé que lo haría ya.

—España. —Escuché al otro lado.

—¿Tú lo sabías?

—Desde que nos conocimos, Rosa siempre quiso llevársela, era su sueño.

—Tengo que dejarte. Encárgate tú de decirlo a los demás, por favor.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. Gracias, José. Hablamos.

Metí el portátil en el maletín y salí de esa casa sin mirar atrás. No me cabía en la cabeza que se fuera sin despedirse, al menos de mí.

Al montarme en el coche, llamé a Evelyn.

—Dime, Mateo. Buenos días.

—Buenos días. Charlotte se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? Esta mujer está loca, te lo juro.

—Cuando me desperté ya no estaba. Solo sé que se iba a España.

—La madre que la parió. Tanto tiempo queriendo ir y se va ahora… Ese viaje lo íbamos a hacer las tres. De verdad, no sé qué se le pasa por la cabeza. ¿Estás bien? —Me quedé callado—. ¿Mateo?

—Perdona… no, no estoy bien. Pero ya pasará.

—Tendrías que ser tú.

—Evelyn, no sigas. No se puede obligar a nadie a amar a alguien. El corazón decide. Bueno, he de dejarte. Ten un buen día. —Colgué.

Tenía razón, pero no podía obligarla a quedarse conmigo. Podría pensar que me había sentido utilizado, pero para nada. Estos días con ella fueron los mejores de mi vida y no me arrepentí ni un segundo.

La verdad es que no tenía ganas de ir a casa. Las pocas cosas del maletero podían quedarse allí un rato más. Puse rumbo al despacho; hacía días que no iba y, aunque confiaba en mi gente, me gustaba estar presente de vez en cuando.

Tuve suerte de aparcar en la misma puerta. No había salido aún del coche cuando recibí una llamada.

—¿Sí, dígame?

—Espero que te hayas despedido bien de esa zorra, porque no la volverás a ver más. —Y colgó.

—Me cago en la puta —solté en voz alta.

Bajé del coche todo lo rápido que pude, entré sin saludar a nadie y fui directo a mi despacho, donde cerré la puerta de un portazo.

Busqué el teléfono de Levi y lo llamé.

—Aquí Campbell.

—Levi, soy yo. Mateo.

—Hostias, no me había fijado en el número. ¿Qué necesitas?

—Charlotte se ha ido. Pero lo más importante es que acabo de recibir una llamada diciendo que no la voy a volver a ver.

—Mateo, para. Tú te dedicas a esto. ¿Cuáles fueron las palabras exactas?

—«Espero que te hayas despedido bien de esa zorra porque no la volverás a ver más.»

—¿Habéis peleado? Tenías que estar pendiente de ella, joder.

—No hemos peleado. Estaba durmiendo. Cuando desperté, ya no estaba.

—Perdona, tío, no quería decir eso. ¿Sabes dónde puede haber ido?

—Sí. A España.

—Vale, escucha: Liam está allí. —Cuando oí eso terminé de romperme—. Hablaré con mi superior y, cuando contactemos con él, intentaremos dar con ella.

—No podemos esperar. Mandad fotos a los aeropuertos, haced algo, joder.

—Mateo, tranquilízate. Sabes cómo funciona esto.

—Levi, si la encuentran, la van a matar y lo sabes tan bien como yo. Voy a preparar mis cosas y me voy ahora mismo a España.

—No hagas una locura.

—Una locura es quedarse de brazos cruzados. ¿Sabes de dónde era Rosa, la madre adoptiva de Charlotte?

—No tengo ni idea… pero estoy seguro de que Evelyn sí lo sabe.

—Vale. Pregúntaselo. Voy a buscar un vuelo ya. Me da igual la ciudad.

Y colgué. Esta mujer no veía el peligro. Aún no se había recuperado de todo lo que pasó y va, y se marcha. Si me lo hubiera pedido, me habría ido con ella.

Capítulo 27



Charlotte

Me dio mucha pena marcharme como me marché, pero más pena me dio no haberme podido despedir de mis amigos, sobre todo de Mateo, ese hombre que me había demostrado que de verdad me amaba. Un hombre al que yo no podía corresponder por amar a otra persona… una persona que, aun cuando le pedí que se marchara, tampoco se quedó para luchar.

Le dejé una carta. No quería irme sin agradecerle todo lo que había hecho por mí, ni sin pedirle perdón por desaparecer como una ladrona en mi propia casa. Sentía como si cada palabra escrita en esa carta me arrancara un pedazo del pecho. Era ridículo, lo sé, porque había sido yo quien decidió marcharse. Pero una cosa es decidirlo y otra muy distinta llevarlo a cabo. Mientras la escribía me temblaban las manos, no por miedo a irme, sino por el miedo a lo que dejaba atrás… a lo que ya no podría recuperar.

Pero sabía que, si me quedaba un minuto más, no me habría dejado marcharme sola. Y era lo que necesitaba. O lo que creía necesitar.

Era cierto que lo quería mucho; estaba confundida. A veces pensaba que él era el hombre de mi vida y otras veces me decía que jamás podría serlo.

No me importaba que supieran dónde estaba. España era muy grande, y nadie, excepto mis amigas, sabía de dónde era Rosa. Aun así, sería demasiada casualidad que me encontraran. Acababa de aterrizar en el aeropuerto de

Madrid y desde allí tenía que coger otro vuelo a Sevilla, que era donde pensaba quedarme.

No tuve ni que recoger maleta porque solo llevaba una mochila y mi cámara de fotos. Me dirigí a una cafetería: eran las seis de la tarde, hora local. Me había pasado todo el vuelo durmiendo; lo necesitaba. Ese descanso sin una sola pesadilla me dejó el cuerpo más ligero, como si el simple hecho de alejarme de casa hubiera aflojado un poco la cuerda que llevaba meses apretándome el pecho.

Pedí un café y un cruasán. Mientras esperaba, me quedé mirando cómo la gente iba y venía arrastrando maletas, riendo, hablando por teléfono, viviendo su vida sin tener ni idea de la guerra interna que yo llevaba encima. Y supongo que fue justo eso lo que me hizo llorar: la sensación de que el mundo seguía moviéndose aunque yo sintiera que el mío llevaba meses detenido.

Me quedaban dos horas para mi vuelo a Sevilla y ya estaba empezando a venirme abajo. No quería, pero no podía evitar pensar en todo lo que había dejado atrás. Miré hacia la puerta y vi a dos policías entrando. Me pasé una mano por la cara para secarme las lágrimas, intentando recomponerme, pero la ansiedad siempre tiene ese don maravilloso de aparecer cuando menos la invitas.

Respiré hondo, apoyando los codos en la mesa, intentando convencerme de que nadie estaba mirando… aunque en el fondo sabía que sí. Me puse tensa cuando empezaron a mirar por la sala y se detuvieron justo en mi dirección.

Creo que se dieron cuenta de mi reacción, porque uno de ellos se acercó.

—Buenas tardes, señorita, ¿se encuentra usted bien?

—Buenas tardes, agente… no sé si aquí se dice así —le dije, intentando rebajar la tensión.

—Sí, así está bien. Pero no me ha contestado.

—Sí, estoy bien, gracias. Solo que acabo de llegar de Santa Mónica y ya estoy echando de menos a mis amigos.

—¿Viene sola? —asentí—. ¿Puedo ver su documentación?

Estuvo revisándola, hablando con su compañero mientras me miraba de reojo. Después volvió conmigo.

—¿Puedo ver lo que lleva en la mochila?

—Solo llevo algo de ropa y mi cámara de fotos.

—¿Puedo verlo? —Abrí la mochila y solté un suspiro—. Lo siento, es mi trabajo.

—Lo sé, perdone. Estoy cansada y aún me quedan dos horas para coger el vuelo a Sevilla.

—Está bien. Ya no la molesto más. Que tenga un buen viaje y disfrute de la estancia en nuestro país.

—Gracias. Que tengan buena jornada.

Por un momento pensé que habían dado el aviso para retenerme. Mi cabeza empezó a correr a mil por hora, imaginando a Mateo llamando a medio planeta, a Levi cabreado, a Evelyn intentando frenarlos… a Liam, quizá, enterándose por alguien más. Y ese pensamiento me dolió más de lo que quería admitir. Me prometí no buscar su nombre en ningún sitio, ni preguntarle a nadie… pero, Dios, cómo costaba no hacerlo.

Había alquilado un apartamento en el centro. No me apetecía un hotel; necesitaba calma, silencio y no cruzarme con demasiada gente.

Después del café estuve paseando por el aeropuerto. Salía a la calle y volvía a entrar, me metía en tiendas sin mirar nada… Solo caminaba. En una de esas, me crucé dos veces con los agentes de antes, que al verme sonreían.

Por fin llegó la hora de embarcar. Qué largo se me estaba haciendo todo. Viajar sola era una cagada monumental… pero si querías quitarte del medio como yo, no había otra.

Me acomodé en mi asiento. Esta vez sí me había tocado ventanilla. A mi lado había un chico de muy buen ver, la verdad. Miraba por la ventanilla cuando me habló.

—Tienes mucha suerte —me dijo sonriendo.

—¿Perdona? —Le devolví la sonrisa.

—Que tienes suerte de ir en ventanilla. Así, si se cae el avión, te da tiempo a ver dónde vas a morir.

—Ja, ja, ja… ¿Miedo a volar?

Su humor tonto me descolocó un poco. Hacía tiempo que no hablaba con un desconocido sin sentir desconfianza inmediata. Aun así, mantuve la guardia arriba. Una cosa es soltar una risa y otra muy distinta es abrirle la puerta a alguien.

—Digamos que más que miedo es respeto. Prefiero el coche. O el tren.

—Pues déjame decirte que el mejor sitio es donde no ves dónde te vas a morir.

Soltó una carcajada.

—Me llamo Adrián. —Me tendió la mano.

—Charlotte. —Le devolví el gesto.

—Tu acento te delata. ¿De dónde eres?

—De Santa Mónica.

—¿Y qué haces tan lejos de casa? No me digas que estás huyendo de un novio.

—Más o menos… —Me miró serio—. Es broma. Mi madre era de Sevilla y vengo a conocer la ciudad.

—Eso está bien. Conocer las raíces. Ya verás como te gusta. Sevilla tiene un color especial, como dice la canción. ¿Vienes por mucho tiempo?

—No lo sé. Cuando viajo con mi cámara, no suelo quedarme mucho en el mismo sitio.

Nos callamos cuando la azafata empezó a hablar. Me abroché el cinturón y volví a mirar por la ventana. Sentí a Adrián acercarse por detrás para ver el despegue. Su respiración me rozó el cuello y me puse tensa. Él lo notó.

—Perdona, no quería incomodarte. Solo quería ver el despegue.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Te has puesto tensa y la respiración te ha delatado.

—Lo siento… no sé qué decirte.

—No tienes que decir nada. Ha sido culpa mía. Lo siento si te he incomodado.

Asentí y seguí mirando el cielo. Azul limpio. Y otra vez mi cabeza se fue a lo que había dejado atrás: Ava, cómo se rompió todo… cómo nunca me perdonaría lo que a ella le hicieron.

—Charlotte —me llamó Adrián—. ¿Te apetece? —Me ofreció unas galletas de chocolate.

—Gracias. Te quitaré solo una. Las galletas son mi debilidad. —Probé una —. Están buenísimas. ¿A qué te dedicas?

—Soy arquitecto. He venido a Madrid a presentar un proyecto.

—¿Ha habido suerte?

—Sí. En dos meses empezamos la obra. Vamos a remodelar un hotel entero.

—Me alegro mucho.

—¿Y tú? ¿Eres fotógrafa profesional?

—Sí. Tengo un estudio en Santa Mónica. Me dedico a casi todo, aunque últimamente estoy más centrada en moda.

—Se te nota el brillo en los ojos cuando hablas de tu trabajo.

—Es lo más importante que tengo.

—¿Familia?

Negué con la cabeza.

—Amigos —añadí antes de volver a mirar por la ventana.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Él respetó mis ganas de no hablar.

Una vez aterrizamos, esperé a que todo el mundo saliera. Cuando bajé, me di cuenta de que Adrián estaba esperándome.

—¿Tienes cómo irte?

—Sí, en taxi.

—Anda, ven, que te llevo yo. Tengo el coche en el aparcamiento.

—No quiero molestarte.

—Charlotte, no eres una molestia. Además… me he dado cuenta de que hablas conmigo con cuidado, como si te diera miedo que un hombre se te acercara demasiado. Te lo digo desde ya: puedes estar tranquila. No soy un asesino en serie ni un depravado. Mis padres me educaron muy bien.

Suspiré.

—Está bien. Me voy contigo. Pero de verdad, no quiero alterar tus planes.

—¿A dónde vas?

—A la plaza de La Gavidia. —Su cara cambió—. ¿Qué?

—No te lo vas a creer, pero yo voy a la calle Baños.

—No sé dónde está nada.

—Pues tú te quedas en el medio y yo justo detrás. —Reímos.

No sabía si había mucha distancia del aeropuerto a nuestro destino, pero a mí se me hizo corto. Iba pegada a la ventanilla, embobada con el paisaje, viendo cómo cambiaba todo a cada metro. Nada se parecía a Santa Mónica: ni las calles, ni los edificios, ni la luz. Incluso el aire se veía diferente, como más cálido, más viejo… más vivo.

El trayecto lo hicimos prácticamente en silencio, solo roto cuando yo le preguntaba algo y él me respondía. Agradecía ese silencio, porque no me sentía preparada para conversar con desconocidos, pero él tenía esa energía tranquila que hacía que no me sintiera presionada a hablar.

Llegamos a Sevilla y lo acompañé a dejar el coche en un parquin. Después me acompañó hasta mi apartamento. Me sorprendió que parara justo en la puerta.

—¿Cómo sabías cuál era?

—Porque este es el único bloque de apartamentos turísticos de la zona, y porque mi padre hizo los planos.

Miré la fachada del edificio y sentí un nudo raro en la garganta. No era mi casa, no era mi ciudad, no era mi gente… pero algo dentro de mí se relajó por primera vez en mucho tiempo. Quizá porque aquí nadie me conocía. Nadie esperaba nada de mí. Nadie podía juzgarme por lo que había vivido ni por lo que estaba a punto de hacer.

—Ahora todo cuadra. Muchas gracias, Adrián. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente. ¿Ves esa calle? —asentí—. Pasando el bar de la derecha está mi casa. Si necesitas algo, no dudes en ir. Y aquí tienes mi tarjeta. Por si

acaso.

—No tengo teléfono —mentí.

—Llévatela igual. Y ojalá nos veamos algún día.

Capítulo 28



Charlotte

Subí hasta la primera planta, donde vivían los dueños, para recoger las llaves.

—Buenas noches —le dije a la mujer que me abrió la puerta—. Soy Charlotte. Tengo un apartamento alquilado desde hoy.

Ella me miró como quien mira a una hija perdida que vuelve.

—Qué guapa eres, chiquilla —me dijo sonriendo—. Ven, pasa, no te quedes en la puerta, que aquí hace corriente.

Dentro, el olor a café recién hecho y cera de muebles antiguos me dio una punzada de nostalgia.

—Víctor, mira qué chica tan guapa tenemos de vecina —le anunció ella.

El hombre se levantó de la silla con una educación que ya no se ve.

—Hola, hija. Espero que el tiempo que estés aquí disfrutes de la ciudad.

—Seguro que sí, no me cabe duda.

—Pues nada, aquí tienes las llaves. Para cualquier cosa, solo tienes que llamarnos. ¿Verdad, Manuela?

—Claro que sí —intervino ella sonriendo—. ¿Te ha costado mucho llegar hasta aquí?

—Qué va, para nada. He conocido a un chico que vive ahí al lado y me ha traído.

—Qué majo el chico —dijo con una sonrisa en la cara—. Bueno, te dejo para que descanses.

—Muchas gracias por todo, igualmente.

Me metí en el ascensor con una sonrisa que no esperaba tener ese día.

Cuando salí en la cuarta planta, me encontré en medio de dos puertas. La mía era la derecha.

Nada más entrar, me recibió una luz cálida y ese olor a apartamento recién limpiado.

Una estantería a media altura de la pared con un cuenquito que ponía «llaves». Al lado había una vela aromática. Pequeños detalles que decían: *alguien pensó en que esto fuera un hogar.*

La cocina era pequeña pero funcional: vitrocerámica de dos fuegos, microondas encastrado y una nevera que prometía llenarse pronto. Armarios arriba y abajo, y al lado, una puerta corredera que daba a un mini—cuarto con lavadora, secadora y pila. ¡Aquello era más cómodo que muchos pisos grandes!

Bajo una mesa de pared, dos taburetes. Minimalista, sí, pero acogedor.

Salí de la cocina y, al dar un paso, vi una puerta doble que daba al salón. Me quedé con la boca abierta. En el lado derecho había una mesa bajita blanca con un sofá en color camel; detrás, un mueble con estanterías de pared a pared y seis cajones abajo, dos por cada estantería.

Al otro lado se encontraba una mesa redonda con seis sillas, todo en blanco. Algunos cuadros pintados colgaban de la pared.

Lo que me dejó muda fue la terraza: una pequeña terraza con una mesa y cuatro sillas protegidas por una carpa; dos tumbonas con una pequeña mesa en medio.

Pero lo mejor de todo eran sus vistas: miraras donde miraras, te fascinaban. Me metí para dentro porque aún me quedaba por ver. Seguí por el pasillo, que era en forma de L, y encontré tres puertas. Una era un dormitorio con una cama individual, una mesita de noche y un armario empotrado.

La otra puerta era el cuarto de baño. Aunque era pequeño, se veía espacioso. Y por fin llegué a la última puerta, donde estaba la cama de matrimonio, su armario empotrado y un baño bastante pequeño, pero para lo que yo necesitaba estaba bien.

Mi estómago estaba reclamando comida. El frigorífico estaba enchufado, sí, pero vacío. Ni una triste botella de agua. Tampoco tenía intención de convertirme en la chef del año, pero algo para picar por las noches y desayunar sí tendría que comprar.

Cogí las llaves y salí. Necesitaba encontrar un sitio donde cenar algo. Recordé que Adrián me había dicho que en la calle donde vivía había un bar, así que me adentré por ella. Mañana, con más calma, ya investigaría los alrededores.

Abrí la puerta del local y no me esperaba verlo tan lleno. Había un murmullo cálido, de esos que te hacen sentir acompañada incluso cuando vas sola. Vi una mesa al fondo, pero no sabía si debía sentarme o esperar a que alguien me llevara. Estaba completamente perdida en cómo se hacían las cosas aquí.

—Buenas noches. ¿Vienes sola? —Escuché una voz a mi espalda.

—Hola, buenas noches. Sí, vengo sola. Quería cenar algo.

—Perfecto. Acompáñame. Soy Sandra y seré tu camarera.

—Gracias, Sandra. Yo soy Charlotte.

Pensé que me llevaría a la mesa que había visto, pero no. Me condujo a una que daba a la calle, con las ventanas abiertas, un aire fresco entrando y una vista preciosa de la plaza.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó.

—Una botella de agua, por favor.

—¿Para cenar? Te puedo recomendar un *pescaíto* frito variado…

—Eso está bien, gracias.

Mientras esperaba, me quedé observando a una familia: dos adultos, dos niñas, carcajadas sinceras. Disfrutaban de la noche. Ese tipo de felicidad sencilla me daba una punzada suave en el pecho. Y durante unos segundos sentí nostalgia… de cuando todo era fácil.

—Pero bueno, qué preciosa sorpresa. —Escuché una voz riendo—. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro —respondí—. Será un placer hablar con alguien durante la cena.

Sandra llegó con el agua y Adrián frunció el ceño con teatralidad:

—¿Agua? No, hombre. Sandra, tráenos dos cervezas bien fresquitas. Pero deja el agua aquí. ¿No bebes?

—No me gusta beber sola. No es lo mismo. Yo me he llegado a beber hasta el agua de los floreros.

—Agg, qué asco. Tiene que estar horrible —soltó. Nos reímos—. ¿Te ha gustado el apartamento?

—¿Que si me ha gustado? Me ha enamorado. Nada más entrar supe que era mío. Y la terraza… no tienes idea.

—Nunca había oído a nadie hablar con tanto entusiasmo de un apartamento.

—¡Como para querer comprarlo! —bromeé.

Sandra nos interrumpió trayendo las cervezas.

—¿Te pongo lo de siempre, Adrián?

—Lo mismo que a ella. Seguro que ha pedido pescado frito.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es uno de los platos estrella para los turistas extranjeros —dijo, guiñándome un ojo.

—Muy listo. Bueno, ¿qué me recomiendas ver primero?

—¿En serio me lo preguntas? Este barrio. Sin duda. Déjate perder. Las calles te llevan de lo moderno a lo antiguo.

—No sé si fiarme de ti. Tal vez se lo pregunte a Manuela o Víctor.

—¿Los conociste?

—Sí. Los dueños. Son adorables.

—Me alegro mucho. Nunca sabes con quién te vas a topar. ¿Cuando terminemos, te apetece tomarte una copa en mi casa? —Me tomó la mano y notó cómo me tensaba—. Tranquila. Si no quieres, no pasa nada. Lo entenderé.

—Lo siento… no es que no quiera, es que…

—¿Te ha pasado algo con los hombres?

—No quiero hablar de eso. Lo siento… creo que me voy a ir.

—No me voy yo —dijo con suavidad—. Termina tranquila tu cena. Que descanses, Charlotte.

Se levantó, habló con Sandra y salió del bar. Lo vi irse y sentí la punzada inevitable de la culpa. Era un buen tipo, y aun así yo no podía confiar. Mi cabeza no estaba lista.

Sandra trajo el pescado. Y aunque no tenía mucha hambre, sabía que si no comía, mi cuerpo me pasaría factura. Estaba delicioso. No dejé nada más que las raspas. De postre pedí unas natillas caseras con galleta. Otro chute de felicidad.

Cuando quise pagar, Sandra me dijo:

—Está todo pagado. Puedes irte tranquila.

No necesitaba que nadie me lo confirmara: había sido Adrián.

Caminé hasta el portal y me detuve un momento, observando a un grupo de jóvenes sentados en un banco de la plaza. Sus risas me arrastraron inevitablemente a nosotras tres —Ava, Evelyn y yo— con nuestras tonterías, nuestros dramas de adolescentes y ese mundo que entonces parecía enorme y ahora tan pequeño. Aquel recuerdo me pinchó en el pecho, mezcla de nostalgia y de algo que no esperaba sentir: un poquito de esperanza.

Subí al apartamento y fui directa al baño. Necesitaba una ducha como quien necesita oxígeno. Saqué bragas y pijama de la mochila. Apenas me quedaba una muda para el día siguiente, cuando iría a comprar ropa.

El agua estaba a una temperatura perfecta. Puse las manos apoyadas en la pared y me reí sola. Sí, Mateo vino a mi cabeza. Qué estúpida era mi memoria para elegir momentos.

Fue una ducha ligera. Necesitaba descansar. No creo que me afectara el *jet lag* porque me caía de sueño. Juro que cuando me metí en la cama solté un gemido del gusto que me dio sentir el colchón bajo mi cuerpo. Estaba tan agotada que ni recordaba si había cerrado la puerta de la terraza. Ni me importó.

Como siempre, antes de dormir, le susurré a Rosa un «buenas noches». Luego pensé en Liam. ¿Dónde estaría? ¿Se acordaría de mí? Otro de los errores que cometí fue echarlo de mi vida. Yo misma lo alejé. Y cómo me

arrepentía… pero también me dolía que él no hubiera luchado más por mí. Yo lo habría hecho.

Me acomodé en mi postura favorita y dejé que el sueño me alcanzara. Morfeo me envolvió tan rápido que juraría que ni terminé de pensar mi última frase.

Capítulo 29



Liam

Llevaba una semana en España. El tiempo que estuvimos en Guadalajara fue un completo desastre: no sacamos nada. El chivatazo que le habían dado a Kevin era falso. Nos hicieron creer que estaban allí solo para ganar tiempo.

Había recibido una llamada de Levi… y esa llamada me puso de una mala leche que no recordaba desde hacía mucho. Por dos motivos.

Uno: Charlotte se había ido sin decir nada a nadie, solo con una simple carta para Mateo.

Y dos: eso, que Mateo sí pudo estar con ella, y a mí me apartó como si fuera cualquier cosa.

No me pareció justo en su momento, y tampoco lo veía justo ahora. Quizás yo debí insistir más, como decía Levi que ella esperaba… pero yo también tenía un límite, y el mío lo agotó con tantos desplantes. No ya por no querer verme, sino por ignorarme deliberadamente. Pensar en ella me apretaba el pecho de una forma que no sabía describir.

No era obsesión ni capricho, era esa mezcla rara entre añoranza y rabia, como si me arrancaran algo que nunca había llegado a tener. Si Charlotte supiera cómo me torturaba su recuerdo, cómo se había colado en mis grietas sin pedir permiso… quizá habría entendido por qué me costaba respirar desde que se fue.

¿En qué momento me di cuenta de que Charlotte era la mujer de mi vida? No lo sé. Lo único que tenía claro era que la perdí antes siquiera de tenerla. Lo irónico del destino es que te quita incluso lo que nunca fue tuyo. Y, aun así, te duele como si hubieras perdido la mitad de ti.

Tenía dos frentes abiertos: Seguir con la pista que teníamos de Emilio. Y encontrar a Stuart.

Ojalá lo encontráramos pronto, porque eso era otra cosa que me estaba matando. No podía quitarme ese peso del pecho. Yo era quien lo había empujado a esa misión. Él confió en mí y yo le fallé. Esa clase de fracaso no te abandona nunca; se te enrosca en el corazón y late contigo.

Desde que llegamos nos habíamos instalado en las afueras de Madrid. Tiramos de algunos contactos y conseguimos un piso franco. Nuestro objetivo estaba entre un club de carretera y un chalé en un pueblo cercano.

—Esta vez el chivatazo sí es fiable —dijo Kevin—. Viene de los de arriba.

—Yo no confiaría mucho —respondí, porque ya no me creía nada.

—Lo peor de todo es que no están aquí —aclaró él—. Aunque debemos ir al de carretera. Posiblemente Stuart esté ahí.

—¿Eso es verdad, Kevin?

—Tan verdad como que nos vamos a Sevilla después.

—¿Cómo? ¿Cuándo nos vamos?

—Tranquilo. Antes hay que resolver esto. Esta tarde he quedado con la policía local. Nos ayudarán.

—Stuart viene con nosotros —espeté—. Eso díselo ya.

—Ya lo he hablado. Solo tendrá que declarar y cuando termine… nos lo podemos llevar.

No me hacía más feliz en ese momento que oír eso. Se lo debía. Yo lo metí ahí, prometiéndole que lo sacaría pronto… y fallé. Fallé porque Charlotte estaba ahí metida y me descentré.

Me alegraba saber que Charlotte estaba en Sevilla. Lo sabía por Evelyn, pero no sabíamos exactamente dónde. Iba a tener que pedir favores; pensaba llevármela cuando regresáramos, sí o sí.

Escribí un correo a Levi contándole la buena noticia y que, cuando acabáramos, pondríamos rumbo a Sevilla. No quería, ni podía, darle más datos.

Pasamos el día preparándolo todo. En mi vida había estado tan nervioso: por reencontrarme con Stuart, pero sobre todo por coger a esos hijos de puta que destrozaban vidas sin pestañear.

Saber que traficaban con menores… me revolvió algo oscuro por dentro. Había visto horrores en mi vida, pero eso… eso rompía cualquier límite. Había visto monstruos disfrazados de gente normal, pero este tipo de monstruo era el peor: el que dormía tranquilo después de destrozar vidas.

—Liam, te estoy hablando. ¿En qué piensas?

—En que acabe pronto esta mierda —respondí—. Hay cosas que, con los años que llevo en esto, todavía no me entran en la cabeza.

—La mente humana puede ser muy retorcida. —Me apretó el hombro—. Cuando estemos en Sevilla, ¿sabes dónde ir?

—No tengo ni idea. La amiga de Levi tampoco sabe nada. Charlotte solo les dijo la ciudad.

—Sabes que será difícil dar con ella, ¿no?

—Lo sé. Espero tirar de contactos, porque si no… está jodido.

—Ahora céntrate. Primero esto. Después lo otro. Te ayudaré.

—Gracias, tío. No sabes lo bien que me viene.

—Pues venga. Ya es la hora.

Nos pusimos en marcha cuando llegaron los agentes restantes. Yo iba con los nervios destrozados. El poder reencontrarme con Stuart… y no saber en qué estado lo encontraría… me hacía sentir un nudo en el estómago. Esta gente no se andaba con bromas cuando alguien los traicionaba.

—Deja de pensar, Liam. Hasta aquí escucho tu cerebro dando vueltas —dijo Kevin.

—No puedo evitarlo. Cuando alguien de tu equipo está en peligro… te sientes culpable.

—Lo sé. Pero ahora no puedes cambiar nada.

—¿Estamos listos? —Escuchamos por el pinganillo—. Dentro de diez minutos llegamos. Os quiero preparados.

—Kevin, tú y tu amigo no os separéis —ordenaron por nuestro canal.

Cuando entramos en el club, se desató el caos. Separaron a hombres y mujeres. Nosotros nos quedamos en la parte del bar. Miré a los camareros buscando a Stuart, pero ninguno era él.

Vi a una chica escondida bajo una mesa. Se lo señalé a Kevin y él asintió. Cuando llegué a ella, vi que era muy joven.

—Tranquila —le dije en un español chapucero—. No voy a hacerte daño. ¿Te encuentras bien?

—Quiero irme a casa.

Me quité la chaqueta y se la puse encima. Apenas llevaba ropa. No tendría más de diecisiete… si llegaba. La saqué de debajo de la mesa y entramos en una habitación cercana.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes?

—Me llamo Alicia y tengo veinte.

Me llevé la mano a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Seis años… —Le temblaba la voz—. Salí a tirar la basura y me taparon la cara. Desperté aquí.

Se puso a llorar.

—Tranquila. Pronto estarás en casa.

—Hablas como mi buen amigo —dijo, y mis alarmas saltaron.

—¿Dónde está tu amigo?

—No sé… él es como el chico de los recados. Me da mucha pena.

—¿Y eso?

—Lo han dejado sin poder hablar… y con las manos destrozadas.

Se me heló el alma.

¿Hasta dónde llegaban estos cabrones? ¿Cómo habían podido hacerle algo así?

—Es ese —dijo señalando detrás. Miré y suspiré aliviado—. Que no le hagan nada, él no es malo. Me ha cuidado, igual que su compañero.

—¿Hay otro?

Asintió.

—Sí, el otro está en la cama. Ayer casi lo matan por defender a otra chica. Los dos me han librado de clientes abusivos más de una vez. Son buenos… aunque aquí no se permita serlo.

—¿Te obligaron a hacer algo?

—Desde el primer día. Ellos empezaron… y luego me enviaban con los clientes.

Kevin entró.

—¿Has averiguado algo?

—Estoy en ello. Que no detengan a ese muchacho. Tengo que encontrar al otro. Puede ser Stuart.

—Está bien, pero te haces cargo tú.

—Alicia, ven. Coge a tu amigo y llévame a él.

Bajamos por unas escaleras hasta las habitaciones. Entramos en una. En la cama, de espaldas, alguien miraba la ventana.

—Stuart —dijo Alicia—. Han venido a sacarnos.

Yo me quedé sin respiración.

—No quiero irme. Vete tú, cariño —respondió él.

—Vas a volver conmigo quieras o no —dije.

Cuando escuchó mi voz, sollozó.

—¿Liam? ¿Eres tú?

—El mismo.

Al verlo de frente me quedé sin aire. Su rostro era un mapa de dolor. No hizo falta que hablara: su estado lo decía todo. Había algo en sus ojos que me destrozó. No era solo dolor físico. Era esa mirada que tienen los que han visto demasiado, como si el alma se hubiese quedado atrás.

—Es culpa mía —dijo una chica saliendo del baño—. Si no me hubiera defendido, estaría muerta.

—Ya está, Carla —respondió él—. Lo volvería a hacer.

Quise vomitar. ¿Cómo podía haber gente tan miserable?

—¿Lo vio un médico? —pregunté.

—Sí, pero no le hicieron nada. El Tuerto dijo que no merecía la pena. Que debería morirse ya.

Ese nombre me paralizó.

—Liam —dijo Stuart—. Están buscándola. Saben que está viva. Y en Sevilla.

No.

No, no, no.

Mi primera reacción fue negarlo, como si con negar bastara. Pero no. Sabía que esa gente tenía tentáculos largos. Y si la encontraba… ese pensamiento me perforó el pecho.

—¿Cómo coño saben eso? —solté. Solo lo sabíamos los allegados. Y el primer nombre que se me vino a la cabeza… Ava.

—Alicia, llama para pedir una ambulancia. Tres, por si acaso.

Quería sacarlos de allí a toda costa. No solo porque era mi deber, sino porque mirarlos a los ojos me recordó la primera vez que elegí este trabajo: para evitar que alguien viviera lo que ellos habían vivido.

Un agente entró.

—Ya están en camino.

Yo no sabía qué había arriba. Pero aquí abajo… aquí había un infierno. Y yo iba a abrir cada puerta hasta arrancar respuestas. Sabía que esta noche no iba a dormir, pero tampoco me importaba. Algunas batallas te quitan el sueño, pero otras… otras te devoran la conciencia.

Capítulo 30



Charlotte

Habían pasado ya tres semanas desde que había llegado a Sevilla. No pude tener mejor idea. Estaba disfrutando muchísimo del viaje: todas las mañanas salía del apartamento con mi mochila colgada, llevando dentro mi cámara.

Adrián, por su trabajo, no podía acompañarme todo el día, pero cada mañana a las diez en punto desayunábamos juntos. Daba igual el barrio en el que estuviera: a esa hora él llegaba y yo lo esperaba allí, puntual.

Un día me contó que Manuela y Víctor eran sus padres. Me quedé de piedra. También me dijo que el ático que había enfrente del que yo me alojaba era suyo y que jamás lo alquilaba. Era idéntico al mío, solo que no compartían las vistas.

Una tarde me invitó a salir. Me dijo que tenía una sorpresa para mí. La sorpresa fue enseñarme Sevilla en coche de caballos. Quedé maravillada. No paré de sacar fotos a todo lo que veía. Nos cruzábamos con otros coches y saludábamos con la mano. Disfruté como una niña pequeña.

Después del paseo me llevó a cenar al barrio de Triana, a la orilla del río. Pedimos pescado frito —sabía lo mucho que me había gustado ese plato— y también otros que, según él, «quitaban el *sentío*».

Cuando acabamos, lo invité a una copa en el ático. La temperatura acompañaba, así que estuvimos allí hasta bien entrada la madrugada. Adrián

era un hombre muy guapo, no lo podía negar. Pero cuando quiso besarme, tuve que pararle los pies.

Le conté el motivo por el que no quería nada con nadie. Se lo conté todo: que estaba enamorada de Liam, lo que había ocurrido con Mateo, por qué vine a España… y todo lo que me había pasado desde que hice aquellas malditas fotos.

Él también me contó su última relación, una de cinco años en la que descubrió que ella solo estaba con él por interés y que tenía otra relación a la vez.

Desde aquella noche algo cambió entre nosotros. Y no para mal. Al contrario: quiso estar más pendiente de mí y se mudó a su ático. Ahora no solo lo tenía de amigo, sino también de vecino. Pero había algo que los dos notábamos: la tensión que había entre nosotros.

Era viernes por la mañana. Salí como todos los días, pero esta vez no iba sola. Iba con Manuela al mercado porque quería hacer una paella.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dijo ella, algo apurada mientras desayunábamos.

—Si no es muy difícil, pregunta.

—¿Hay algo entre mi hijo y tú?

Esa pregunta me pilló completamente desprevenida.

—Solo una bonita amistad, Manuela. ¿Por qué lo preguntas?

—Mi hijo lo pasó muy mal en su última relación y no quiero que vuelva a sufrir. Perdona que te lo diga así. —Tenía lágrimas en los ojos.

—Manuela —le tomé la mano—, no llores. Tu hijo y yo tenemos las cosas claras: solo amistad.

—Ay, hija… qué apuro. Pero lo pasó tan mal que no sé si podría salir otra vez del pozo.

—Ojalá yo hubiera tenido una madre que se preocupara tanto por mí como tú por él.

—No le digas nada, por favor. Se enfadaría conmigo.

—Tranquila, queda entre tú y yo.

Terminamos de desayunar en silencio. La pobre mujer estaba incómoda y no quise incomodarla más.

Fuimos al mercado. Pescadería. Carnicería. Frutería. Al salir, se encontró con una amiga que hacía tiempo que no veía. Me pidió si podía llevar la compra a casa mientras ella se tomaba algo con su amiga.

Me dio la risa la forma en que me lo pidió.

Cuando iba de camino, sentí como si alguien me siguiera. Me había vuelto paranoica desde todo aquello, siempre asustada por nada… pero esta vez era distinto. Era como si alguien me observara.

Al entrar en una calle para salir a la plaza, me asusté porque no pasaba nadie. Sentía pasos detrás de mí, pero no me atrevía a mirar.

—¡Charlotte, no corras tanto!

—¡Adrián! Me has asustado.

—No era mi intención. Lo siento.

—¿Eras tú el que venía detrás de mí?

—No. Había un hombre delante de mí y se metió en esa otra calle. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo… solo me asusté un poco.

—Charlotte, ¿hay algo que me quieras contar? Anda, dame las bolsas y vamos a tu casa.

—Tengo que ayudar a tu madre con la paella.

—Vamos a tu casa —dijo sin aceptarme réplica.

Me alegró que apareciera. Me había asustado mucho.

—Venga, entra y date una ducha mientras te preparo una tila.

—No tengo ganas de ducharme.

—¿Quieres darte un baño en mi ático?

—¿Tienes bañera?

—Claro. Ya te dije que tenía solo una habitación porque la otra la convertí en baño grande.

—¿Me das un abrazo? —Lo necesitaba.

—Todos los que quieras.

Me abrazó fuerte. Me reconfortó. Noté su cuerpo reaccionar y él se apartó rápido.

—Lo siento, será mejor que me vaya.

—Quédate, por favor.

—Charlotte… sabes lo que puede pasar.

—No tiene por qué pasar nada.

—Charlotte, no me hagas esto.

—No quiero que te vayas.

—Ni yo irme.

Me sostuvo la cara con sus manos y me besó. Besos suaves, como pidiendo permiso. Fui yo quien lo besó después.

Fuimos a mi dormitorio. Me quitó la camisa despacio. Cuando bajó la mirada a mi vientre, me tensé. Él no sabía de mis señales. Lo vi tragar saliva, acercarse, y, con la yema de los dedos, recorrió cada marca.

—Siento que te haya pasado esto —me dijo con delicadeza—. Nadie debería pasar por algo así.

—No deberías haberlas visto.

—Charlotte… forman parte de ti. Y alguien que te quiera tendrá que quererlas también.

Me recosté y él besó mi piel como si quisiera borrar cada cicatriz con sus labios. Me hizo llorar y me secó las lágrimas sin decir nada. Lloraba porque me estaba permitiendo sentir sin miedo.

Yo lo necesitaba. No por sexo. Por sentirme viva. Por sentirme mujer. Por olvidar por un momento que había algo roto en mí.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —mentí.

—Si quieres que pare…

—No. Solo quiero que estemos juntos… y que me hagas sentir especial.

Sus movimientos eran pausados, cuidadosos, atentos a cada gesto mío. Lo miraba a los ojos y veía deseo, admiración… no lástima. Recorrió mi cuerpo con la mirada como si lo memorizara.

Notaba cómo la respiración se me aceleraba, cómo el cuerpo entero respondía a él sin que yo se lo pidiera. Cuando llegó donde más lo necesitaba, me sostuvo la mirada, como preguntándome sin palabras. Y yo asentí, sin voz.

Empezó a mordisquear mi clítoris suavemente para luego succionarlo y darle lametazos en círculos, mientras introducía dos dedos en mí, que metía y sacaba cada vez más rápido. Una ola empezó a formarse junto con un temblor desde muy adentro que me arrebató el aire. Me aferré a él como si en ese instante el mundo fuera demasiado grande y yo demasiado pequeña. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente y, cuando el placer me atravesó, apenas pude respirar.

Entonces, casi sin tiempo de recomponerme, se incorporó y abrió un cajón del que sacó un preservativo. Se lo colocó rápidamente, me miró a los ojos buscando deseo y no miedo, y de un solo empujón entró en mí. Empezó a moverse con movimientos lentos al principio, hasta que ambos dejamos de contenernos y los movimientos se volvieron frenéticos.

La habitación se llenó de sonidos, gemidos, jadeos… hasta que ninguno pudo más y alcanzamos juntos el clímax. Por un instante, no pensé, no temí, no recordé. Solo sentí.

Al terminar, nos quedamos sin fuerzas, respirando entrecortado.

—Charlotte, hacía mucho que no sentía algo así.

—No me digas eso, Adrián. Sabes que no puedo corresponderte.

—Lo sé. Me basta con estar a tu lado… por ahora.

—Pero yo me marcharé y tú…

—Lo sé, soy consciente de ello. Pero después de mucho tiempo siento que podría volver a amar a alguien.

Yo no pude responder. No quería darle esperanzas, pero tampoco quería herirlo.

Capítulo 31



Liam

Por fin había llegado el día de ir en busca de Charlotte. Esperé el tiempo que fue necesario para que Stuart se recuperara. En esos días habían pasado muchas cosas: detuvieron a casi todos esos hijos de puta… a todos menos a dos, los dos que más me preocupaban. Otra vez se nos habían escapado: el Colombiano y el Tuerto.

Stuart me contó cómo se enteraron de que Charlotte estaba en España. Al parecer, alguien del entorno del Tuerto la vio en el aeropuerto de Madrid y no se fue hasta comprobar qué avión iba a coger. Por eso supieron que estaba en Sevilla.

Cuando llegó al hospital, descubrimos el alcance de las lesiones: tres costillas rotas, inflamación en el hígado por los golpes y varios puntos, tres en la ceja y dos en el labio.

Stuart no hablaba del dolor físico, pero sí del emocional. Ese no se veía… pero era el que iba a tardar más en curar.

Hicimos una videollamada con Levi. Jamás lo había visto llorar como cuando vio a nuestro compañero. No le dije nada sobre Charlotte; no queríamos que se preocupara.

Alicia no se movió de su lado después de que la examinaran. La convencí para ir a su casa a hablar con sus padres. Lo que no imaginamos fue lo que

encontraríamos.

En su casa no había nadie. Llamó a su vecina y, si no llego a sujetarla, la mujer se habría desmoronado. Con voz temblorosa nos explicó que, tras la desaparición de Alicia, su madre no pudo con el dolor y falleció al cabo de un año. Su padre tampoco soportó la pérdida y su salud se deterioró rápidamente por el alcohol. Al final, ambos se habían ido sin llegar a saber qué había sido de su hija.

No tenía familia ni tampoco casa, porque el banco se había quedado con ella al no poder pagar la hipoteca. Alicia no dijo nada. Abrazó a su vecina en silencio y salió sin mirar atrás. Esa calma rota fue más devastadora que cualquier llanto. Había perdido más de lo que yo podría imaginar… pero aun así seguía adelante. Esa es la verdadera definición de valor.

Seguíamos allí. Stuart estaba a punto de recibir el alta.

—No me puedo creer que por fin me vayan a dar el alta —me dijo sentado en la cama—. Pensé que no llegaría el día.

—Siempre llega —le dije—. Siento todo lo que has tenido que pasar. Nunca pensé que esto iba a llegar tan lejos.

—No te culpes, Liam —respondió él con un suspiro—. Sabes que nuestro trabajo, por desgracia, a veces es así… y esta vez me tocó a mí.

—Ahora toca salir de aquí y recuperar la vida —afirmé.

Hubo un pequeño silencio antes de que me atreviera a preguntar:

—Stuart… ¿qué pasará con Alicia? —dije mirando por la ventana—. He ido con ella a su casa y no tiene a nadie.

—Estoy enamorado de ella. Y viene conmigo. Sergio y Carla también, pero necesitan pasaportes.

—Por eso no te preocupes. Si es lo que quieres, hablaré con Kevin. Él tiene más mano aquí que nosotros.

—Qué puta pesadilla. Espero que podamos dar pronto con Charlotte y poder irnos. Necesito estar en casa.

—Puedes irte tú cuando tengamos los pasaportes solucionados.

—De aquí no se va nadie hasta que no nos vayamos todos. Recuerda que somos una familia.

Esa palabra me golpeó más fuerte que cualquier ascenso o reconocimiento. No éramos un equipo… éramos los únicos que teníamos. En este trabajo aprendes a querer con reservas, pero a proteger sin límites.

Alicia entró en la habitación con una bolsa llena de ropa para Stuart, ya que no tenía nada. Detrás de ella entró el médico con el alta.

—Bueno, aquí tienes lo que tanto querías. Recuerda seguir las recomendaciones que te escribí y, por favor, no olvides hacer ejercicio suave durante un mes.

—Tranquilo, doctor —habló Alicia—, lo hará al pie de la letra. De eso me encargo yo.

—¿Lo ve, doctor? —contestó Stuart—. No hay peor advertencia que la de una mujer. —Reímos.

El médico se despidió y salió. Yo también salí para dejarlo ducharse y vestirse.

Me senté en una silla del pasillo. Pasó una enfermera y me guiñó un ojo. Ese gesto descarado me hizo sonreír. En medio de tanta miseria, un gesto normal parecía un lujo.

Por un segundo sentí algo parecido a la normalidad, como si el mundo siguiera girando pese a todo.

Mi mente viajó a Charlotte. ¿Qué estaría haciendo? ¿Pensaría en mí alguna vez como yo en ella? No podía evitar sentir celos de Mateo. Nuestra relación se enfrió en cuanto me enteré de lo que había tenido con ella.

Sé que nuestro trabajo a veces nos obliga a hacer cosas que no nos gustan, pero no tenía que haber llegado hasta ese punto.

—¿Pensando en cómo dejar de comerte la cabeza? —me dijo Stuart riendo —. Sácame de aquí ya.

—Qué impaciente eres —dijo Alicia—. Ni que te fueras a quedar aquí para siempre.

—Venga, vámonos, que tenemos que preparar un viaje —le dije guiñándole un ojo.

El camino al piso lo hicimos casi en silencio. Yo metido en mis pensamientos; ellos… no sabía si Stuart ya le había dicho a Alicia lo de irse.

Kevin nos estaba esperando junto a Sergio y Carla.

—Bienvenido, Stuart —dijo Carla dándole un beso—. Sergio también te manda uno.

—Gracias, chicos. Os lo agradezco.

—Aquí está lo que me pidió Liam: los pasaportes —dijo Kevin.

—¿Así tan pronto?

—Nada como tirar de contactos. Mañana a las nueve tenéis que estar en Atocha. Nos vamos a Sevilla.

Todas las miradas fueron hacia mí. No me importaba. Aquella era la primera vez que sentía que todo lo que habíamos vivido nos llevaba a algo que sí merecía la pena. Solo quería encontrar a Charlotte. Abrazarla. Tenerla entre mis brazos.

Pedimos *pizza* para cenar. No esperaba que la cena transcurriera entre risas y anécdotas de Stuart y mías. Hubo un momento en que los ojos de Sergio y los míos se cruzaron. Sentí lástima. Nadie merecía lo que le habían hecho.

Carla se entendía muy bien con él. Llevaba una pizarra colgada del cuello y hasta él bromeaba con eso. Le prometimos llevarlo a una academia de signos para que pudiera comunicarse sin barreras. Carla dijo que iría con él, y que cuando tuvieran hijos les enseñaría lengua de signos. Lo abrazó agradeciendo todo. Y vi en los ojos de ella que lo hacía por amor.

Cuando recogimos, cada uno fue a su habitación. Yo me quedé un rato en el salón.

—Liam —me llamó Carla—, gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. No tendré vida para agradecerlo.

—Hicimos lo que teníamos que hacer. Siento lo que le hicieron a Sergio.

—Yo también tenía una voz muy bonita… Pero si más lo siento, es por él. Ahora no es el mismo.

—Con tu amor volverá a serlo. Y ahora vamos a descansar, que mañana madrugamos.

Me fui a la habitación a intentar dormir, pero justo en ese momento Stuart entró sin llamar.

—Será posible… ¿tanto te cuesta llamar? —dije levantándome en la cama.

—No es el momento para bromas —contestó, algo alterado.

—Pues entonces entra y cierra la puerta, que por lo visto la intimidad aquí es opcional —solté sin poder evitar reírme un poco—. Anda, dime qué te pasa.

—Que no me dice esa mujer que no estoy en condiciones para mantener relaciones. —Bufó Stuart.

Solté una carcajada inevitable.

—¿Y por eso entras así, como una furia?

—Que no te rías, joder. Si Charlotte te hiciera eso, ¿qué harías?

—Nada. Ya me lo ha hecho —suspiré—. A ti te tiene; a mí me echó de su vida sin preguntar siquiera si yo quería quedarme.

—Lo siento, tío…

—No te preocupes. Espero aclarar las cosas con ella cuando la encuentre.

—Estoy seguro de que sí. Pero me preocupa que esté en peligro sin saberlo.

—Eso lo he pensado yo también. Por eso no veo la hora de estar en Sevilla. Stuart… creo que no te he dado las gracias por lo que hiciste por ella.

—No tienes nada que agradecer. Aparte de que era mi trabajo, sabía que era tu chica aunque no lo dijeras.

Y salió de mi cuarto como entró, con esa mezcla de torpeza y afecto que solo él tenía.

Capítulo 32



Charlotte

—Evelyn, qué alegría poder verte —le dije cuando le hice una videollamada.

—¿Estás segura? Porque vamos, desde que te fuiste solo me has llamado dos veces, y con esta videollamada son tres.

—Bueno, perdona, ya sabes los cambios de horarios y, aunque te parezca mentira, estoy muy liada.

—¿En qué andas metida, Charlotte?

—Nada raro. Ayudo a Manuela en la casa, salgo a hacer fotos y ayudo a Adrián en alguno de sus proyectos.

—Vaya, sí que estás entretenida. ¿Desde cuándo eres arquitecta?

—Desde nunca. Solo opino, malpensada.

—¿Ha habido algo entre tú y él? —Esa pregunta no me la esperaba—. Charlotte, no te quedes callada.

—Es un tío muy majo, ya te lo dije.

—Esa no es la pregunta que te he hecho. ¿Eso es un sí?

—Bueno… me he acostado con él una vez. ¿Hay algún problema en ello?

—No, ninguno. Solo espero que no te arrepientas de lo que haces.

—¿Por qué debería arrepentirme? No tengo que darle explicaciones a nadie.

—De verdad no sé qué te pasa. Primero con Mateo, ahora con ese chico, y al que de verdad amas lo echas de tu vida. No te entiendo.

—No espero que lo hagas, como tampoco espero que cuestiones mis decisiones.

—Está bien, no te diré nada más. Pero hay algo que quiero que sepas: mi hermano y Ava ya no están juntos.

—¿Y eso por qué? Si estaban bien juntos.

—Pues se ve que no. Mi hermano entendió que tú no tuviste la culpa y se lo hizo saber. Ella le dijo que jamás te lo iba a perdonar, y que si ella no era feliz, tú tampoco.

—Evelyn… yo nunca quise hacerle daño. Tú lo sabes.

—Lo sé, de verdad que lo sé. Hasta mi hermano está deseando que vuelvas para pedirte perdón. Y a Ava lo que más le duele es que le quitaran la virginidad de la peor manera.

—¿Y tú cómo lo llevas? Me refiero a cuando coincide con tu hermano.

—No lo llevo. No sabemos nada de ella. Se la ha tragado la tierra.

—Espero que entre en razón. Bueno, he de dejarte. Dale un beso a Levi y a los demás. Dile a José que me perdone por no llamarle, pero que confío en él.

—Se lo diré, pero una cosa te digo: no sé qué harías sin él. El negocio va creciendo como la espuma y el pobre no da abasto.

—Pues que contrate a quien haga falta. Le dije que tenía carta blanca. Bueno, cuídate mucho.

—Tú también, Charlotte. Y no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Sus palabras me dejaron intranquila. Ava buscando venganza… y yo hacía días me sentía observada. No podía ser, era muy difícil que me hubiera encontrado. Sevilla no era un pueblo pequeño para dar conmigo tan fácilmente.

Pero la duda se quedó clavada. No me fiaba. Quizá tenía que irme unos días. Buscar un lugar cercano para estar unas semanas. O incluso volver a mi casa y recuperar mi vida normal.

Aún quedaba media hora para comer. Me tumbé en la hamaca de la terraza. Cada día hacía más calor. Recordé a Rosa decirme que en el sur de España el calor era fuerte, y ahora lo comprobaba. Estábamos en mayo y, según Manuela, ya se notaba.

Miré hacia el cielo y cerré los ojos. Se respiraba paz. Una paz que a veces desaparecía para dar paso a la incertidumbre y al miedo que sentía al caminar por la calle. De hecho, cada día salía menos sola.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando la voz de Adrián me sacó de repente.

—¿Estás durmiendo? —me preguntó desde su terraza— ¿O estás pensando en mí?

—Ja, ja, ja. Qué creído eres. No estaba durmiendo. Estaba hablando con Evelyn, y lo que me ha dicho me ha dejado pensando.

—¿Algo de qué preocuparse? —asentí sin mirarle—. Anda, ábreme la puerta y me lo cuentas antes de bajar a comer.

Ni siquiera habían pasado dos minutos cuando ya estaba llamando. Este hombre no sabía esperar, pensé, mientras cruzaba la sala para abrirle. Al final, me salía una sonrisa por más preocupada que estuviera.

Desde hacía días ya no bajábamos al bar; comíamos en casa de sus padres. Ellos felices… y yo más.

Se dirigió a la terraza como si estuviese en su casa y se acomodó.

—Venga, cuéntame qué ha pasado.

Colocó dos cervezas que traía sobre la mesa, y se sentó en la otra hamaca frente a mí.

—Ava ha roto con James, pero lo peor es que no saben dónde está.

—¿Y qué te preocupa más, lo primero o lo segundo?

—Las dos cosas. Hay días en que me siento observada, y estoy pensando en irme.

—Mira, yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer. Pero no puedes estar huyendo toda tu vida, ni viviendo con miedo. Te he visto. Cuando sientes que alguien anda detrás de ti, te pones nerviosa y tensa. No puedes vivir así siempre.

—No puedo evitarlo. Estaba bien cuando llegué, tú lo sabes.

—Mira, si quieres nos vamos este fin de semana a la casa que tienen mis padres en Cádiz, muy cerca de la playa. Desconectas unos días.

—Adrián, no puedo arrastrarte conmigo. No estás haciendo tu vida.

—Estoy haciendo mi vida. ¿Quién dice que no? Sabes mis sentimientos. Sé que no eres para mí, pero quiero aprovechar el tiempo que esté contigo.

—No quiero hacerte daño. Ya te lo dije.

—Y yo te dije que no me lo harás. Gracias a ti sé que puedo volver a amar a una mujer.

—Dios, dame paciencia, que este hombre se queda con ella.

—Ja, ja, ja. Anda, vamos a comer que al señor Víctor no le gusta esperar.

Nos levantamos riéndonos. Bajamos a casa de sus padres.
El olor ya me preparaba para disfrutar de la comida.

Nunca había comido rabo de toro, y me encantó. Me había enamorado de la comida española, y también de su gente. De postre, Manuela nos puso flan casero.

—Manuela, ¿nunca has pensado en abrir un bar? —le pregunté tras el primer bocado.

—Hija, yo ya no tengo edad. Y me gusta cocinar para mi familia, no para tanta gente.

—Mamá, este fin de semana voy a llevar a Charlotte a la casa de la playa.

—Me parece buena idea —contestó Víctor.

—¿Queréis venir? —pregunté.

—No, hija, nosotros seríamos un estorbo.

—No digas eso. ¿Tú qué dices, Adrián?

—Que pueden venir si quieren.

Solté una risa que todos entendieron. Lo había dicho bajito, como diciendo: «Por favor, no vengáis».

Estuvimos un rato más con ellos. Luego Adrián subió al estudio a terminar un proyecto y yo subí a por mi cámara.

Me apetecía perderme por las calles de la ciudad con la cámara en mano. Me encantaba ver tanta gente paseando; los turistas admiraban todo como si fuera nuevo, como si cada rincón fuera una sorpresa que merece ser guardada para siempre. Algunos se quedaban embobados mirando balcones llenos de flores, y no los culpo: eran dignos de fotografía.

Me adentré por calles estrechas, esas que aún no había descubierto, pero que intuía que estaban ahí, esperando a que alguien se fijara en su encanto. Varias casas tenían las puertas abiertas para dejar ver los patios interiores repletos de macetas. Cada color vibraba, cada sombra contaba una historia. Sevilla tenía esa manera mágica de hacerte sentir parte de ella.

Disfruté de cada foto que hice; capturaba la expresión de los turistas cuando descubrían un detalle inesperado. Desde su asombro infantil hasta la sonrisa tímida que surge cuando algo les toca el alma. Aquello me llenaba.

Decidí sentarme en una cafetería y pedí un café. Mientras esperaba, fui mirando algunas fotos recién hechas. Y entonces lo vi. Liam.

El mundo dejó de girar. El bullicio desapareció. Solo escuché el latir de mi corazón golpeando fuerte en el pecho, como si quisiera salirse.

No podía ser. ¿Cómo me había encontrado? No tenía lógica. Amplié la foto con los dedos temblorosos, pasé a la siguiente… y en esa lo vi mirándome, directo a la cámara. Sentí un vuelco en el estómago. No quería mirarlo, pero no podía dejar de hacerlo.

Miré a mi alrededor. No estaba preparada para tenerlo cerca, ni para mantener esa conversación que había esperado tanto y, al mismo tiempo, temido. Sentí cómo el pulso se me aceleraba y el aire me faltaba.

Me levanté, dejé el dinero del café sobre la mesa y salí disparada hacia el apartamento. No quería que me encontrara, no estaba lista. Cada dos pasos miraba hacia atrás; buscaba su sombra, su figura, algo que me confirmara que venía detrás. No lo veía, y deseaba con todas mis fuerzas que así siguiera.

Por fin llegué al edificio. Al cerrar la puerta del apartamento, me quedé unos segundos apoyada en ella, como si necesitara sentir algo sólido para no caerme. Incluso miré por la mirilla, sabiendo perfectamente que no me había seguido… o al menos eso quería creer.

Respiré hondo. Dejó la cámara en la mesa del salón casi sin mirarla y me fui directa a la ducha. Estaba empapada en sudor, no sabía si por el calor o por los nervios. Cuando el agua alcanzó la temperatura que quería, me metí debajo y dejé que resbalara por mi piel. En ese momento envidié el cuarto de

baño de Adrián… me hubiera metido en esa bañera enorme y habría desaparecido dentro de ella.

Me sequé despacio. Luego me detuve a ponerme crema como si cada gesto fuera un intento por calmarme, como si creyera que él podía estar detrás de esa puerta, esperando. Lo peor es que, por un segundo, lo sentí así: presente en el aire.

No había actuado bien con él. No dejé que me cuidara, que estuviera conmigo. Le cerré la puerta sin siquiera preguntarle si quería quedarse.

Abrí la maleta. Ahora sí: había llegado la hora de irme. Y cuanto antes, mejor.

Capítulo 33



Liam

Llevábamos dos días en Sevilla. Habíamos alquilado dos apartamentos: en uno estaban Stuart, Alicia, Sergio y Carla; en el otro nos quedábamos Kevin y yo.

Estábamos bastante preocupados. Levi nos contó que Ava había dejado a James y había desaparecido. Evelyn temía que pudiera dar con Charlotte, y yo compartía ese miedo. Ella creía que Ava sí sabría cómo encontrarla. Habían sido amigas desde niñas. Charlotte y ella compartieron muchas cosas, y tal vez, en alguna conversación, Rosa mencionó Sevilla estando Ava delante. Quién sabe.

Habíamos decidido separarnos para buscarla; Kevin propuso que fueran por parejas y que él y yo fuéramos solos. Hubo un momento divertido cuando Carla, muy seria, nos preguntó que si creíamos que era pitonisa para adivinar quién era Charlotte. Solté tal carcajada que me vino bien para destensar los músculos. Creo que al resto también.

Me levanté temprano, antes que Kevin. Me di una ducha rápida y salí a desayunar por ahí. Me gustaba el ambiente de la ciudad: la alegría de la gente, el ir y venir de los turistas. Me senté en una terraza a desayunar junto a la catedral. Estuve como una hora allí sentado disfrutando de las vistas y del clima. Era imposible no quedarse enganchado a Sevilla.

Después me levanté y decidí meterme por unas callejuelas estrechas, llenas de turistas. Entonces escuché un ladrido. Giré la cabeza y la vi.

Charlotte.

Con su cámara colgada, sacando fotos a todo lo que veía a su alrededor. Más guapa aún que la última vez que la vi. Se notaba un poco más delgada, pero igual de preciosa. Sentí ese golpe en el pecho que llevaba meses intentando ignorar. Por un instante sentí que la ciudad desaparecía. Ni turistas, ni ruido, ni calor. Solo ella, como si me hubieran arrancado el aire y me lo hubiesen devuelto de golpe.

No me había visto, y me alegré de ello. Si lo hubiera hecho, habría echado a correr, lo tenía claro. La seguí a una distancia prudencial; no quería que notara mi presencia ni que se asustara. Cada paso suyo era una punzada en el pecho, como caminar detrás de un recuerdo que todavía no te pertenece.

Se sentó en una cafetería y pidió un café. Mientras lo bebía, miraba las fotos. Hasta que, en un momento dado, se le cambió la expresión: me había visto. La vi tragar saliva, como si algo se le hubiera clavado dentro. Y en ese gesto supe que yo era todavía una herida abierta. Levantó la cabeza buscando, mirando a su alrededor. Yo, escondido entre dos toldos, sabía que desde ahí no podía verme, y agradecí esa ventaja. Solo quería seguirla hasta saber dónde se alojaba.

La tristeza que vi en sus ojos me rompió. Miraba la cámara como si intentara encontrarme en más fotos.

Cuando se levantó tan deprisa, dejando el café a medias, supe que se había puesto nerviosa. No paró ni un segundo en el camino. Llamé a los chicos para decirles que no buscaran más, que ya la había encontrado. No sabía a qué hora volvería con ellos. Yo no iba a moverme hasta hablar con ella. Nos debíamos una conversación; ella me debía una explicación.

Entró en una plaza y cruzó hasta meterse en un portal. Esperé un rato prudente. No sabía en qué planta vivía. Sentía el corazón golpearme el pecho como si quisiera escaparse. No era miedo. Era algo peor: incertidumbre envuelta en esperanza. Cuando decidí actuar, crucé la plaza justo cuando una mujer llegaba con varias bolsas.

—¿Necesita ayuda? —le pregunté con mi mejor sonrisa.

—No, joven, apenas pesan, pero se lo agradezco. ¿Turista?

—Más o menos. Vine a ver a una amiga. Nuestra amiga en común, Evelyn, me dijo que si venía a Sevilla y no la visitaba, me dejaba calvo. —Reí.

—¿Vienes a ver a Charlotte?

—Así es, pero Evelyn no me dijo en qué piso se aloja.

—Última planta, saliendo del ascensor, a la derecha. La puerta A.

—Gracias, no sabe cómo se lo agradezco. Que tenga buen día.

—No me ha dicho su nombre —murmuró cuando el ascensor se abrió.

—Cuando nos volvamos a ver se lo digo —respondí sonriendo.

No sabía si esa mujer sabía quién era yo exactamente, pero al mencionar a Evelyn me quedó claro que me ubicaba, aunque fuera de oídas.

Cuando salí del ascensor, cogí aire. Pulsé el timbre y me puse de espaldas, para que no me reconociera por la mirilla.

No sé si fueron segundos o minutos, pero se me hicieron eternos… hasta que escuché la puerta abrirse.

—¿Dígame? ¿En qué puedo ayu…

—Hola, Charlotte —dije con las manos en los bolsillos.

Se quedó helada.

—¿Tú?

Me miró como quien mira algo que duele y no sabe dónde colocarlo.

—Yo. ¿Puedo pasar?

—¿Para qué? Mi novio vive enfrente y está a punto de llegar. —Esas palabras me destrozaron el alma.

—Pues entonces hablamos los tres. Pero tenemos que hablar.

Se apartó y me dejó pasar. Al hacerlo, su aroma a lavanda invadió el aire. Se había duchado hacía poco; el pelo aún lo llevaba mojado. Caminó delante de mí y me llevó al salón.

—Bueno, tú dirás, Liam. Sé breve, que estoy muy ocupada.

—No me voy a ir hasta que hablemos todo lo que quedó pendiente. Me da igual si tardamos una hora o tres días.

Me miró con una expresión que no supe descifrar. Había cansancio en sus ojos, pero también algo que no sabía si era ira, miedo o puro agotamiento emocional. Salió a la terraza, resoplando. Ese gesto me sacó una pequeña sonrisa.

—Venga, dime lo que tengas que decir y vete. Me voy de viaje y tengo que preparar la maleta.

—¿Huyendo otra vez? ¿No crees que ya basta?

—No estoy huyendo —dijo sentándose, frotándose las manos.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué fui yo el único al que echaste de tu vida?

—Nunca has estado en mi vida.

—No me jodas, Charlotte. Siempre he estado en ella, desde que eras una adolescente. ¿Crees que no veía la forma en la que me mirabas?

—¿Lo sabías? ¿Y no hiciste nada? ¿Y ahora lo quieres todo?

Sentí que la voz me tembló, no de rabia, sino de lo que había callado durante años.

—No dije nada porque eras muy joven. Tenías una vida por delante, estudios, sueños. Y mi trabajo era una condena.

—¿Y ahora ya no tienes miedo?

—El único miedo que tengo ahora es perderte.

—Eso ya lo conseguiste, Liam. No soy la misma persona que conociste. Estoy rota. Por dentro. Me siento sucia.

—¿Sucia? ¿Eso le decías a Mateo cuando te acostabas con él?

—¿Perdona, qué insinúas?

—No insinúo nada. Solo digo que fue antes… y después de lo que pasó. Lo sé todo, Charlotte.

—Él ya me había visto rota. Él ya conocía mis heridas.

—A mí no me diste la oportunidad. Ni siquiera preguntaste si quería quedarme.

—No quería hacerlo.

Me costaba reconocer a la Charlotte que tenía delante.

—¿Hay alguien en tu vida ahora? —pregunté.

Asintió justo cuando escuchamos otra voz.

—Charlotte, ¿ocurre algo?

—¿Y tú eres? —pregunté.

—Algo más que un amigo —respondió él, mirándome de frente—. ¿Y tú?

Esa frase fue como un impacto directo. No a los celos, sino al orgullo herido.

—El amor de su vida —respondí, y Charlotte pegó un grito.

—¡Liam!

—Él mismo. Y si nos disculpas, tenemos mucho que hablar.

—Adrián, no te vayas. Por favor.

—Charlotte, no puedes postergarlo más. Habla con él. Solo te pido una cosa: si te vas… no lo hagas sin despedirte.

—Adrián… —susurró, pero él se metió dentro otra vez.

—Charlotte, te voy a hacer una pregunta y quiero sinceridad. ¿También te has acostado con él?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—No hace falta. Ya me has contestado. Será mejor que me vaya.

—Sí, será lo mejor. ¿Dónde te estás quedando?

—Qué más da.

—Liam, no te pongas así. Y no creo que me hayas dicho todo lo que querías decirme. ¿No querías hablar? Pues hablemos.

No le contesté. Me fui sin volver la cara. Me sentía traicionado, destruido. ¿En qué momento cambió tanto? ¿Ya no me quería?

Salí a la calle. El aire no me entraba. A veces uno no llora porque no puede. Yo, en cambio, sentía que llorar sería quedarme vacío para siempre. Crucé la plaza y me senté en un banco; no podía dar ni un paso. Jamás me había pasado algo así con una mujer. ¿Qué tenía ella que me tenía tan mal?

Ya no pintaba nada aquí. No quería estar conmigo. No iba a rogar más.

—Liam. —Escuché mi nombre.

Me giré. Era Adrián.

—¿Podemos hablar?

—Creo que no tenemos nada que hablar tú y yo.

—Sí lo tenemos. ¿Te suena el nombre de Charlotte?

—Ese nombre dejó de existir para mí hace cinco minutos.

Se sentó a mi lado. Llevaba dos cervezas. Me ofreció una, y la acepté. Tenía la boca tan seca que parecía un estropajo.

—Gracias. No tenías por qué venir.

—Tenía que hacerlo. No voy a ser hipócrita. Estoy enamorado de ella… pero también sé que su corazón no me pertenece. Me lo dejó claro.

—Gracias por tu sinceridad, Adrián. Me voy.

De alguna forma absurda, me dolía menos que me lo dijera él que escucharlo de su propia boca.

Me levanté y me alejé. En ese instante supe que ya había decidido mi vuelta a casa.

Capítulo 34



Charlotte

Dios mío, qué guapo está. Cuando llamó a la puerta, no me esperaba que fuera él. Lo llevé a la terraza porque necesitaba respirar; me faltaba el aire y las piernas me temblaban.

Cuando le preguntó a Adrián quién era y él contestó que «algo más que un amigo», vi cómo Liam apretaba los puños. Me dolió ver su cara; no supe descifrar lo que sentía, pero estaba dolido.

Quizás fui un poco grosera, no lo sé. Lo cierto es que iba a hacerle daño y creo que lo había conseguido. Tenía que olvidarme de él, o al menos eso intentaba convencerme.

No me quiso decir dónde se quedaba, tampoco con quién, pero había dos personas que podían decírmelo.

—Charlotte, abre la puerta. —Escuché decir a Adrián—. Sé que estás ahí.

—No quiero hablar con nadie.

—O me abres o salto por la terraza, tú misma.

Me levanté y le abrí la puerta.

—¿Qué quieres? No estoy para escuchar a nadie. Te lo advierto.

—Pues lo siento, pero me vas a tener que escuchar. Ese hombre te quiere, Charlotte; ha venido hasta aquí para buscarte, y tú lo tratas a patadas.

—¿Te vas a poner de su lado? ¿Tú, que dices estar enamorado de mí?

—Precisamente por eso. Por mucho que yo esté enamorado de ti, tú jamás lo estarás de mí, ¿y sabes por qué? Porque aunque no lo quieras reconocer, lo amas a él.

—Lo olvidaré con tu ayuda. Vámonos hoy mismo.

—No, Charlotte. No vamos a ningún sitio. Al menos yo no. Tienes que arreglar este desastre, porque si no lo haces vas a ser infeliz. Y lo peor de todo es que, por tu culpa, estás perdiendo la oportunidad de ser feliz.

Me quedé callada, porque aunque no quisiera admitirlo, tenía razón. Amaba a ese hombre desde que era una adolescente, y por mucho que intentara negarlo, nunca iba a ser feliz si no era con él.

—Llevas razón… pero ya es tarde. Ni siquiera quiso decirme dónde se está quedando.

—No, no es tarde. Yo sé dónde está. Anda, ponte guapa y ve. Yo te puedo llevar.

—No, prefiero hacerlo sola. Gracias, Adrián, por ser la gran persona que eres.

Lo dejé solo en la terraza y me metí para dentro para vestirme. Ojalá no fuera demasiado tarde; ojalá me perdonara todo el desastre que había ocasionado.

Me puse un vestido verde manzana vaporoso, con escote en pico y mangas francesas, y mis zapatillas blancas. Agarré mi mochila, las gafas de sol y salí en busca del amor de mi vida.

Cuando salí a la calle, respiré hondo, miré hacia ambos lados y eché a andar en dirección a donde debía encontrarme con él. Me sentía extraña,

nerviosa, pero al mismo tiempo contenta, aun sabiendo que quizás esto fuera el final.

Estaba llegando al lugar donde estaba Liam. No imaginé que fuera tan cerca de mí, como tampoco imaginé con quién me iba a encontrar.

—Pero bueno… mira quién tenemos aquí. —Escuché, y mi corazón casi se detiene—. Y yo pensando que estabas muerta.

—O me dejas o chillo —dije, aunque mi voz apenas salió.

—¿Ves esto? —dijo, pegándome un cuchillo al estómago—. Si chillas, será lo último que hagas. Y ahora vamos: hay alguien que quiere saludarte.

Mi mundo se desmoronó. Esta vez sí que lo tenía más difícil. ¿En qué momento dieron conmigo?

Me empujó hacia un coche que esperaba en una esquina. No pude ver quién conducía, pero tampoco importaba; yo solo quería salir de allí. Vi cómo rodeábamos la ciudad hasta coger un desvío.

Llegamos a un barrio que, la verdad, dejaba mucho que desear. Paró delante de un edificio y me obligó a bajarme de malas maneras. Subimos tres plantas andando. No había puertas ni ventanas; todo estaba destrozado. Me empujó hacia dentro de uno de los pisos.

—Bienvenida a tu nueva casa… de momento —dijo riendo.

Miré a mi alrededor y no había nada: una mesa con dos sillas, ambas llenas de suciedad. El olor era insoportable.

—¿Qué hacemos aquí?

—Esperarme a mí —respondió una voz… una voz que jamás pensé volver a escuchar.

—¿Tú? ¿Pero por qué? —pregunté, sin dar crédito. Ella soltó una carcajada.

—¿De verdad me lo preguntas? Pues te lo voy a decir: me lo has quitado todo.

—Ava, ¿de qué me estás hablando?

—Que por tu culpa me arrancaron mi virginidad de la peor manera; que por tu culpa he perdido al hombre que amo; que por tu culpa me he convertido en la peor persona del planeta. ¿Quieres que siga?

—Nada de lo que ha pasado ha sido culpa mía, lo sabes tan bien como yo. ¿Crees que yo he salido mejor parada que tú?

—Sí ha sido culpa tuya, zorra. —Me dio tal bofetada que me hizo caer de la silla—. Tú y tu manía de sacar fotos a todo. Si no te hubieras metido donde no te llamaban, no habría pasado nada. Y me importa una mierda cómo hayas quedado.

—Bueno, ¿ya la puedo hacer mía? —preguntó el Tuerto.

—Ni se te ocurra tocarme, o esta vez sabrás lo que es bueno.

—Tuerto, ve a por lo que dejé en el coche. Voy a ser yo quien le dé placer. —Cuando escuché eso, me acojoné.

—Ava, ¿qué vas a hacer?

—Joderte la vida —dijo agarrándome de los pelos—. Esta vez no te va a reconocer ni la madre que te parió.

—Ava, tú no eras así. Acuérdate de todas las cosas buenas que hemos vivido, de lo que nos hemos reído y llorado juntas.

—Nada volverá a ser como antes, ¿no lo entiendes? ¿Crees que James no piensa en lo que me hicieron? ¡Claro que lo piensa! Sobre todo cuando me toca.

—Ava, por favor, suéltame. Entre las dos atamos al Tuerto y llamamos a la policía, prometo no delatarte.

—¡Cállate! —me dijo llorando—. Este será tu último día de vida.

—Ava, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—¡Te he dicho que te calles! —Y me soltó otra bofetada.

—¡Ava, arriba las manos! ¡Quedas detenida!

—¡Una mierda! —Se colocó detrás de mí, con un cuchillo—. La voy a matar.

El hombre que apuntaba a Ava no lo conocía, realmente no conocía a ninguno.

—Ava, por favor, por lo que más quieras, no compliques más las cosas.

—Ya me da igual, no me queda nada.

—¿Cómo que no te queda nada? ¿Y tus padres? ¿Y James? ¿Dónde queda él?

—¡Me dejó por tu culpa!

—Sabes que no fue así. Lo dejaste tú. Él no lo habría hecho.

—¡Cállate! No me vais a convencer.

—Ava, por última vez: tira el cuchillo y entrégate. Estás sola; los demás están todos detenidos.

—¿Lo ves? —me dijo al oído—. Otra vez por tu culpa.

Ya no le dije nada más; Ava no entraba en razón. Cerré los ojos mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Cada vez presionaba más el cuchillo contra mi cuello; sentí un pinchazo leve, pero ni siquiera me quejé.

Cuando creí que todo estaba perdido, sentí cómo el cuchillo aflojaba su presión.

—No es justo —gritó ella—. Toda la culpa es de ella. Soltadme. ¡A ella es a quien tenéis que detener! Me las pagarás, Charlotte, te juro que no te dejaré ser feliz en tu vida.

Hasta dónde habíamos llegado… Tantos años de amistad reducidos a esto por una desgracia. Quizá ese era nuestro destino.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre que había apuntado a Ava.

—La verdad, no sé cómo estoy… pero lo que sí sé es que me quiero ir de aquí. ¿Tú eres?

—Perdona, soy Kevin, compañero de Liam. La ambulancia está fuera, ¿quieres que te vea un médico?

—No, gracias. ¿Nos podemos ir ya? Tengo hasta ganas de comer. —Se rio un poco.

Necesitaba ver a Liam. Me había dado cuenta de que no quería pasar más tiempo lejos de él. Por mucho que me empeñara en negarlo, él era el único hombre con el que quería compartir mi vida.

Cuando salí de la nave, ahí estaba él, con una sonrisa y los brazos abiertos. No lo pensé; salí corriendo hacia él, buscando ese abrazo que tanto había necesitado.

—Perdóname, Liam. He sido una tonta. ¿Podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar, Charlotte. Lo pasado, pasado está.

—Pero he hecho tantas cosas que…

—No digas nada. No me importa lo que hayas hecho, Charlotte. Solo me importa un nosotros. Crear una historia entre los dos, la historia de nuestras vidas juntos. Formar una familia.

—Liam… pero no puedo. No sabes cómo ha quedado mi cuerpo. No puedo darte hijos —dije con lágrimas en los ojos.

—Charlotte, te amo. Eres la mujer que quiero en mi vida. Te quiero como eres; no me importa nada más.

Me pegó a su cuerpo y me besó. Un beso que había anhelado durante años. Un beso que decía todo lo que ya me había dicho sin palabras. Un beso que me dejó las piernas flojas.

—Que corra el aire, que se va a asfixiar. —Escuchar esa voz hizo que me soltara del agarre de Liam.

—¡Stuart! —fui hacia él llorando—. No sabes lo que me alegra verte; pensé que jamás podría darte las gracias por todo lo que hiciste por mí.

—Era mi trabajo, Charlotte. No tienes nada que agradecerme.

—Siempre lo haré —respondí con una sonrisa temblorosa.

—Venga, vámonos de aquí ya —dijo Liam—. Mañana por la noche volvemos a casa.

Epílogo



Charlotte

Dos años después…

Cuántas cosas habían pasado en estos dos años… no todas de color de rosa, para qué engañarnos, pero allí estábamos, cuidando el uno del otro y… de alguien más.

Voy a empezar por el principio. No viajamos aquella noche; tuvimos que permanecer tres días más, pero esta vez en Madrid. Liam y Kevin debían cerrar un asunto antes de volver a casa. Pensé que era papeleo o algo sin importancia, pero no… lo que «no tenía importancia» fue la detención del Colombiano, Emilio y toda esa gentuza. Y todo gracias a Ava y a su detención.

Aquella prueba que yo tenía guardada, la que siempre llevaba conmigo —no encima, pero sí allí donde yo iba—, se la entregué a Liam. Cuando se la di, me cayó la bronca más grande de mi vida… pero mereció la pena. Esa prueba era lo que hacía falta para que esa gente no viera la luz del día durante muchos, muchos años.

Cuando volvimos de España, lo primero que hicimos fue ir a casa de Evelyn. Lloramos abrazadas, no solo por nosotras, también por todo lo que había pasado con Ava. James me pidió perdón; él, mi hermano… el que me abrazaba, el que siempre me decía que todo iba a ir bien. Ese era el hermano que había vuelto, el que tanto había echado de menos.

Liam y yo tuvimos una conversación. Una de horas. Me sinceré con él: le conté todo lo vivido, por qué no quería nada con él y, sin embargo, con otros no me importaba. Desde esa conversación no volvimos a separarnos. Le dolió que jamás le diera la oportunidad de estar a mi lado aun con mis heridas.

A los tres meses, en el cumpleaños de José, le hice el mejor regalo posible: hacerlo socio de mi estudio. Primero pensó que era una broma, hasta que vio que hablaba muy en serio. Nos iba muy bien, y en gran parte era gracias a él: había cuidado de todo como si fuera suyo.

A los seis meses nos casamos. Fue por lo civil, en el hotel del marido de José. Sí, su marido, porque ellos se dieron el «sí» dos meses antes. Ambas bodas fueron preciosas. Mi padrino no podía ser otro que James. Pese a todo, seguía siendo una de las personas más importantes de mi vida.

Tres meses después recibí la noticia más bonita de mi vida. Empecé a encontrarme mal y Liam me obligó a ir al médico —según él, «no era normal marearse tanto»—. Cuando nos dieron los resultados, casi me da un soponcio, y a Liam lo mismo: estábamos embarazados. Jamás había llorado tanto… ni en mis peores momentos.

Rosa era lo mejor que la vida me había dado. No llegó como un embarazo buscado —desde el principio me dijeron que era muy probable que no pudiera tener hijos—, pero fue el milagro más precioso. No diré que mi embarazo fuera normal como el de cualquier mujer; el mío fue controlado al milímetro, no solo por los médicos, sino también por el padre de la criatura, que no me dejaba ni respirar del cuidado y la preocupación.

A sus nueve meses, era una muñeca: rubia con ojos avellana preciosos como los de su padre.

—¿Qué hacen las mujeres más guapas del mundo? —dijo Liam al llegar a casa—. Estás preciosa. —Me miró de arriba abajo.

Yo llevaba una falda negra larga con una abertura lateral y una blusa color vino. Los zapatos y la cartera eran negros, del regalo que me hizo las últimas navidades.

—Gracias, amor. Nos hemos puesto guapas para ti, ¿verdad, Rosa?

—Me doy una ducha ligera y nos vamos —respondió él.

Dos veces al mes salíamos a cenar. Disfrutábamos el uno del otro a solas, sin interrupciones, sin prisas… solo nosotros. Evelyn y Levi siempre se ofrecían a quedarse con Rosa; y José también lo hacía alguna que otra vez para que pudiéramos tener nuestros momentos. Había tenido mucha suerte con los amigos que tenía, y era consciente de ello.

Y hablando de amigos: Ava fue internada en un psiquiátrico. James la visitaba todos los fines de semana, aunque estuvo casi un año sin recibir visitas. Cuando por fin permitieron que entráramos, Evelyn y yo fuimos juntas. Ese día lloramos las tres como niñas pequeñas. Ava me pidió perdón, pero no quise darle más vueltas ni cargarla con culpa… pensé que dejar aquello atrás sería lo mejor para su recuperación.

Stuart seguía con Alicia; se la trajo de España junto con Sergio y Carla. De Adrián no supe nada más, no por mi parte, sino por la suya. Aunque me dolió, respeté su decisión y no volví a intentar ponerme en contacto con él. Con quien sí hablaba era con Mateo; al final, Liam y él arreglaron sus cosas y, sorprendentemente, hoy tenían una relación cordial.

—Bueno, ¿nos vamos o nos quedamos? —me dijo Liam, tomándome a Rosa de los brazos.

—Nos vamos, que para quedarnos siempre hay tiempo.

Salimos de casa con Rosa en brazos. Evelyn y Levi se habían mudado a dos casas de la nuestra, y no os imagináis lo cómodo que resultaba eso. Tenerlos tan cerca era como tener a la familia al lado; podíamos recurrir a ellos para cualquier cosa, y ellos a nosotros. Era la tranquilidad de saber que nunca estábamos solos.

Al llegar, vimos que el repartidor estaba en la puerta.

—Veo que alguien no quiere cocinar —le dije a Levi riéndome.

—Sabes que no es mi fuerte, por eso el día que me toca la cocina pido a domicilio. —Solté una carcajada antes de darle un beso en la mejilla.

—Eres un caso… o aprendes o te dejo, ya lo sabes —le dijo Evelyn, señalándolo con el dedo—. Ven conmigo, Rosa, que verás qué bien nos lo vamos a pasar tú y yo.

—Pero si aún no habla —soltó Levi, bufando.

—Eso no tiene nada que ver —respondió Evelyn con ese tono mandón que nos hacía reír—. Además, yo la entiendo perfectamente, ¿a que sí, mi niña?

Rosa le sonrió como si de verdad le hubiera entendido, y todos nos echamos a reír.

—Eso no tiene nada que ver con que nos lo pasemos bien, pelmazo.

—Te veo durmiendo en el sofá, hermano —dijo Liam con media sonrisa.

—Vámonos, que tengo hambre.

—Date prisa, que al final el que duerme en el sofá vas a ser tú —respondió Levi, y reímos.

Fuimos al mejor restaurante de la ciudad. Yo sinceramente tenía la mosca detrás de la oreja. Liam sabía que yo me conformaba con cualquier sitio; lo único que me importaba era pasar tiempo con él. Pero ese brillo en sus ojos me decía que algo tramaba.

Nuestra mesa estaba en un rincón de la terraza, rodeada de luces cálidas y plantas. Una música suave sonaba de fondo y el murmullo de los comensales nos envolvía, haciendo que todo pareciera más íntimo.

Nos sentamos. Liam pidió mi vino favorito sin necesidad de mirarme; lo conocía de memoria. Yo abrí la carta, fingiendo que estaba concentrada, pero en realidad lo observaba de reojo. En ese momento, un camarero dejó unos platos frente a nosotros. No dije nada hasta que se alejó.

—Liam… —lo miré arqueando una ceja—. ¿Qué es esto?

—La cena. He pedido un menú degustación —respondió Liam con esa sonrisa de «confía en mí»—. Tiene muy buena pinta.

—Ya lo creo que sí… pero podían llenar más los platos, ¿no te parece? —Miré la bandeja con escepticismo—. ¿Esto qué es?

—Codorniz con salsa de champán.

—¿Me estás vacilando? —Negó con la cabeza y yo bufé—. La madre que te parió.

Le di el primer bocado preparada para detestarlo… y casi me desmayo. Estaba buenísimo. Para chuparse los dedos. Luego nos trajeron un pescado sobre una base de verduras que tenía una pinta espectacular.

—El postre nos lo comemos en casa, Liam —le dije entre risas—. A mí me hubieras llevado a un Burger o al bar de siempre y yo habría sido la mujer más feliz del mundo.

—Tú y la comida… —Rodó los ojos con cariño—. Es bueno probar cosas nuevas.

—Tienes razón, perdóname. —Bebí un sorbito de vino—. Pero vamos a lo que vamos. ¿Qué tienes que decirme? —Arqueé una ceja, sonriendo porque ya lo conocía demasiado bien.

—¿No puedo traer a mi mujer a cenar?

—Sí… pero sé que hay gato encerrado.

—Tengo que irme por unos meses —dijo Liam.

Mi cara lo dijo todo. Me quedé helada.

—No te enfades —añadió enseguida—. Sabes que es mi trabajo.

—Lo sé… —Tragué saliva—. Pero no puedo evitar el miedo que me da cada vez que te vas hasta que vuelves a casa.

—No voy a irme —respondió con una media sonrisa—. Eso es lo que estamos celebrando esta noche. Se acabó lo de infiltrarme y estar de un lado

para otro. Jamás pensé que acabaría en una oficina, pero… —me tomó la mano con suavidad— por las mujeres de mi vida, lo haré.

✣ ✣ ✣

Liam

Tenía preparada esa sorpresa. Sabía lo mal que lo pasaba cada vez que me iba; cada misión la partía por dentro. Me costó muchísimo tomar esa decisión porque el FBI también era mi vida. La mejor manera de decírselo fue llevándola al restaurante más famoso de la ciudad… pero la cagué. Ella no era de esas comidas ni de guardarse lo que piensa. Charlotte siempre ha sido de hablar claro, de soltarlo sin filtro.

Había decidido dejar la calle por ellas dos, por las mujeres que más amo en este mundo. Me costó conseguir que Charlotte se entregara a mí; aún hoy necesita su tiempo, sus pausas, su espacio. Y yo se lo doy, porque la amo como es.

La primera vez que me acosté con ella, me costó desnudarla. Sabía que tenía marcas… pero no tantas. Fui besándole una a una sus cicatrices, con calma, como si cada beso fuera un juramento silencioso. Por cada beso, ella temblaba. Y yo solo quería demostrarle que la quería así, sin condiciones, sin «peros».

—Liam, te estoy hablando —me dijo tirándome de la mano—. Chico, estás en Babia. ¿En qué estás pensando?

—En cómo arrancarte ese vestido y hacerte mía. —Soltó un gritito de sorpresa—. ¿No te gusta la idea?

—Claro que me gusta. Vámonos antes de que me arrepienta, señor Miller.

—Ja, ja, ja. Veo que te va el peligro, señora Miller.

—¿Pero en algún momento de su vida lo ha dudado?

—No. Como tampoco dudo que eres la mujer más valiente que conozco… y a la que más amo.

—Yo también te amo —me dijo con un brillo en los ojos que me atravesó —. ¿Puedes pagar de una maldita vez?

Solté una carcajada. Era tan ella: impulsiva, directa, sin filtros. Pero no la cambiaría por nada en el mundo. Si pudiera borrar todo lo que sufrió, lo haría sin dudarlo un segundo… pero como no puedo, haré lo único que sí está en mis manos: convertirla día tras día en la mujer más feliz de la tierra. Siempre. Cada mañana y cada noche.